ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO II — BARCELONA 2 DE JULIO DE 1883 — NUM. 79

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JOSÉ VALERO, decano de los actores españoles

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Los protectores de Paris.—Consecuencias para el porvenir.—Nosotros divertimos á la infancia.—Concursos del Conservatorio.—Entusiasmo fácil.—Los dos Retiros.—La coleccion zoológica de M. Cavanna.—Animales diestros y animales fieros.—El teatrito de *Fantoches*.—Alborozo infantil.—Deducciones para la vida.—¡Todo es pequeño!—Sin *regla*.

¿Hemos de ser ménos que los parisienses?

No señor.

Paris trata de proteger á la infancia; y con este fin celebra un congreso cuyas resoluciones tienden á mantener sanos, morales, ilustrados y robustos á los niños que en el porvenir han de gobernar el mundo con sus leyes, sus sables, sus libros y sus obras artísticas.

Habrá entre ellos, con el tiempo, indudablemente, varios criminales; porque no creo que los ilustres miembros del Congreso tengan la pretension de que merced á sus actuales disposiciones todos los niños hayan de ser dignos de estatua en los parajes públicos ó de canonizacion en el Vaticano.

Los hombres que entónces no hayan podido sofocar sus instintos perversos á pesar de los cuidados de ese Congreso internacional que trata de amamantar á la humanidad naciente con el biberon de la solicitud más acendrada, encontrarán en el fondo de su corazon acentos diabólicos para echar en cara su mala conducta á los protectores de la infancia.

Cuando acudan ante los tribunales y el presidente les increpe con severidad por sus fechorías y sus delitos, el criminal contestará descaradamente:

—¡Qué quiere usted, señor magistrado! Yo no fuí en mi juventud bastante protegido. Faltáronme algunos metros de proteccion. Yo esperaba una mano que se me tendiera y á falta de ella he alargado la mia con tan mala suerte que ha venido á caer precisamente entre mis dedos el objeto de cuyo robo se me acusa. Pero juro á usted, señor presidente, que soy criminal á medias. Tengo la seguridad de que mi mano izquierda no sabe lo que ha realizado la derecha. Es lo que yo digo... con un poco más de proteccion me hubiera salvado.

Dejo aparte las consideraciones que los tribunales del porvenir podrán hacer en vista de las excusas de los delincuentes, porque yo soy de los que miran con poco entusiasmo esas sociedades protectoras, en tanto que se vea la desgracia y la mendicidad y la miseria pulular por las calles como una triste consecuencia de la organizacion humana.

Pero, decia al principio que nosotros no hemos de ser ménos que los franceses.

Por distinto camino, vamos tal vez á más própero resultado.

En Paris tratan de proteger á la infancia: nosotros nos proponemos divertirla.

Hoy por hoy, la consigna es esta:

«Hagamos que los niños gocen rian y se distraigan.»

Hace pocos dias entré por curiosidad en el Conservatorio de música y declamacion á tiempo que unos alumnos de la Escuela hacian sus ejercicios de concurso á los premios.

¡Válgame Dios! ¡qué aspecto ofrecia el salon-teatro del Conservatorio!

Hormigueaba en toda su extension un inmenso conjunto de cabecitas alegres que seguian con avidez extraordinaria las variadas escenas representadas por los alumnos.

Confieso que gocé ante aquel espectáculo. Yo, que tengo casi por oficio el asistir á las representaciones teatrales, estoy acostumbrado á observar la indiferencia del público ante la ejecucion de los actores. Por regla general se establece una lucha entre el espectador y el artista.

Este parece decir con su actitud, con su voz y con todos los esfuerzos que le sugiere su naturaleza artística:

—Aplaude, espectador; fíjate bien en esta tirada de versos ó en esta parrafasa en prosa que te estoy diciendo... ¡Eh! ¿qué tal? ¿No es verdad que el autor ha tenido mucho acierto, y que yo, sobre todo, interpreto á las mil maravillas el papel que se me ha encomendado?

Y muchas veces el espectador se hace el sordo á las insinuaciones del cómico, pensando para sus adentros:

—Esto me aburre soberanamente. ¡Qué lirismo tan ridículo! ¡Jesus! ¡qué fastidio!

Para conquistar el aplauso público en un teatro se necesita ser un Napoleon del arte. Es decir, tener talento y suerte al mismo tiempo. Saber imponerse por la fama adquirida y por los golpes de efecto.

Pero en el Conservatorio no hacia falta nada de esto. Ví á unos apreciables jóvenes decir buenamente su papel, y á cada chiste que les salia al paso, el público numeroso, que se componia casi todo de encantadoras niñas, de chicos vivarachos y de mamás y otros parientes más ó ménos lejanos de los que se examinaban, estallaba en delirantes carcajadas y en ruidosos aplausos como si aquello fuera la última palabra, la más eminente cumbre del arte escénico.

Salí de allí contagiado. Parecióme que no llevaba sombrero en la cabeza, sino chichonera; y el baston se me antojó un juguete.

Entónces me acordé de la profunda y sentimental frase de lord Byron al contemplar unos niños: «¡Lástima que tengan que ser hombres!»

* * *

Ya, metido en esas puerilidades, me encaminé al Retiro. Tenemos el lujo de poseer dos Retiros: uno que se llama el Buen Retiro y otro al cual no se puede llamar *malo* porque no lo es, y que está bautizado hace algunos años con el sobrenombre de *Parque de Madrid*. Es el gran desahogo gratuito del público madrileño: es nuestro bosque de *Boulogne*: allí pasean todas las tardes en interminable y vertiginosa fila de carruajes las notabilidades madrileñas, las diosas de la hermosura, los Plutones de la banca, los personajes políticos, los hombres de moda, los grandes de la tierra, todos, en fin, los que tienen posicion, viso, renombre, y más ó ménos dinero para ostentar lujosos trenes que en muchas ocasiones conducen al que hace gala de ellos á un hospital ó á la venta por subasta pública.

Este Parque de Madrid tiene su Casa de fieras; y en el patio donde éstas se hallan enjauladas, se levanta hoy provisionalmente el barracon de M. Cavanna.

Es una exposicion zoológica dentro de otra; pero á decir verdad, la coleccion particular de M. Cavanna es mucho más bella que la del municipio madrileño.

La entrada y la silla cuestan cuatro reales, y mediante esta cantidad se proporciona á los niños una funcion de cuadrumanos y animales domesticados de gran entretenimiento.

En un teatro construido *ad hoc* lucen una porcion de monos sus habilidades, imitan á los hombres en sus banquetes, comen con gravedad académica y representan, acompañados de hábiles perros, algunas escenas de la vida social muy cómicas y divertidas.

Tambien allí están los niños en su centro de regocijo y algazara.

A uno y otro lado del escenario revuélvense en sus jaulas majestuosos leones, imponentes osos, flexibles panteras, repugnantes hienas, y otros muchos animales fieros, que son como las pasiones dormidas en el corazon de un alegre jóven.

La infancia se rie al ver las habilidades de las cabras, de los monos y de los perros... y las gozosas carcajadas de los sonrosados é inocentes espectadores tienen por acompañamiento el rugido del leon y el gutural aliento de la pantera.

* * *

En el jardin del Buen Retiro, donde domina Ducazcal, que como Cárlos V sueña con el imperio del mundo, se ha establecido tambien un teatrito para solaz y recreo de los niños.

Es un teatro de *Fantoches*. Todo es allí pequeño. Imaginad al mundo mirado por los cristales invertidos de unos gemelos de teatro y tendreis una idea de aquel escenario que cabe—usando de una hipérbole—en la palma de la mano, de aquella orquesta cuyos músicos son niños recien escapados del seno de la madre, y de las funciones que se verifican, en medio de la algazara pública, con payasos de gracia infinita, con negros que cantan alborozadamente, con esqueletos que hacen destacar su movible osamenta sobre un pavoroso campo de negrura absoluta, con pantomimas llenas de encanto infantil, y con gigantones que al compás de su baile siembran la tierra de revoltosos chiquillos.

* * *

Los brazos del gigante se desprenden del cuerpo y caen transformados en muñecos. Luégo sufren igual suerte la piernas, despues la cabeza... hasta que por fin queda el escenario convertido en un enjambre de criaturas.

Ya veo la aplicacion científica que sacarán los niños de esas transformaciones.

Creerán quizá que la Biblia está en un error cuando dice: «Creced y multiplicaos;» debiendo decir, segun el ejemplo del teatrito de Fantoches: «Disminuid y multiplicaos.»

Sospecharán tambien por otra parte que la creacion es el producto de un baile.

Cuando les digan que algun patriarca de la antigüedad tuvo numerosa familia deducirán lo siguiente:

—¡Habrá pasado la vida bailando!

Y si oyen alguna vez decir en su casa que sus mamás se están vistiendo para ir á un baile, contestarán con gravedad cómica:

—¡Si yo no quiero tener más hermanos!

* * *

La verdad es lo que he dicho al principio. Nos hemos propuesto divertir á los niños.

Hoy Madrid es un pueblo que parece haber salido de un estante del Bazar de la Union. No jugamos porque el gobernador no lo permite; pero en cuanto á juguetear no nos damos punto de reposo. Las estatuas de nuestras plazas tienen el aspecto de figuritas de mazapan y hasta los leones que guardan el pórtico del Congreso parecen ratoncillos de resorte.

Yo para estar más en carácter escribo esta revista en papelillos de fumar y con zumo de moras.

Los renglones han salido un poco torcidos; pero si la muestra caligráfica vale poco, en cambio la intencion es *recta*.

Comprendo que debí haber hecho uso de la regla.

Pero.... ¿qué quereis? ¡Anda todo tan desarreglado!

PEDRO BOFILL.

29 Junio 1883.

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El *Salon* (conclusion).—Pintura de costumbres, decorativa, de paisaje, á la aguada y al pastel.—Escultura.—La *Exposicion de las cien obras maestras*.—Campaña absurda contra Fortuny por ciertos escritores.—Un crítico repugnante.—Clausura de los teatros.—Vacaciones generales.

Terminaremos á grandes rasgos en esta Revista lo que nos resta por decir acerca del *Salon*, completando la reseña hecha en las anteriores con las clases de pintura indicadas en el sumario de este artículo.

Algunos son los cuadros notables que no tienen clasificacion posible, á no ser que se les comprenda bajo el nombre de *pintura de costumbres* ó *de género*. A estos pertenece el de *Bastien Lepage* titulado *Amor en el campo*. La tela representa un labrador que está cortejando á una muchacha en un huerto de una aldea. Los dos tipos son rústicos, tal como deben ser, y están por decirlo así, sorprendidos del natural; el paisaje admirablemente pintado, sobre todo el último término. Pero Bastien Lepage, á pesar de su talento, se ha obstinado en pintar sus cuadros partiendo de la nota color violeta claro, lo cual les da una entonacion cruda, como si estuvieran hechos al fresco.

Además se ha esforzado en dibujar sus composiciones (aunque con una correccion extrema), al estilo de las de los retablos; su perspectiva lineal es perfecta, pero los términos parecen todos sobre un mismo plano, por falta de perspectiva aérea, lo cual les quita gran parte de su efecto.

Nuestro paisano el jóven pintor D. Ramon Casas, ha exhibido una tela que representa *un chulo madrileño*, disponiéndose á beber en una botella de cuero.

Es una figura de gran carácter, pintada con una energía y un colorido que recuerdan los Velazquez y los Zurbarán, y que hacen esperar que el Sr. Casas llegará á honrar en su arte á nuestra patria.

Lleno de medias tintas, agradables á la vista, está el cuadro de otro paisano nuestro, D. Antonio Casanova. Titúlase *Un astro naciente*. La finura de los tonos, la gracia de la figura de la dama que sale de la silla de manos, su manera de salvar la dificultad del traje de seda roja del cardenal, lo delicado de la aurora que colorea el cielo, hacen que sea un lienzo digno de competir con los del Renacimiento veneciano.

Iguales cualidades tiene el titulado *¡Siempre el rey!* del mismo autor. No en vano ha adquirido ya una reputacion europea.

Como pintura decorativa citaremos el inmenso cuadro de Hans Makart titulado *El verano*, el cual tiene las cualidades de elegancia en el dibujo y riqueza en la composicion que adornan todos los del citado artista vienés, pero como colorido es convencional, hasta el punto de parecer un colosal cromo.

Otro lienzo decorativo notable es el de Bertrand, que lleva el título de *Paso de la primavera*. Es una tela de grandes proporciones, que representa una selva umbría, á través de cuyos follajes penetra el sol é ilumina el césped lleno de flores. De frente marchan corriendo, montadas en caballos blancos, cinco mujeres desnudas, la rubia cabellera flotando al aire, engalanadas con flores y verdes hojas. El cuadro en sí es un escándalo de color, pero que tiene la impresion justa de la estacion que quiere representar, aunque nada más que la mera impresion.

Pasemos á los retratos. Estos, á nuestro entender, son, con el paisaje, el género que más ha sobresalido en el Salon. Los de señoras y de niños han llegado á una altura indecible. Las causas de este adelanto hay que buscarlas en la tendencia que se inició en el Renacimiento de dignificar la persona humana, y que á tan alto grado lo está llevando el siglo actual. Además ha contribuido la moda que hoy dia reina, gracias á la cual, las señoras y los niños visten con una elegancia de líneas, y una armonía de tonos desconocida hasta en las mejores épocas de las civilizaciones pasadas. Los trajes antiguos solian ser de un solo color; pero hoy se armonizan las medias tintas de una manera maravillosa y sobremanera adecuada para el retrato.

Son tantos los retratos notables presentados en esta Exposicion que no nos es posible ocuparnos de ellos en los estrechos límites de una revista, ni queremos incurrir en la nota de parciales tratando de unos con preferencia á otros.

Otro tanto podemos decir del paisaje que á la par del retrato es el género sobresaliente. Diremos, sin embargo, que se han distinguido Busson con su cuadro *Antes de la lluvia*, Sommers con el titulado *Noviembre*, y sobre todo Luigi Loir con su cuadro que figura el *Pont du Jour á Auteuil*, despues de la puesta de sol, lienzo de tanto efecto, de tal movimiento, y de tintas tan suaves que creemos que no se puede llegar más allá en este género.

* * *

En la *seccion de acuarelas* y en la de *pintura al pastel* y *al fresco* se han expuesto obras inspiradísimas y de una

ejecucion prodigiosa. Se han vencido dificultades que parecian invencibles y se ha demostrado que la pintura para reproducir la Naturaleza y causarnos grata impresion, no necesita para nada ser al óleo.

La escultura es tambien uno de los puntos en que se han mostrado fuertes los franceses de algunos años á esta parte, y en este Salon como en pocos han sabido conservar su gloria; casi me atreveré á decir que es en lo que han sobresalido más.

Tampoco les han ido en zaga los españoles.

En la escultura, puede decirse que apénas hay obra admitida que no valga, siendo así que en la pintura la mayoría son muy defectuosas.

Entre las esculturas superiores podemos citar una *Castalia* sentada, de Guillaume. El mármol de la *Biblis*, de Suchétet. *La Juventud*, hermosa figura en yeso de Charles. *El dolor maternal*, expresado con una maestría y un sentimiento incomparables, por Lauçon.

Originalísima es la estatua en bronce de Zacarías Astruc, titulada *El vendedor de máscaras*. Es un genio ó figura alegórica que tiene á sus piés una multitud de caretas, y en las manos muestra tres ó cuatro como ofreciéndolas al público. Las máscaras son retratos de D'Aurevilly, de Bauville, Berlioz, Balzac, Carpeux, Corot, Delacroix, Dumas, Faure, Gambetta, Gounod, V. Hugo y otros personajes conocidos. No nos atrevemos á indicar la idea del escultor, aunque bien clara se trasluce. *Ay ay*, se titula un grupo en yeso del escultor valenciano D. Mariano Benlliure. Figura un propietario, que habiendo encontrado á dos pilluelos en su huerta, los tiene fuertemente cogidos por las orejas. El grupo este, es de una gracia y de una expresion sin igual. Tambien se hace notar el *Cazador de leones* de nuestro paisano el jóven escultor D. Agapito Vallmitjana Abarca. Es un grupo notable por la observacion que revela. La ejecucion de los leoncitos es prodigiosa. La expresion del africano, que se ha apercibido de que viene la leona y está indeciso entre si se llevará ó si soltará á los animalitos, parece sorprendido del natural; en suma, es una obra que revela grandes disposiciones.—El escultor madrileño Etcheto tiene una estatua de Francisco Villon, personaje de la Edad media, y otra del filósofo griego Demócrito, que revela grandes cualidades. Claudio Marioton tiene un Diógenes en yeso de bastante mérito.

Por fin tócanos ocuparnos de los grandes premios. El primero ha sido adjudicado á M. Dalon, por su bajo relieve decorativo, *la República es la paz*. Es meramente una obra escultórica destinada á un edificio nacional, bien ejecutada, pero la encontramos inferior al premio. El segundo es el que á nuestro entender debia de ser el primero. Este es el grupo de Barrios, *Los primeros funerales*. Figura Adan y Eva llevando en brazos á Abel muerto por su hermano. El dolor se refleja en la cara de Adan y Eva de una manera maravillosa. Esta, sobre todo, besa el cadáver de su hijo con un sentimiento y una ternura indecibles. El modelado es de lo más acabado y bien comprendido que hayamos visto.

Por fin el tercer premio ha sido concedido á Turcan por su grupo *El ciego que lleva á cuestas al paralítico*.

No entraremos á ocuparnos de los bustos, pues seria cuestion de nunca acabar. Sólo diremos que hemos notado un adelanto; por medio de la coloracion de los bronces, y áun por la pintura de los bustos, al óleo, ó á la cera, se ha logrado superar lo que los griegos habian iniciado, los romanos desarrollado y practicado ingénuamente los tallistas de la Edad media, para dar vida á las estatuas por medio del color, tradicion que se habia perdido en este siglo.

* * *

Terminada nuestra ligera revista de las obras del *Salon*, no podemos dejar de ocuparnos de otra novedad artística, la *Exposicion de cien obras maestras* escogidas entre las mejores de las colecciones particulares de Paris.

Echando una ojeada á la sala, pronto se forma uno el concepto de que si allí están las cien obras mejores de las galerías de Paris, poco encierra esta capital en materia de pintura.

Dejando aparte unos pocos cuadros de Vandyk, de Rembrandt y de Rubens, figuran en primera línea los de nuestro malogrado Fortuny, y luégo los de Corot y de Dubigny.

A ciertos críticos les ha dado el furor de insultar y rebajar á nuestro gran Fortuny, con motivo de esta Exposicion. Los hay que han dicho de él verdaderas blasfemias artísticas que sublevan á todo el que sienta el color y la forma. Es costumbre en Paris que ciertos escritores comercien con los cuadros que se hacen regalar por los artistas, ó esten subvencionados por los grandes comerciantes de lienzos al óleo, y como ni unos ni otros tienen *Fortunys* para vender, no es extraño que hayan dado en rebajar al autor de la *Vicaría* á fin de realzar las medianías de sus colecciones, eclipsadas en la actual Exposicion por nuestro compatriota.

Cierto crítico banal, del periódico de *las cocottes* y de los jugadores, cronista interesado si los hay, aleman renegado que para que no se le eche en cara su orígen, hace más alardes de patriotismo francés que los propios franceses, es el que ha dicho de nuestro Fortuny que era inferior á todos los otros, tratándole de chiquillo que sale de la escuela; ese es el que pone el grito en el cielo continuamente, diciendo que los extranjeros se apoderan de Paris, y excitando contra los talentos de otras naciones, el odio de los franceses. La suerte es que aquí ya se le conoce y todos saben cuál es el móvil de su pluma. A mí esta campaña contra Fortuny me hace el efecto de las infamias que contra las mujeres hermosas profieren las que son feas; al final, en resumidas cuentas, todo es envidia y nada más. Ya lo dijo Schopenhauer: «la peor ofensa que se puede hacer á los que presumen de talento, es el tenerlo en alto grado.»

* * *

El mundo elegante, las gentes de estudio y los artistas, se van ausentando de Paris, unos al campo, otros á sus excursiones favoritas para descansar de diez meses de trabajo. Los editores ya no dan á luz libros nuevos, esperando la temporada de setiembre. Sólo quedan abiertos los teatros de la *Grande Opera*, de la *Opera Cómica* y los cafés-conciertos. Paris va á entrar en un periodo de inaccion de la cual no saldrá hasta principios del otoño.

Sin objeto en Paris, continuaremos desde Amsterdam las correspondencias, ya que en aquella capital están hoy dia expuestas todas las maravillas de las colonias europeas del Asia, Africa y América.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

DON JOSÉ VALERO

El eminente actor dramático, cuyo retrato tenemos el gusto de ofrecer á nuestros suscritores, es el único y glorioso resto de aquella pléyade de insignes artistas que á tanta altura remontaron la escena española en el segundo tercio del presente siglo. Discípulo predilecto del inteligente Grimaldi, y de los célebres Caprara y Guzman, fué compañero y digno émulo de los Mate, Lombia, Latorre, Romea y Arjona. Nacido en Sevilla en el año 1808, salió por primera vez á la escena en la misma ciudad cuando apénas entraba en la pubertad: desde entónces, puede asegurarse que apénas hay escenario en España y América cuyas tablas no haya pisado, ni público de cuantos países hablan nuestra sonora lengua que no haya recompensado su indisputable é inextinguible mérito con sus aplausos. Enumerar los tipos que ha creado, los triunfos que ha conseguido, las coronas que ha alcanzado en su larga carrera artística seria punto ménos que imposible; el Sr. Valero es una enciclopedia escénica, porque no hay papel que no haya desempeñado: lo mismo ha calzado el trágico coturno que se ha puesto el antifaz de Momo, y desde el sentimental *Edipo* hasta *Los dos viejos* ha recorrido toda la escala dramática en todos sus caractéres. Artista trágico, dramático y cómico á la vez, grandilocuente y de elevada entonacion en obras como *Guzman el Bueno* ó *Baltasar*, natural y chistoso, sin degenerar en chocarrero, como en *Los primores amores* ó *El Maestro de escuela*, D. José Valero ha sabido interpretar siempre con acierto los papeles de que se ha encargado, realzando más con su talento las creaciones de los escritores dramáticos.

Dado el carácter general de su pasmosa aptitud escénica, dote de que muy pocos actores se podrán vanagloriar, así como su entusiasmo artístico, siempre entero, siempre lozano, no es de extrañar que cada obra estrenada por él le haya valido una inmensa ovacion, ni que su fama haya resonado á una y otra parte del Atlántico, ni que las empresas se lo hayan disputado á porfía. Si fuéramos á citar los dramas en que más ha descollado, su lista seria interminable: solo sí diremos que sus obras maestras han sido *Luis onceno*, *Ricardo Darlington*, *La huérfana de Bruselas*, *El tesorero del Rey*, *El avaro*, *La carcajada*, *Flor de un dia*, *Guzman el Bueno*, *La hermana del Carretero* y otras muchas de prolija enumeracion.

La generacion actual tiene aún la suerte de poder admirar el genio de este artista, que así se burla de las dificultades de los personajes que crea como de las injurias del tiempo, y nuestros paisanos, aprovechando la breve estancia del decano de los actores españoles en esta capital, acuden solícitos al teatro de Novedades para colmarle de sinceros y respetuosos aplausos, haciendo votos por que continúe brillando aún por largos años la viva llama del genio que arde en la mente y en el alma de D. José Valero.

LA DIVA DE LA TEMPORADA, cuadro por Cárlos Kahles

Se cuenta de un actor español contemporáneo, nada escrupuloso en su doble oficio de director de escena y de empresario, que en cierta ocasion puso en tablas *el Astrólogo fingido* de D. Pedro Calderon, suprimiendo la parte, personaje ó papel del astrólogo. Pues no tiene ménos mérito en nuestro cuadro suprimir á la protagonista del mismo, á la *diva*, á la ilustre artista que propiamente constituye su argumento.

Y sin embargo, esa artista se halla ahí; no se la ve, pero se la adivina, en la plenitud de su gloria escénica, en la posesion de un ruidoso triunfo, lanzando raudales de notas y recogiendo lluvia de flores; declamando en el colmo de la inspiracion y ahogada la voz por los aplausos de un público fascinado, arrebatado por el mágico poder del genio, que es el verdadero poder incontrastable.

Ahí está, decimos, tocando casi á ese palco de proscenio, desde el cual varias damas hermosas y elegantes aprenden de ella á ser elegantes y á ser hermosas; desde el cual un banquero metalizado se distrae de la prosaica aplicacion de sus millones y sospecha que se puede encontrar gusto en alguna cosa que no sea girar letras ó suscribir emprés titos en firme; desde el cual, en una palabra, la aristocracia de la sangre, de la política, del dinero y hasta de la belleza, reconocen la superioridad de otra aristocracia, la aristocracia surgida del consorcio del arte y del talento.

¡Cómo han cambiado los tiempos!... Los cortesanos de Napoleon I le echaban en cara su predilecta amistad por el gran Talma, amistad nacida cuando Bonaparte era un simple oficial de los ejércitos de la república. Talma, á su vez, se vengaba de los cortesanos diciendo que el único defecto que encontraba en Napoleon era que fuese emperador.... Hoy por hoy, emperadores poderosos como Guillermo de Prusia se trasladan desde su palco al camarin de la Patti y la saludan con el nombre de *Diva*.

¡Diva!... Es decir, la diosa, la superior á los simples mortales.... Y todos hemos convenido en llamar así á las estrellas del arte del canto, concediéndolas voluntariamente el calificativo que en tiempos de los grandes orgullosos, en el pueblo de Mario y de César y de Augusto, solamente se atrevió á llevar Lucio Domicio Claudio Neron, el emperador con ribetes de artista, que pretendió descender de los dioses y como Dios quiso ser adorado en vida....

La *diva* de hoy es la comedianta de ayer.

Ya no hay *comediantas*.... Hay artistas.

Y nosotros nos preguntamos muchas veces:

¿Hay, realmente, arte?...

La solucion un dia de beneficio de alguna de las *comediantas* de siempre.

UNA DIPUTACION RURAL, cuadro por Fernando Brutt

Una diputacion rural es recibida, en lo alto de una escalera suntuosa, por un portero del ministerio. La escena no tiene lugar en España; cualquiera puede comprenderlo así, ya no por el solo traje y fisonomía de los mensajeros, sino al ver la exquisita urbanidad con que son recibidos por el cancerbero ministerial.

En las oficinas españolas la reciprocidad de la cortesía es una de las pocas cosas que se economizan. El pobre pretendiente ha tomado el buen acuerdo de no acudir á semejantes sitios con pérdida de tiempo y de sol, la única cosa de que disponen libremente y en abundancia los españoles. En cambio, los paniaguados de la casa, los que tosen fuerte y hablan gordo al jefe, se creerian rebajados si, al atravesar la estancia *por teril*, inclinasen siquiera la cabeza para corresponder al saludo de los empleados de puertas afuera. Estos por su parte, han aprendido generalmente las buenas formas en los cuerpos de guardia, y se permiten suprimirlas, sin duda recelosos de no estar á la altura conveniente. De todo lo cual resulta que se puede entrar y salir sin más requisito que encontrar la puerta franca ó utilizar una llave que se lleva por lo comun en el portamonedas.

El autor del cuadro que reproducimos ha presenciado la escena en él representada, sin duda en un país donde se da á los porteros la órden de recibir amable y cortésmente á todo el mundo. Y porque ese país debe estar léjos, muy léjos de nosotros, pues todavía no se nos han pegado sus costumbres, hemos creido conveniente darlas á conocer, por si algo imitamos en lo bueno cuando tanto imitamos en lo malo.

Como obra de arte, el cuadro se recomienda por los tipos de sus personajes y la buena combinacion de estos, nada rebuscada ni confusa, á pesar de su número y de la importancia que da el autor á cada uno de ellos. A la simple vista se echa de ver su procedencia, los sentimientos de que se hallan animados y la impresion que respectivamente les causa la vista del dorado alcázar. Es un cuadro de género, pero de buen género.

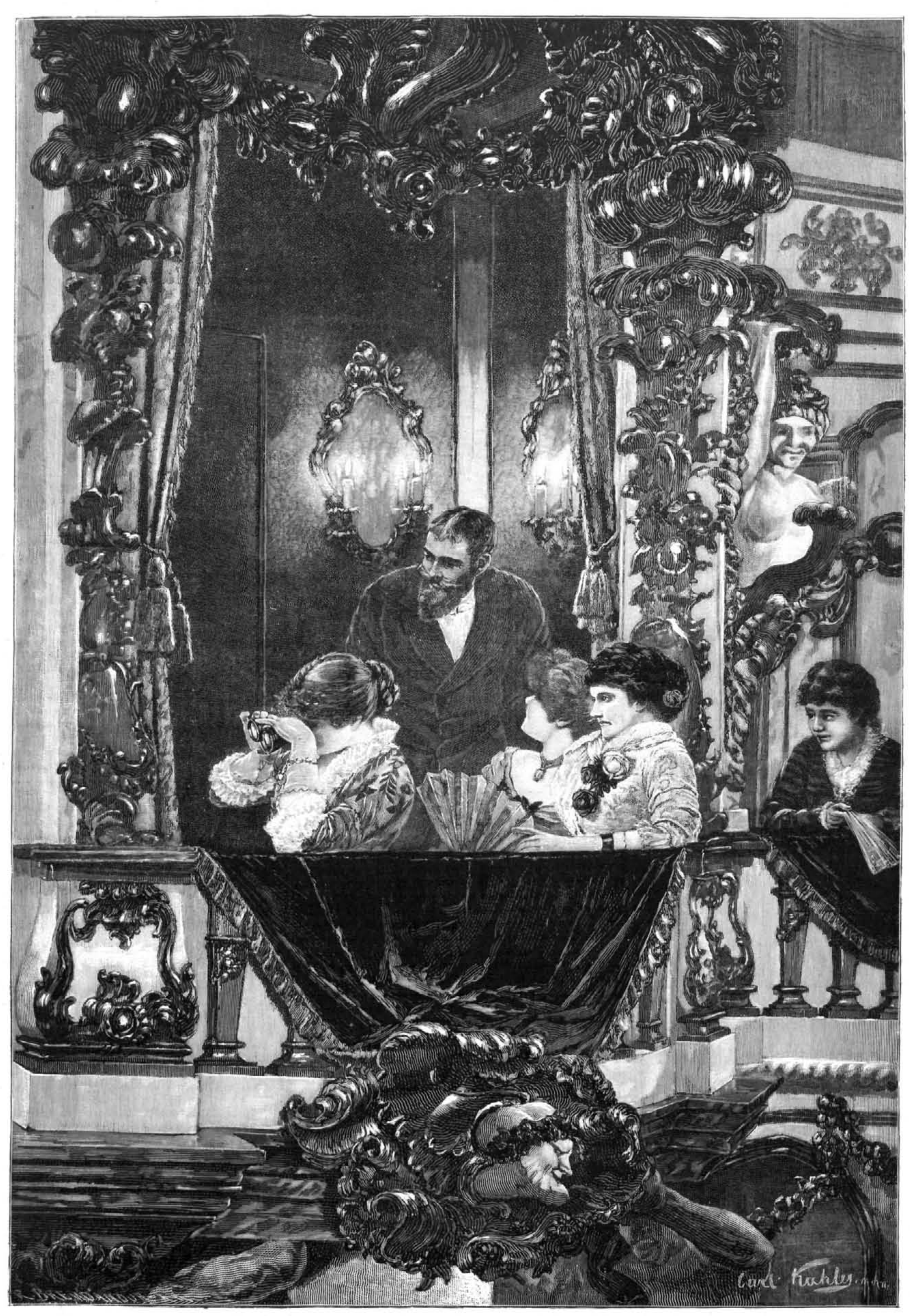
TIPOS AINOS, tomados de una fotografía

Los ainos constituyen un pueblo semi-salvaje que habita las islas del Asia oriental al norte del Japon, como son la de Yeso ó Matsmai, parte de la de Saghalien, hoy perteneciente á Rusia y casi todas las Kuriles. Los ainos carecen enteramente de importancia, como pueblo, pues aparte de que su número apénas excede hoy de 15,000, están tan atrasados que ni conocen el uso de la escritura ni siquiera el de la moneda, y adoran el Sol, la Luna y los fenómenos imponentes de la naturaleza; pero ofrecen un carácter etnográfico particular que ha llamado con justicia la atencion de los viajeros y naturalistas.

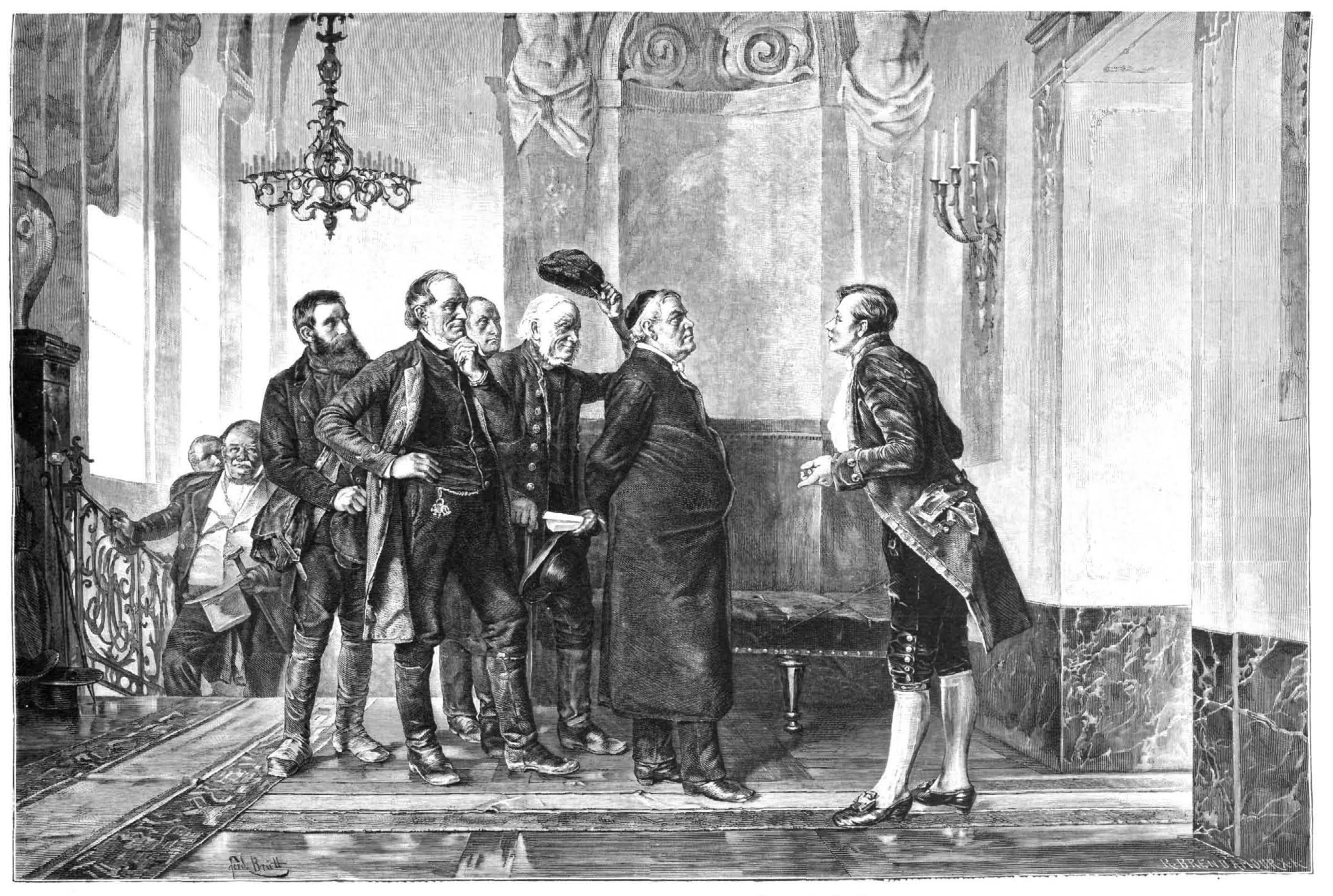
A pesar de estar solamente separados de los mandchúes, tungusos, chinos y otros pueblos de raza amarilla por los estrechos brazos de mar que bañan á oriente toda la extension del continente asiático, tanto por su configuracion física como por su lengua y costumbres difieren absoluta y radicalmente de dicha raza, y principalmente por su abundante vello, poblada cabellera y espesa barba, que en los chinos y mogoles es sumamente escasa, como nadie ignora. Por lo demás, tienen las mismas preocupaciones y prácticas supersticiosas que los otros pueblos salvajes, y á pesar de su fuerza y aspecto feroz, son tímidos y humildes con los extranjeros.

EL PRESUNTO HEREDERO, cuadro por Jorge Boughton

Boughton es uno de los artistas más populares y laboriosos de la Gran Bretaña. Aunque nacido en los Estados Unidos, y siguiendo en parte la escuela de los actuales pintores norte-americanos, puede considerársele como inglés, pues hace largo tiempo que está domiciliado en Lóndres. Su laboriosidad es tal, que desde 1863, época



LA DIVA DE LA TEMPORADA, cuadro por Cárlos Kahles



UNA DIPUTACION RURAL, cuadro por Fernando Brutt

en que se dió á conocer en el Instituto Británico, con su cuadro «Pasando á la sombra,» apénas ha trascurrido año sin que presentara dos, tres ó más lienzos en las exposiciones y galerías inglesas y norte americanas, obteniendo siempre aplauso y honrosas recompensas. Sus obras descuellan por un sentimentalismo que, sin degenerar en melancolía, agradan sobremanera al público inglés, y de ello es una prueba el que reproduce nuestro grabado, cuyo título expresa lo suficiente para hacer innecesaria su descripcion. Boughton es aún jóven, y dada su inteligencia y su estudiosa actividad, todavía puede seguir conquistando los lauros á que su talento le hace acreedor.

UNA JAURÍA, cuadro por H. Weir

Los numerosos aficionados á la cinegética han de encontrar bellísima esta composicion. Ellos solos pueden apreciar el mérito de esa jauría que se lanza valientemente en seguimiento de la res fugitiva.

Los cazadores no han podido seguir en su veloz carrera á esos animales exaltados por él ¡alalí! y más aún por la presencia de su enemigo, por más que duela tener que llamar con ese nombre muchas veces á algun pacífico ciervo, cuya inofensiva tranquilidad turba el hombre siempre que puede, por el solo placer de matarle de una manera que no prueba ciertamente gran blandura de corazon.

Pero dejando aparte la filosofía de la caza, hay que reconocer que la de reses mayores tiene detalles interesantes, y uno de ellos es cuando la pieza acosada se arroja al agua, creyendo interponer una valla insuperable entre ellá y sus perseguidores. ¡Inútil esperanza! La jauría no renuncia á su presa; lánzase á la corriente guiada por su misma rival; las distancias se estrechan; por donde pasaron los perros, pasan en breve caballos y jinetes; y á los pocos instantes el fugitivo es acorralado y el cuchillo de monte termina la obra de los caninos.... ¡Ya espiró la res!.... ¡Satisfaccion suprema de los cazadores!... *¡Tableau!*

No hay que criticar la caza: por ahí empezaron los primeros pobladores del mundo; pero si este fuera el argumento capital de la cosa, tendríamos que confesar que las etapas del progreso humano han debido ser casi imperceptibles, puesto que Nemrod seria considerado hoy un *lyon* de primera fuerza.

NI TANTO NI TAN CALVO

(Continuacion)

VARGAS

Nos hemos encontrado aquí, y ya nos conocemos.

SANCHEZ

Oh! yo le conozco á Vd como si le tratara hace veinte años... Le conozco bien y le aprecio de véras!... *(Sigue hablando Sanchez con las dos hermanas.)*

VARGAS

(¿Qué interés tiene esta gente en intimar conmigo? Este señor Sanchez ni maltratado por mí abandona su empeño... ¿Habrá dado informes D. Julian sobre el aumento de mi fortuna?... ¡Hum! ¿Se querrá hacer conmigo un negocio y será ese el corredor?... ¿Cual será el corretaje? ¿Parte de mi dinero? ¿La mano de la rubita?.. Cachaza y mala intencion...)

CLOTILDE (A Vargas)

Tiene gracia, tiene gracia, Sr. de Vargas, la manera de entrar Vds. en conocimiento...

SANCHEZ

No oye: á lo mejor se queda asi embelesado y no le saca de su distraccion un cañonazo...

VARGAS (mirando fijamente á ambas hermanas.)

(No y la verdad es que son á cual más bonita... ¡Qué cuerpos tan perfectos!... ¡Qué colores tan hermosos!.. ¿Si se pintarán?)

JULIA (para sí)

(Es muy buen mozo.)

CLOTILDE

Pero Sr. de Vargas, vuelva Vd. á este mundo, que le estamos esperando hace un rato. Cuéntenos cómo ha hecho el viaje..

VARGAS (distraido)

(¡Qué pregunta!) En ferro-carril...

CLOTILDE

Nos lo figuramos! ¡Qué salida!

JULIA

¡Ja, ja, tiene gracia!

SANCHEZ

Es delicioso! delicioso!

VARGAS

(Se rien de mí?.. No: será de alguna sandez que ha dicho Sanchez... La viudita es preciosa y no me pesaria hacerla reir de véras. Está visto: no escarmiento ..)

CLOTILDE

(No hay forma de hablar con este hombre.) El tio le querrá á Vd. mucho. Vaya! Dice que es V. tan amable... que tiene tan buena conversacion.

VARGAS

¿Yo? Señora! No lo crea Vd. Todo ello es amabilidad... (Pero esta amabilidad... Hum.. Bien sospechaba yo. Complot de familia para atraparme... D. Julian les ha escrito que soy rico... Con razon he debido yo sospechar siempre de D. Julian.)

CLOTILDE

Y ¿piensa Vd. establecerse aquí?

VARGAS

(No lo dije?) Aún no sé lo que haré.

CLOTILDE

Madrid es muy hermoso.

VARGAS

(Otra.) A mí me gusta Sevilla.

CLOTILDE

Tendrá Vd. allí algo que le atraiga...

VARGAS

No señora... (Trata de averiguar mis secretos...) *(Siguen conversando en voz baja.)*

SANCHEZ

Tengo que hablar sériamente con Vd.

JULIA

Pues ya puede Vd. empezar.

SANCHEZ

Ha de ser cuando estemos solos.

JULIA

¿Porqué?.. (Es muy guapo ese Sr. de Vargas.)

SANCHEZ

(¡Qué inocente es esta muchacha!)

VARGAS

(Tiene esta mujer una gracia qué marea... Parece tan buena, tan... Finge de una manera admirable!)

CLOTILDE

¿Calla V.? Claro! Como que no sabe Vd. qué contestar. Alguna sevillana le ha trastornado á Vd. la cabeza.

ESCENA V.

Dichos y FELIPA.

FELIPA

¿Señora?

CLOTILDE

¿Qué?

FELIPA

El administrador de Carabanchel y su niña... Los he hecho pasar al cuarto de diario por si la señora no queria recibirles aquí.

CLOTILDE

Mira, Julia, vé á verles un momento y dale cinco duros á la niña. Mañana es su santo y por eso es la visita de hoy. Acompañe V. á mi hermana si quiere, amigo Sanchez.

SANCHEZ

Con mil amores. *(Ofreciendo el brazo á Julia.)*

VARGAS

(Busca pretextos para quedarse á solas conmigo...)

SANCHEZ

Vamos á ver á ese íntegro administrador rural y á su *vástaga*... (Así podré hablar con Julita sin testigos en cuanto ellos se marchen... ¡Qué pillo soy!)

JULIA

Señor de Vargas... *(Dándole la mano con coquetería)* (Lo dicho: es muy guapo este caballero.)

SANCHEZ

(Qué modosita es esta muchacha, hasta para saludar!)

ESCENA VI.

CLOTILDE Y VARGAS. (Este se abandona como siempre á sus reflexiones: ella le mira primero con sorpresa y despues con aire burlon.)

VARGAS

(Es divina! ¿Si estaré yo enamorado?—Diablo! ¿Y porqué no he de hacer la última prueba de declararme á esta mujer y ver si efectivamente es como las demás? Me quiere... ó dice que me quiere? Bien. Siempre hay tiempo de estudiarla, conocerla y dejarla. ¿No me quiere y lo confiesa ingénuamente, por descuido ó por cálculo? Mejor que mejor!)

CLOTILDE

Cualquiera diria que mi broma le ha incomodado á V... Me niega V. el habla y hasta la mirada como los grandes rencorosos.

VARGAS

Perdone V.. (Hay que ser fino. Al fin es uno persona de educacion.) Perdone V. señora!

CLOTILDE

¿Porqué esta V. tan callado?

VARGAS

Verá V. qué pronto tomo la revancha... (Pecho al agua La cosa es absurda, feroz... pero á las mujeres no se las domina más que por sorpresa. Considerémoslo hasta como un estudio curioso,) Señora, despues de oirme hablar, va V. á echar de ménos mi silencio. Sepa V. que yo soy el hombre más atrevido de la tierra... Y no diga V. que no la aviso.

CLOTILDE

No le entiendo á V...

VARGAS

(Quiere hacerse la inocente.)

CLOTILDE

(Y pone unos ojos!.. Si estará loco este hombre?)

VARGAS

(Hace que se turba, adelante!)

CLOTILDE *(yendo á levantarse)*

Ay! Estaba por llamar...

VARGAS *(cogiéndola una mano)*

¡Señora! Silencio por Dios!

CLOTILDE

Ay! ¡Dios mio! Socorro!

VARGAS *(sin soltarla, pero desconcertado)*

(Qué piensa esta mujer de mí?)

CLOTILDE

Suélteme V... Mire V. que grito.

VARGAS

Ah: ya: lo de siempre Tonto de mí. *(Se rie y Clotilde que ya no podia sostenerse cae desvanecida en un sillon. Vargas se cruza de brazos y continúa sonriendo mefistofélicamente.)* En mi vida he visto un desmayo mejor fingido.

(Clotilde tiene algunos movimientos convulsivos)

Y salta! Y patalea!—¡Qué actriz!—Pues si aguarda que yo la socorra...)

CLOTILDE *(volviendo en sí)*

¡Ay!...

VARGAS

Claro! En vista de que no le hago caso...

CLOTILDE *(abriendo los ojos)*

¿Dónde estoy?..

VARGAS

(La preguntita de cajon.)

CLOTILDE *(recobrando del todo el conocimiento)*

¿Qué ha pasado aquí?

VARGAS

(Esta es la mia.) A haber yo sabido, señora, que un amor de que creia á V. enterada por D. Julian, podia causar tantos males... morales y físicos, habria encerrado mi fatal pasion en el fondo de mi pecho.

CLOTILDE

Ah!—¿Es decir que... Ah! Ah! *(Riéndose satisfecha, más que de la gracia, de la tranquilidad que recobra.)*

VARGAS

(No puede ocultar su alegria! ¡Qué desenvoltura!)

CLOTILDE

Convengamos ,amigo mio y de mi tio Julian, en que la declaracion ha sido un tanto... extraña y extemporánea.

VARGAS

(Ya trata de ponerse grave... Hipócrita!)

CLOTILDE

Yo apénas le conozco á V. y ni por mi edad ni por mi posicion estoy en el caso de entrar en relaciones que no sean serias y formales, y que aparte de concluir como Dios manda, no empiecen como la sociedad y el buen gusto exigen.

VARGAS

(Ya pide casaca. Las viudas son atroces. ¡Ya se ve! Han probado á lo que sabe el matrimonio y cuando estaban empezando á comer les han retirado el plato!.. *(Pausa)* Y aquí hay que dar una explicacion ó quedar mal. Animo!) V. se hace, y me hace, muy poca justicia, Clotilde. Para amar á V. ¿es preciso verla muchas veces? Y el amor verdadero ¿puede ocultarse acaso?—No dude V. de un amor inspirado por V. misma y déme V. una esperanza siquiera.

CLOTILDE

¿Una esperanza?

VARGAS

(Ahora me va á dar calabazas póstumas para meterme más en harina.)

CLOTILDE

Pide V. tan poco, tan poco, que seria avaricia no concedérselo.

VARGAS

Ah!... Con que... ¿puedo esperar!...

(Con sorpresa y alegría, primero, con pena despues)

(Siempre halaga una conquista como esta hecha en cinco minutos.) ¿Esto es decirme que sí? (Ya he caido en el garlito. ¡Qué desdichado soy!)

ESCENA VII

Dichos, JULIA y SANCHEZ.

SANCHEZ

Pero ¿es posible que se ria V. de lo que le digo?

JULIA

Y ¿cómo quiere V. que no me ria?

SANCHEZ

(Despues de todo, que se ria una mujer cuando uno le hace el amor, no es mala señal...)

JULIA

Ya estamos de vuelta. *(A Vargas que le ofrece una silla.)* Por Dios! No se moleste V!... Vaya, muchas gracias. *(Se sienta á su lado y Clotilde al otro lado con Sanchez.)*

SANCHEZ

(Ha ido á sentarse al lado de Vargas... ¡Qué inteligencia tienen las mujeres! Esto lo hace para que su hermana no sospeche lo que hay. Já, já! Ayudémosla.) *(A Clotilde)* Es V. el sér más encantador que hay en el universo.

VARGAS

(Volviéndose) ¿Eh?...

SANCHEZ *(bromeando, contento)*

No lo decia por V., Sr. de Vargas, palabra de honor.

JULIA *(por Vargas)*

Este hombre es de hielo; ni siquiera me mira. Y es indudablemente persona de talento: ¡qué bien se pone la corbata!

SANCHEZ

(Apénas me mira... Sigue disimulando. Y el otro bobo creerá... Pobrecillo: me da lástima.)

VARGAS

(Él la mira y ella lo tolera. ¡Infame!)

SANCHEZ

¿Quién le ha hecho á V. ese vestido tan lindo?

CLOTILDE

¡Oh! este, aunque es de casa... es del famoso Wortz, el primer modisto de Paris.

VARGAS

(Él la habla y ella le contesta... ¡Dos amantes no pueden hacer más delante de gente!)

JULIA

¿Hay mucha animacion en Sevilla, Sr. de Vargas?

VARGAS

¿Decia V?... En Sevilla?... Pche!...

JULIA

¿Cómo se divierte allí la gente?

VARGAS

La gente? Allí... cada uno como puede... (Yo sí que me divierto... Ahora han bajado la voz... Temen sin duda que yo los oiga...)

JULIA

¿Se hace vida de sociedad?... ¿Se dan algunos bailes fuera del tiempo de la feria? ¿Los pollos son ménos sosos que los de Madrid.

VARGAS *(sin saber lo que dice)*

Sí, señora...

JULIA

¿Y se presentan bien?

VARGAS

¿Quién?

JULIA

Los pollos.

VARGAS

Ah! sí, los pollos... Los presentan de mil maneras; pero á mí no me gustan más que en pepitoria.

JULIA

¡Qué barbaridad! *(Cayendo en la causa del equívoco y riendo á carcajadas)* Ah! já, já, já. *(Julia explica á Vargas lo que ha pasado y él hace como que se rie)*

CLOTILDE

Bien, le concedo á V. que es feo.

SANCHEZ

Y raro.

VARGAS *(aplicando el oido)*

(¿Hablan de mí?)

CLOTILDE

Como todo lo que viene de fuera.

VARGAS

(Justo! De mí hablan!)

SANCHEZ

Y llevarlo siempre detrás!...

CLOTILDE

Bien, pero cuando una se cansa, lo deja.

VARGAS

(Esto es horrible!)

SANCHEZ

A mí me parece un trasto insoportable.

VARGAS

¡Esto es demasiado! *(En el colmo de la exaltacion brincando de la silla y dirigiéndose á donde están Sanchez y Clotilde, con gran sorpresa de Julia)* Señora! Caballero! ¡Todo lo he oido! ¡Chist! Ni una palabra! Yo seré feo... y raro... y como vengo de fuera seré tosco y patan... Y usted no querrá llevarme detrás... Es muy justo. Pero de esto á que un mequetrefe me llame trasto y á que V...

SANCHEZ

Ah! Já, já!

CLOTILDE

Já, já!... Qué bueno ha sido esto!

VARGAS

¡No unan Vds. la befa á la insolencia! Ni V. porque me conoce hace un cuarto de hora, ni Vd. porque yo le haya hecho el amor, tienen derecho para burlarse de mí!

CLOTILDE

Señor de Vargas...

VARGAS

Podia V. haberme dicho que estaba en relaciones con este señor...

SANCHEZ

¡Conmigo...! Julita, por Dios ¡no lo crea V.! (Pobrecita! Se ha demudado!)

CÁRLOS COELLO

(Continuará.)

LOS MONUMENTOS DE VALLADOLID

Asentada en la orilla izquierda del Pisuerga, con una industria floreciente y mostrando en su aspecto el constante progreso de las modernas construcciones, que le dan cada dia un aire más al uso, la antigua corte de Felipe III merece todavía el interés del arqueólogo y áun del mero curioso, aficionado á los goces é ideas que despierta la contemplacion de los monumentos artísticos.

La mayoría de estos pertenecen á dos períodos de transicion: el de la transicion románico-ojival y el de la de este último estilo al del Renacimiento. No faltan, sin embargo, muestras del románico puro, como la torre de la Antigua, del gótico del segundo tipo, ó sea del XIV, como los ábsides menores de S. Pablo, y del greco-romano, como la catedral, obra de Herrera.

Con ser, no obstante, algunos de estos edificios del mayor interés, no constituyen el principal atractivo de Valladolid, bajo el punto de vista artístico. Lo peculiar y original, lo que le da una excepcional importancia, es la escultura castellana de los siglos XVI y XVII, que tal vez no puede estudiarse en parte alguna con la variedad y riqueza de datos que en esta ciudad. En cambio, la pintura tiene en ella escasa representacion.

Comenzando por la arquitectura, ocupa el lugar preeminente, á todas luces, la iglesia de Santa María de la Antigua. Es una construccion empezada en el siglo XII, y ya al final; á lo ménos, juzgando por lo que de este primer orígen conserva, como son la torre y el pórtico ó claustrillo del N. (no quedando al parecer, resto alguno de la fundacion del XI).

Continuada y cubierta en el XIII, fué alterada posteriormente sólo en partes de poca importancia, salvo en el retablo del altar mayor y en los desgraciados remiendos churriguerescos de costumbre. Gran porcion del templo desaparece hoy bajo estos remiendos y pegadizos que lo rodean, no dejando libres más que algo de los ábsides y del muro de Poniente, con un roseton románico, el pórtico tapiado del N., en este mismo estilo, los pináculos, el pretil de cuadrifolios que los enlaza y sobre todo la esbelta torre, cuya base oculta sin embargo la pared con que se la ha reforzado exteriormente. Esta torre, colocada á los piés y fuera de la iglesia, y como adosada al muro del O. (no sin cierta irregularidad, que hace sospechar si quizá la iglesia actual no es la primitiva), es algo semejante á las de Segovia y una de las más interesantes de España, mostrando en opinion de Street y del Sr. Riaño, cierto carácter lombardo (superposicion de pisos muy parecidos, carencia de contrafuertes, abundancia de cornisas, etc.) y está decorada en sus capiteles, archivoltas é impostas, con ajedrezados, puntas, dientes y demás motivos usuales; sus arcos—dos en el piso inferior y en el superior y tres en el central—son de medio punto; la planta es cuadrada; y adorna cada una de las cuatro aristas una columnita en cada piso. La cubierta es piramidal, sumamente aguda y de tejas puestas en forma de escamas.

El interior del templo pertenece á la arquitectura del XIII, si bien con recuerdos románicos, y es muy sencillo. Consta de tres naves, terminadas por sus correspondientes ábsides poligonales; el crucero no sobresale sino por la altura de la bóveda, igual á la de la nave central; el ábside del S. tiene una reja del XVI, compañera del púlpito; otra reja gótica, más sencilla, cierra la capilla bautismal, construida despues en este mismo lado y cuyo retablo de pintura antigua es interesante; á los piés se levanta el coro sobre un arco rebajado, con su pretil gótico del último tiempo; y en el ábside central, en medio de una sillería del Renacimiento y de hermosos azulejos que llevan en relieve las águilas imperiales, se levanta el famoso retablo de Juan de Juni, una de sus obras principales, hecho para competir, se dice, con el que Berruguete destinó á San Benito, y en cuyas estatuas y relieves aparecen en efecto las actitudes un tanto violentas de este último y célebre maestro.

A la torre de la Antigua, imita sin duda alguna la de San Martin, iglesia completamente reedificada y sin importancia actual, fuera de aquella construccion, cuya parte inferior pertenecerá tal vez á la segunda mitad del XII, pero que en sus otros dos pisos, cuyos arcos son ya apuntados, ofrece todo el carácter del XIII.

Al mismo modelo obedeció probablemente la primitiva Colegiata, ó más bien la segunda (si es cierto que la primera fué la Antigua, fundada ántes que aquella por el conde Pedro Ansurez tambien), destrozada por Herrera en el siglo XVI para erigir la Catedral, al crear Clemente VIII la sede de Valladolid, aumentando la jerarquía de este templo. A juzgar por los restos que de él quedan aún, ya en las sacristías, sala capitular, y otras dependencias actuales, ya en los canecillos y ventanas de algunos muros del N. y el O., ya en las ruinas de los pilares y de la torre, que pueden verse en el corral adjunto y desde el campanario de la Antigua, debió ser una iglesia de transicion románico ojival, con tres naves y su correspondiente torre románica al pié, al modo de su predecesora. El corral mencionado no es otra cosa que buena parte de su planta; y al N. se abria probablemente una capilla, construccion hoy desfigurada y completamente ruinosa, cuya fecha no parece posterior á la primera mitad del XIII. Subiendo al piso superior de ella y recorriendo desde aquí las cubiertas posteriores de este lado, se descubren algunas ventanas del más puro y primitivo estilo gótico. Lástima que, ora por abandono y menosprecio, ora por sacrificarla á las necesidades de la nueva Catedral, se haya dejado perder uno de los más interesantes templos de Valladolid!

No debia ser de esta opinion Herrera. Su obra, de que sólo hay concluida como una cuarta parte, ó sea desde los piés hasta el arranque del crucero, corresponde de lleno á ese estilo, más pesado que sólido, más enorme que grandioso, más frio y sin jugo que severo, que todavía nos obstinamos en admirar en el Escorial. En cuanto á sus extraordinarias dimensiones, pueden calcularse por el modelo de madera que se conserva en las dependencias de la sacristía, con algunos interesantes dibujos del mismo Herrera y otros arquitectos. La fachada principal, decorada por Churriguera, no tiene importancia. En el interior, algunas puertas platerescas del XV al XVI, la noble custodia greco-romana de Juan de Arfe, compañera de la de Avila, un cáliz gótico, un soberbio dosel y algun que otro cuadro, singularmente el hermoso retrato por el Greco, que se admira en el oratorio de la sacristía, es todo lo que merece recordarse.

De los estilos del XV y del XVI, ó más bien del último período gótico, del Renacimiento y el plateresco, ofrece Valladolid gran número de construcciones: desde San Benito (XV), cuya hermosa sillería y destrozado retablo, obras de Berruguete, se custodian en el Museo, hasta el Palacio de Lerma (XVII), pesada imitacion del primer Renacimiento, en tiempos en que ya era esto un arcaismo, gracias al imperio universal del greco romano. La Magdalena, el Salvador, el Rosarillo, Santa Clara, Santa Isabel, la Concepcion, el hospital de Esgueba, el de Dementes, el Colegio de Santa Cruz (hoy Museo), las casas del Sol, de Fabio Nelli, etc. etc. son ejemplares, más ó ménos puros y de mayor ó menor importancia, de todas las diferentes fases por que ha ido pasando nuestra arquitectura desde el siglo XV hasta dar en el estilo greco-romano. Conviene recordar, de paso, la portada mudejar de ladrillo, tapiada hoy, junto á la Magdalena, y que, con la preciosa ventana del primer patio de S. Gregorio, constituye tal vez el único resto de este género, cuyo influjo, sin embargo, se advierte en algunas otras construcciones, v. g. en la torre del Salvador.

Pero hay dos edificios cuya fama es tal, que no cabe dejar de hacer de ellos particular mencion: cuantos conozcan, siquiera de oidas, á Valladolid, comprenderán que esta alusion se refiere á San Pablo y San Gregorio. Ambos están contiguos, formando una informe mole de construcciones ó más bien de destrucciones y ruinas, parte de las

cuales habitan, no sin riesgo, varias dependencias del Estado.

La iglesia de San Pablo procede del siglo XIII; pero de esta época no conserva más que algunas ventanas y los ábsides, construidos en un estilo que domina en toda esta region de Castilla,—v. g. en Burgos—y Street reputa oriundo de Poitou y Anjou: si hubiese podido entrar en este templo, probablemente le habria sorprendido tal semejanza. El resto está todo reedificado en el XV, por el famoso inquisidor Torquemada, perteneciendo á esta época la fachada, no ménos famosa, ó al ménos, su parte inferior, que es gótica del último estilo, de composicion pesada y recargadísima y de sabor completamente aleman en las estatuas, doseletes y pormenores, muchos de los cuales son por lo demás excelentes: todo ello se explica si es cierto que los arquitectos de esta fachada fueron Juan y Simon de Colonia, á quienes dieron entónces gran celebridad sus numerosas é importantes obras en Burgos. Las estatuas antiguas ¿serán tal vez de algun discípulo de Gil de Siloe, cuyo influjo no fué ménos grande en esta region? De más es decir que no cabe confundirlas con las que se han puesto, para completar las que faltarian, probablemente, en la reedificacion de Lerma.

Si la portada de San Pablo resulta pesada, más por la exuberancia de los pormenores que por la escasa gracia de sus líneas generales, la de San Gregorio ofrece igual defecto, en sus formas y proporciones, muy poco felices, abultadas y sin gallardía. Sin embargo, su principal arco, canopial, como era á la sazon de rigor, no es tan desgarbado como el que cobija la puerta de San Pablo. El estilo de la fachada es plateresco, combinándose ambos elementos, gótico y Renacimiento, á veces con fortuna; y segun debe colegirse, sus estatuas, relieves y filigranas, por lo comun inferiores á los de la iglesia contigua, son ya á veces ménos germánicos; v. g. en los niños que profusamente se entrelazan por casi toda la fachada, y que ofrecen un no sé qué de Renacimiento italiano.

En el primer patio de este edificio está la linda ventana mudejar de que ya se hizo mencion y cuyos estucos mezclan la decoracion árabe con la del *cinquecento;* pero la celebridad del patio grande la ha oscurecido. Este otro patio, plateresco tambien, es quizá más pesado aún que la fachada, aunque riquísimo, sobre todo en el cuerpo principal, cuya decoracion suntuosa recuerda ese estilo de *pasamanería*, que ostentan muchos monumentos portugueses de igual época. El cuerpo bajo es pobrísimo de líneas; y el conjunto, tan flojo como el del Infantado, en Guadalajara, y tal vez más desigual, áun cuando sus pormenores son más esmerados. La gran escalera sigue iguales formas; los casetones de las paredes están colocados con muy dudoso gusto; la inclinacion de los dibujos del pretil fatiga el ojo, y la fantasía sólo descansa gratamente al contemplar el hermoso artesonado morisco que la cubre y á través del cual se entrevé ya, por desgracia, el cielo. Otros ricos artesonados, de gusto ménos puro, hay en los salones del antiguo colegio, así como algunas puertas y ventanas góticas flameantes. En cuanto á la capillita, situada en la planta baja, tiene un vestíbulo, un púlpito y un coro alto tambien interesantes; pero todo ello ha sido restaurado con escaso acierto. Verdad es que, por lo comun, diciendo «restaurado,» ya puede ahorrarse la segunda parte de la observacion.

El edificio es fundacion de Fr. Alonso de Burgos, obispo de Palencia; su retrato, arrodillado delante del Santo titular, se ve en el tímpano de la portada, y sus lises pululan doquiera hasta un grado insoportable, mezclándose en la fachada con las armas de los Reyes Católicos. El arquitecto, segun la tradicion, fué español y se llamaba Macías Carpintero.

El colegio de Santa Cruz, ménos famoso que estos dos edificios, mereceria tambien alguna descripcion especial; pero su principal interés está en las estatuas y relieves que, á título de Museo, encierra y que dan medida de lo que ha sido nuestra escultura castellana del Renacimiento, desde Berruguete á Jordan. El edificio, fundacion, como su homónimo de Toledo, del cardenal Mendoza, y como él obra tambien de Enrique Egas, tiene una fachada del Renacimiento, aunque con grandes contrafuertes, un tanto pesados. Los balcones son posteriores, como lo confirma la vista de todo el frente que hay en un retrato (bastante malo, por cierto) del fundador, al pié de la escalera. El patio es de tres pisos, en lugar de dos, que es lo más frecuente, y tiene cierta nobleza, á pesar de la opinion de Street. Verdad es que éste rara vez encuentra ocasion de aprobar obra alguna del Renacimiento.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS



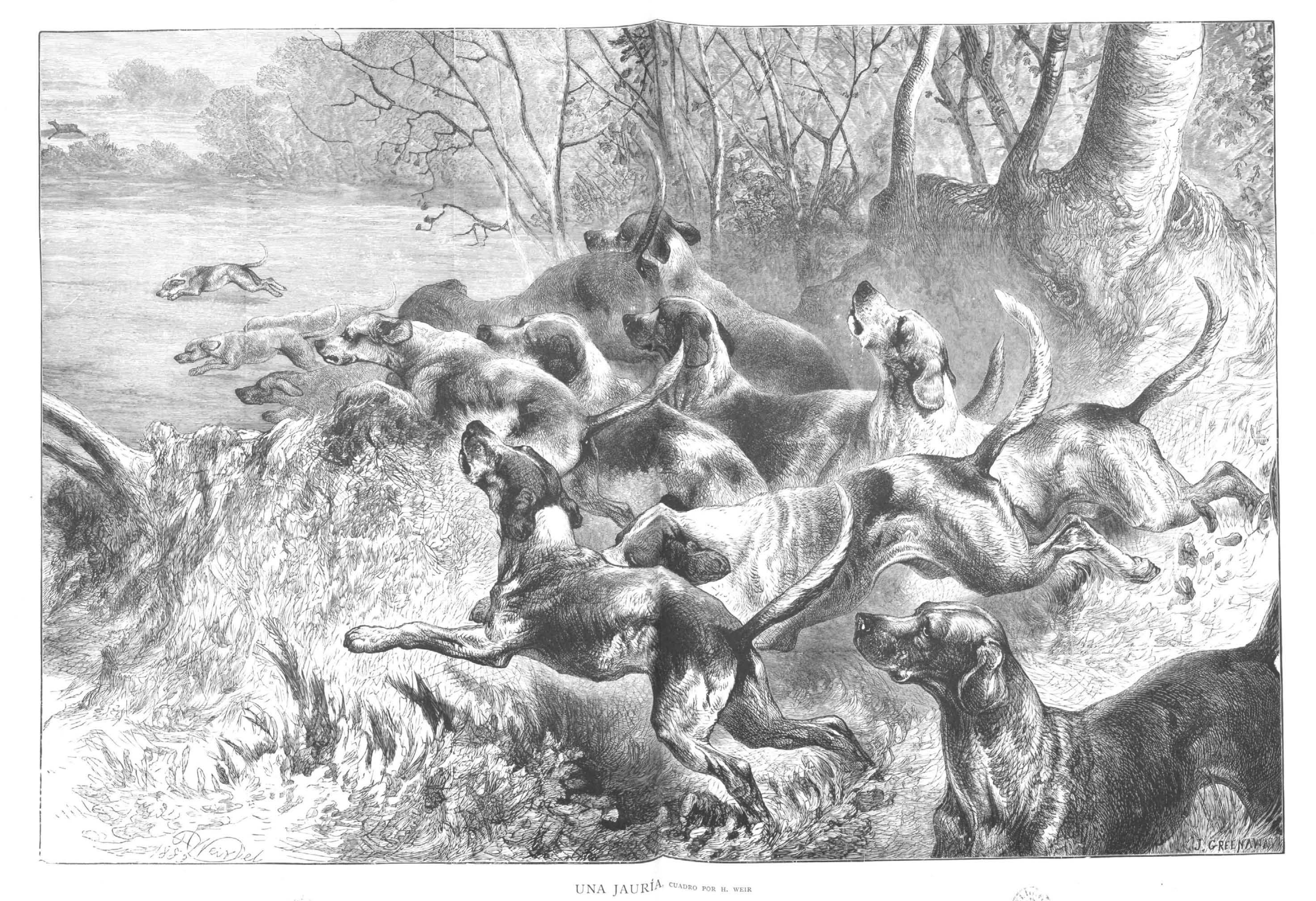
TIPOS AINOS, tomados de una fotografía



EL PRESUNTO HEREDERO, cuadro por Jorge Boughton

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



UNA JAURÍA, CUADRO POR H. WEIR



AÑO II — BARCELONA 9 DE JULIO DE 1883 — NUM. 80

JÓVEN PESCADOR VENECIANO, cuadro por E. Ost

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Un inglés perdido.—Diferencia entre el gobernador de Madrid y el comisionado de Inglaterra en Egipto.—Consulta hipotética al comercio de Madrid.—Un anuncio original.—Los cinco piés.—*El monstruo del Ganges*.—Receta masónica.—La zorra de la fábula.—Cuestion gramatical.—Limpieza de la lengua.

No solamente es Madrid una capital donde se pierden algunas mujeres, sino que tambien de vez en cuando suele darse el caso de que se pierdan los ingleses.

Todas las personas que viven abrumadas bajo el peso de muchos acreedores calificarán de solemne paradoja esta afirmacion mia; pero nada hay tan cierto como lo que acabo de decir.

Y aún puedo añadir más: la desaparicion de un inglés ha venido á abrir estos dias ante los ojos de los aficionados á ganar dinero sin gran esfuerzo de trabajos corporales ó intelectuales, una hermosa perspectiva, al extremo de la cual, como en lo último de un palo de cucaña, se encuentran un premio de quinientas pesetas y otras gratificaciones de ménos cuantía.

Excuso afirmar que multitud de gente se ha echado á la calle en busca de ese inglés, llegado á Madrid procedente de Córdoba el dia 26 de mayo último, y perdido despues para el cónsul de la Gran Bretaña, para el gobernador civil de la provincia de Madrid y para todas las demás personas que se interesan por la vida del súbdito de Inglaterra.

Realmente, aparte del interés de humanidad laudable y meritorio que hay siempre en buscar á cualquier persona que se haya perdido, y de la cual se sospeche que ha podido ser víctima de algun crímen tenebroso, el lujo de requisitorias que aquí se ha desplegado para dar con las huellas del súbdito de la reina Victoria, parece una severa leccion dada al inglés de la comision sanitaria de Egipto, para quien la salud y la vida de las personas valen mucho ménos que un cargamento de algodon ó una remesa de cacao.

Si la lógica de los hombres no cambiara á medida que cambia la latitud terrestre, y si un español encargado del Gobierno de Madrid pudiera razonar del mismo modo que un delegado de Inglaterra en el país de los Faraones, el señor conde de Xiquena habria llamado á los comerciantes de Madrid para consultarles lo que debia hacer en vista de la misteriosa desaparicion de ese inglés, que, como una aguja en un pajar, buscan hoy muchos madrileños por toda la capital y sus alrededores.

—Vamos á ver,—habria dicho nuestra primera autoridad civil á los prohombres del comercio madrileño.—¡Vamos á ver!.... ¿ustedes creen que van á vender más géneros, que realizarán más pingües ganancias, que verán crecer el contenido de sus arcas con mayor prosperidad, si yo pongo todo mi empeño y todos los recursos indagadores de que puedo echar mano para que se descubra el paradero de un inglés perdido entre el *maremagnum* de esta capital de España?

Estoy viendo con la imaginacion la respuesta de los comerciantes.

Unos se habrian encogido de hombros, como diciendo:

—¿De qué inglés se trata?

Otros habrian exclamado:

—¡Hombre!.... ¡nosotros somos precisamente *ingleses* para mucha gente que nos debe dinero!

Y los más, puestos por los periódicos al corriente del caso misterioso hubieran contestado:

—Los intereses del comercio son muy respetables; pero lo son mucho más las vidas de los hombres...., No creemos que el descubrimiento y el castigo del crímen—si acto criminal existe—que se haya cometido con ese inglés, proporcionen á los comerciantes ingresos extraordinarios; pero aunque fuera lo contrario, nosotros somos de opinion que se debe apurar hasta el último recurso á fin de poner en claro este acontecimiento sobre el cual parece que han caido todas las nieblas del Támesis.

***

El gobernador de Madrid no ha tenido, sin embargo, necesidad de hacer esa consulta; y aunque sabe que su indiferencia por la desaparicion en Madrid de un súbdito inglés no habria traido sobre la humanidad tantos males como la indiferencia del comisionado de Inglaterra en Egipto, el cual con su excesivo amor á las mercancías procedentes de la India ha sido capaz de abrir un boquete al cólera que ántes de visitar las pirámides y extasiarse en la contemplacion de las sinuosidades del Nilo está segando millares de cabezas en las poblaciones inmediatas á Alejandría, el gobernador de Madrid, repito, ha mandado fijar en multitud de esquinas de esta corte un anuncio ofreciendo quinientas pesetas al que descubra el paradero de Mister Malcolm Graham, llegado á Madrid en el tren correo que salió de Córdoba el dia 25 de mayo último.

Es un cartel curioso ante el cual se han agrupado todos los madrileños. En los dos ángulos superiores del anuncio iban pegadas dos fotografías del inglés en distintas posiciones.

Por ellas se ve que M. Graham, era, ó es—si aún existe,—jóven y robusto. Parece que debió cobrar una letra de alguna consideracion en Madrid. Dice el cartel que en la tarde del dia 26 se le vió despedirse de un compatriota suyo en la calle de la Montera, y que el dia 28 estuvo tambien hablando en la Puerta del Sol, junto á la Carrera de San Jerónimo, con un sujeto avecindado en Linares.

Y no se sabe ya más.

Mister Graham ha desaparecido como desaparecen en las comedias de magia, por escotillon, los personajes que estorban á los planes de un genio maléfico.

Esta magia queda interrumpida. Le falta la apoteosis, tras de la cual marchan con incansable actividad el gobernador de Madrid y el cónsul de Inglaterra, que tambien ha señalado las gratificaciones de 250 pesetas por un lado y 125 por otro, á los primeros que descubran, respectivamente, el actual paradero del inglés y la casa donde durmió en la primera noche.

Como hasta las cosas más trágicas pueden tener su lado cómico, la circunstancia de consignarse en el cartel que el *evaporado* súbdito de la Gran Bretaña tiene cinco piés ingleses, ha dado lugar á escenas de una jocosidad extraordinaria.

Claro es que hay en Madrid mucha gente ávida de ganar las quinientas pesetas del gobernador y las doscientas cincuenta del cónsul de Inglaterra.

Pero algunos se han fijado solamente en la parte literal del anuncio.

Hay quien dice:

—Pues señor, dado caso que ese inglés pueda encontrarse en alguna parte, esa ha de ser indudablemente en las barracas ó casas especiales donde se exhiben fenómenos.

En virtud de este razonamiento ha habido estos dias gran invasion de curiosos en las casas en que á són de organillo y con grandes reclamos en la puerta se enseñan excepcionales séres humanos.

Se han oido estas conversaciones:

—Diga V., ¿qué se enseña aquí?

—Una giganta eléctrica.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Júrelo V.

—¡Lo juro!

—Pues... no me conviene la giganta.

En otra parte.

—¿Me hace V. el favor de decirme qué fenómenos hay en este establecimiento?

—Pues mire V., caballero; tenemos una mujer gorda y un niño de dos cabezas....

—¿Y no hay otra cosa?

—¿Qué quiere V. más?

—¡Estoy buscando un inglés que tenga cinco piés y no lo encuentro por ninguna parte!

***

Comprendo que estas cosas le pongan á uno colérico mucho ántes de que el cólera nos envie su fúnebre tarjeta.

No hay que asustarse. Parece que los consejos de Sanidad velan por la conservacion de la salud pública.

Los hilos del telégrafo son, sin embargo, tan indiscretos que todos los dias vienen á turbar nuestra tranquilidad con las noticias de los fallecidos en los puntos donde el *monstruo del Ganges* (figura retórica antiquísima) hace sentir la agudeza de sus garras.

Si el cólera fuera visible como una persona, tal vez podríamos adoptar con él medidas corteses que le obligaran á decir:

—Estos españoles, siempre tan galantes..... ¡Está visto que no se puede negar nada á la hidalguía castellana!

Y con tal que le prometiéramos el pasaje gratis en ferro-carril, quizá se volviera á su punto de origen, tal como un conductor de tranvía que hace á la una de la noche su último viaje desde la Puerta del Sol á su cochera, despues de haber estado todo el dia yendo y viniendo por el mismo camino.

Pero el cólera es invisible, y como los muertos de D. José Zorrilla, se filtra hasta por las paredes.

Un amigo mio que ocupa en la masonería española un elevado cargo, me ha dicho que si acaso llega el cólera á Madrid quiere desentenderse de todas las recetas que dicten los médicos y probar sobre el cólera los recursos de la asociacion masónica.

Su teoría es la siguiente:

—La India es un país misterioso, lleno de secretos y de asociaciones tenebrosas..... Es muy posible que el cólera pertenezca á la sociedad masónica. Yo me dejo atacar, y en cuanto noto los primeros síntomas hago al aire unas cuantas señas con los dedos. ¡Verás cómo entónces desaparecen los retortijones y los calambres y me quedo en un estado de placidez tal como lo puede experimentar el que nunca se ha visto asediado por enfermedad alguna!

***

Esta receta de mi amigo podrá surtir efecto ó ser tan ineficaz como tantas otras.

Yo la entrego á la publicidad porque no me gusta reservarme nada que pueda redundar en provecho del público.

Lo cierto es que hoy por hoy, lo más conveniente es hacer uso de preservativos fabulosos, es decir, de aquellos que consisten en imitar á la zorra de la fábula.

¡No comer frutas verdes!

***

Cuestion gramatical:

Significando la palabra *cuarentena*, cuarenta dias, como docena, doce, y veintena, veinte, etc., ¿está bien dicho: —Los buques harán una cuarentena de cinco, siete, ó quince dias?

Aun dentro de este absurdo de locucion ¿no valdria más decir: Tantos ó cuantos dias de *cuarentena*, lo cual significaria que de la cantidad *cuarenta* señalada como tipo se tomaban algunas partes?

Yo expongo sencillamente la cuestion.

Y si álguien me dice que no es propia de las azarosas circunstancias por que tal vez atravesaremos dentro de poco, si eso de las cuarentenas no se lleva con rigor absoluto, le contestaré:

—Esta cuestion gramatical es de gran actualidad, puesto que si la Academia limpia, fija y da esplendor y si la mayor parte de las enfermedades se conocen por la lengua, lo más prudente hoy por hoy es abogar por la limpieza.... de la lengua.

PEDRO BOFILL

Madrid 6 de julio 1883.

NUESTROS GRABADOS

JÓVEN PESCADOR VENECIANO, cuadro por E. Ost

Del mar y de la tierra pudiéramos decir que son el contraste de la creacion. Este contraste trasciende á los hombres especialmente afectos á las faenas de uno y otro elemento. Es imposible confundir un marino con un labrador.

No consiste solamente la diferencia en las huellas físicas que en uno y otro individuo han dejado el sol y la tempestad; sino que su ademan, su mirada, el todo de su continente, establecen una diferencia esencial entre el hombre de tierra y el hombre de mar. Nosotros nos permitimos opinar que esa diferencia proviene de la esencia de sus respectivas faenas.

El labrador, obligado á cultivar la tierra, ora siembre, ora riegue, ora coseche, dobla el cuerpo sobre el terruño, y su pensamiento, como su mirada, abarcan simplemente el pequeño espacio de su accion.

El marino, por el contrario, tiene por objetivos el mar y el cielo: al tender la vista sobre el primero, se encuentra con el espacio insondable; al fijarla en el segundo, se halla con la inmensidad.

A los ojos del primero todo es pequeño, ruin, limitado, porque su más limitada inteligencia no le permite abismarse en los arcanos grandiosos, en las consideraciones profundísimas á que se presta la más sencilla evolucion de la naturaleza.

A la imaginacion del segundo todo cuanto la hiere reviste la forma más grandiosa del poder de Dios; las olas que llegan hasta las nubes, las nubes que descienden hasta las olas; el rayo sobre la frente, el abismo bajo los piés.....

Forzosamente el espíritu del marino ha de ser superior al del hombre del campo; forzosamente esa superioridad ha de trascender á la mirada, á los ademanes, al continente todo del hombre de mar.

Apliquense estas consideraciones á nuestro *jóven pescador*, y se echará de ver en seguida cuán acertado ha estado su autor en la reproduccion de este tipo simpático en medio de su rudeza; pero á pesar de su candidez y humildad, dispuesto á ser un grande hombre, á pesar de vegetar en la ménos considerada clase de las clases sociales.

Es indudable: el mar imprime carácter á sus hijos.

En la frente del marino se lee esta frase:

¡Dios sobre todo, y adelante á todo trance!

CAMPAMENTO DE GITANOS, cuadro por F. Bhom

El asunto de este cuadro es simpático. Una familia, más numerosa que acomodada, ha sentado sus reales al aire libre, y á falta de recursos tiene buena salud, alegría y perfecto acuerdo entre sus individuos. Aunque su semblante y el conjunto de sus personas revelen una procedencia de raza especial, sin mezcla y no ciertamente de las más cultas y pulcras, apreciados exteriormente esos individuos no son más repulsivos que otros mendigos, como ellos haraposos y como ellos desaseados y de nada tranquilizador ni simpático aspecto.

¿En qué consiste, sin embargo, que á los unos se les hace la limosna de un óbolo ó de un consuelo por el amor de Dios, y de los otros se huye el contacto, se evita la presencia y hasta se les manda muy enhoramala cuando tienen la osadía de ofrecernos sus singulares servicios? Véase nuestro cuadro; la soledad rodea á sus personajes: no haya miedo que nadie les interrumpa como no sea para arrojar una piedra al tranquilo grupo. Y si esa piedra causa daño de mayor ó menor consideracion, no tema el agresor que se levante la voz de ningun hombre honrado para criticar su punible conducta.

¡Pobres gitanos! Su mayor delito consiste en serlo.

Y sin embargo, el trato público, con referencia á esos infelices, ha mejorado sensiblemente, si bien no todo lo que, por compasion siquiera, debiera ser. Segun el *Memorial de los Pirineos*, hubo ocasion en el país vasco, en que matar á un gitano no era más ilícito que matar una gacela ó un venado, y segun relata Greellmann, en cierta partida de caza real figuró entre las *fieras muertas* una infeliz gitana y el hijito que estaba amamantando....

¡A cuán criminales extremos conduce el fanatismo y la ignorancia!... Naturalmente que esos párias han de sentir odio profundo hácia una sociedad que de tal suerte les rechaza de su seno, y en desquite se dedican, entre otras malas artes, á predecir el destino, con lo cual producen frecuentemente *tantos disgustos de familia*, que ellos solos les vengan de cuanta hiel llevan tragada y continuarán tragando!

UNA DISTRACCION DOLOROSA,
estatua por Mariano Benlliure

Travieso y distraido como todos los de su clase, el monaguillo de nuestro grabado ha manejado con sumo descuido el incensario, imprimiéndole oscilaciones sobrado bruscas; y desprendiéndose de éste una ardiente brasa, le ha causado en los dedos una respetable quemadura que no debe haberle sabido á almíbar á juzgar por la contraccion de sus músculos faciales y por la prontitud con que aplica el usual remedio á los dedos lastimados, chupándoselos con fuerza.

El autor de esta bonita estatua es jóven, muy jóven, pues apénas tiene 21 años, mas por sus pasmosos adelantos en el arte escultórico, por su asiduidad y por su genio y aptitud, ha llegado á ponerse al nivel de otros artistas de edad más madura. Hijo de la pintoresca Valencia, se halla actualmente en Roma dedicándose con tanto provecho como talento al noble arte en que tan pronto ha sabido descollar, y en la actual exposicion de Paris está llamando con justicia la atencion otro precioso grupo del que se ha ocupado con encomio nuestro colaborador el Sr. Gener en la *Revista* publicada en el número anterior. Siga así el Sr. Benlliure, y no dudamos que su nombre figurará muy pronto entre los de los escultores más aventajados.

MIGUEL ANGEL, estatua por O. Tabacchi

En la exposicion de Bellas artes últimamente celebrada en Roma ha figurado con razon en lugar preeminente la hermosa estatua de Miguel Angel, obra de Odoardo Tabacchi, escultor ya conocido por otros trabajos notables, y entre estos por el magnífico monumento erigido en Milan á la memoria de Cavour. Dicha estatua tiene dos metros de altura y está vaciada en bronce. La figura del insigne pintor, escultor y arquitecto es imponente, y el Sr. Tabacchi lo ha representado de edad algo avanzada, y en actitud de desenrollar uno de sus admirables planos. Su aspecto atrae verdaderamente, y de seguro que cuantas personas contemplen esta estatua, no podrán ménos de exclamar: «Esta es la genuina personificacion del gran artista; así me lo he representado siempre.»

LA DOBLE NODRIZA,
cuadro por Heywood Hardy

Tienen, por lo general, las composiciones inglesas, aparte su esmerada ejecucion, un tinte melancólico producido, bien por la índole del asunto que tratan, bien por la manera de tratarlo el artista. Diríase que en la inspiracion de la mayoría de sus pintores influye la tristeza del sol de Lóndres.

El cuadro que publicamos es en extremo sencillo é interesante; es un verdadero idilio en que ni una sola de sus figuras deja de ser simpática; hasta de la vaca y de su becerrito podria afirmarse que se hallan perfectamente poseidos del importante papel que están llamados á desempeñar en la granja.

Todo en ese dibujo es hermoso y apacible, y sin embargo parece como uno de esos cielos en que el sol no puede luchar ventajosamente con las nubes que ha acumulado la tempestad. Y es que entre sus personajes hay una agraciada jóven en quien la enfermedad se ha cebado con rigor, *dejando quizás en su pecho la funesta huella de ese* mal horrible, misterioso, implacable, que parece herir preferentemente á las criaturas más perfectas. Así se comprende el afan con que se ha buscado una res que alimentase y fortificase á la delicada jóven, y hé aquí á la apacible vaca dispuesta á compartir su leche entre la enferma y el becerrillo.

El hombre, que frecuentemente lleva su orgullo de rey de la creacion hasta la crueldad con los animales, debiera mejor tener presente cuánto y cuánto les debe. Un vaso de leche de esa hermosa vaca vigorizará, probablemente, la abatida naturaleza de nuestra bella enferma; al paso que el saludable calor de la lana que cubre su pecho, vellon de un pacífico carnero, facilitará un sudor favorable á la dilatacion de sus atrofiados pulmones. Renacerá entónces la salud y será el encanto de los salones, luciendo ancha falda de crujiente seda, elaborada pacientemente por unos humildes gusanos, bien ajenos á que su obra haya de realzar los encantos de la hermosura y fomentar las inclinaciones del orgullo.

Seamos francos: el hombre podrá ser el rey de lo creado; pero, como la mayor parte de los soberanos, olvida con frecuencia que no habria reyes si no hubiera pueblos.

NI TANTO NI TAN CALVO

(Conclusion)

VARGAS

Podria V. habérmelo dicho y yo hubiera...

SANCHEZ

¡Es que...!

VARGAS

¡Me dará V. una explicacion!

SANCHEZ

Con mucho gusto—V. no sabe....

VARGAS

Salga V...

SANCHEZ *(A Clotilde)*

Verá V. cómo con cuatro palabras...

CLOTILDE

Pero ¿para qué salir....?

SANCHEZ

Es mejor: está ciego de rabia y seria capaz... En el pasillo lo domesticaré con una sola frase... que aquí no debo decir. *(Mirando amorosamente á Julia que desgarra su pañuelo con impaciencia.)*

ESCENA VIII

CLOTILDE Y JULIA

JULIA

Pero ¿qué significa esto?

CLOTILDE

Ni yo misma lo sé. Vargas, que si no ha almorzado fuerte en su hotel, está loco de atar, me hizo ántes una declaracion.

JULIA *(disgustada)*

Sí ¿eh? Se conoce que hay epidemia de declaraciones. Sanchez me ha hecho á mí otra. No pienses que todas las declaraciones son para tí.

CLOTILDE

Y ¿qué has contestado á Sanchez?

JULIA

Nó, nada entre dos platos. Hasta consultar contigo, no he querido...

CLOTILDE

La verdad es que... el pobrecillo es muy buen muchacho y á tí no te conviene seguir por más tiempo jugando con los hombres: ya vas siendo talludita y te expones á no casarte nunca.

JULIA

¡Ay!

CLOTILDE

¿Qué te pasa?

JULIA

¿Qué me ha de pasar? Que me has asustado.—Y tú ¿qué piensas hacer?

CLOTILDE

Ante todo, vengarme de Vargas. Si está cuerdo, para que no se vuelva loco; y si está loco, para que recobre la razon: el loco por la pena es cuerdo.

ESCENA IX

VARGAS Y SANCHEZ, que aparecen y se quedan en la puerta del fondo.

JULIA

De manera que se realiza punto por punto todo lo que tú adivinaste desde que el tio Julian me mandó su retrato á escondidas?

SANCHEZ

(¿Lo ve V.? Quieto! Están hablando de nosotros.... Oiga V. y se convencerá....)

CLOTILDE

Vargas es simpático.

SANCHEZ

(¿Oye V.? Dice que es V. simpático.)

VARGAS

(Silencio.)

SANCHEZ

(Y ahora habla en confianza con su hermana que es un angelito.)

VARGAS *(con alegría)*

(Silencio! Es posible!)

JULIA

Sí, la verdad es que á tí Vargas te ha gustado siempre y que aún ántes de conocerle ya le habias tomado cariño.

VARGAS

(¿Estoy soñando?)

CLOTILDE

Antes de conocerle, le tenia cariño, es verdad y no te lo niego... Pero llegó y se condujo conmigo de un modo...

VARGAS

(Tiene razon. ¡Yo repararé mi torpeza...!) *(Dando un paso.)*

SANCHEZ

(Un momento. A ver si ahora hablan de mí en forma semejante y D. Juan Tenorio y D. Luis Megía se arrojan al mismo tiempo á los piés de D.ª Inés y de D.ª Ana.)

JULIA

A pesar de los pesares, el tuyo... porque ese es tuyo...

CLOTILDE

¿Lo sentirias?

JULIA

¿Yo?... El tuyo es mejor partido que el mio

SANCHEZ *(muerto de susto)*

(¿Eh?...)

JULIA

Sanchez es feo...

SANCHEZ

(Que yo soy feo!)

CLOTILDE

Pero simpático...

VARGAS

(¡Calma!)

JULIA

Pché... Catorce mil reales de sueldo...

SANCHEZ

(Pérfida!)

VARGAS

(Deténgase V.!) *(Sujetándole por un brazo.)*

SANCHEZ

(Yo voy á volverme loco!)

VARGAS

(Animo!)

CLOTILDE

Mira, deben haberse ido á la calle cuando ya no han vuelto. Vamos á ver si los vemos por los balcones de la sala. Son capaces de pegarse en la calle.

JULIA

¿Pegar Sanchez? A lo sumo, se resignará á que le peguen.

ESCENA X

VARGAS Y SANCHEZ

SANCHEZ

¡Ay!

VARGAS

¡Ay qué gusto!

SANCHEZ

¡Qué error el mio!

VARGAS

Pero ¿en qué estaria yo pensando?

SANCHEZ

¡Yo que la creia un ángel..!

VARGAS

¡Y yo que la creia un demonio!...

SANCHEZ

¡Y es un demonio!

VARGAS

No señor! Es un ángel: un ángel de candor y de inocencia!

SANCHEZ

Y de falsedad y de coquetismo!

VARGAS

Yo no tolero que insulte V. á la mejor de las mujeres!

SANCHEZ

Caballero, yo hablaba de la mia!

VARGAS

Pues de la mia hablaba yo!—Necio! Estúpido! Imbécil!

SANCHEZ

¿Me insulta V.?

VARGAS

No señor: todo esto me lo digo á mí mismo.

SANCHEZ

¡Ah! entónces, continúe V.!

VARGAS

Yo no creia en el amor ni en la amistad.. Perdon, amigo mio, perdon!...

SANCHEZ

Yo era un inocenton que juzgaba por las apariencias.. Mujeres! Mujeres!.. Cocodrilos con *polisson*, ¡ya os he conocido!

VARGAS

La amistad puede ofrecer consuelos verdaderos. Venga usted á mis brazos, amigo mio!

SANCHEZ

No... aparte V... Yo no sé quién es V. Yo todo lo veo ya negro! Yo pienso ya mal de todo el mundo! ¿Quién me dice á mí que V. no es un tomador del dos que quiere darme un abrazo para robarme el reloj y el dinero?..

VARGAS

(Pobrecillo! ha perdido la razon! Está peor que estaba yo hace un rato!)

ESCENA XI

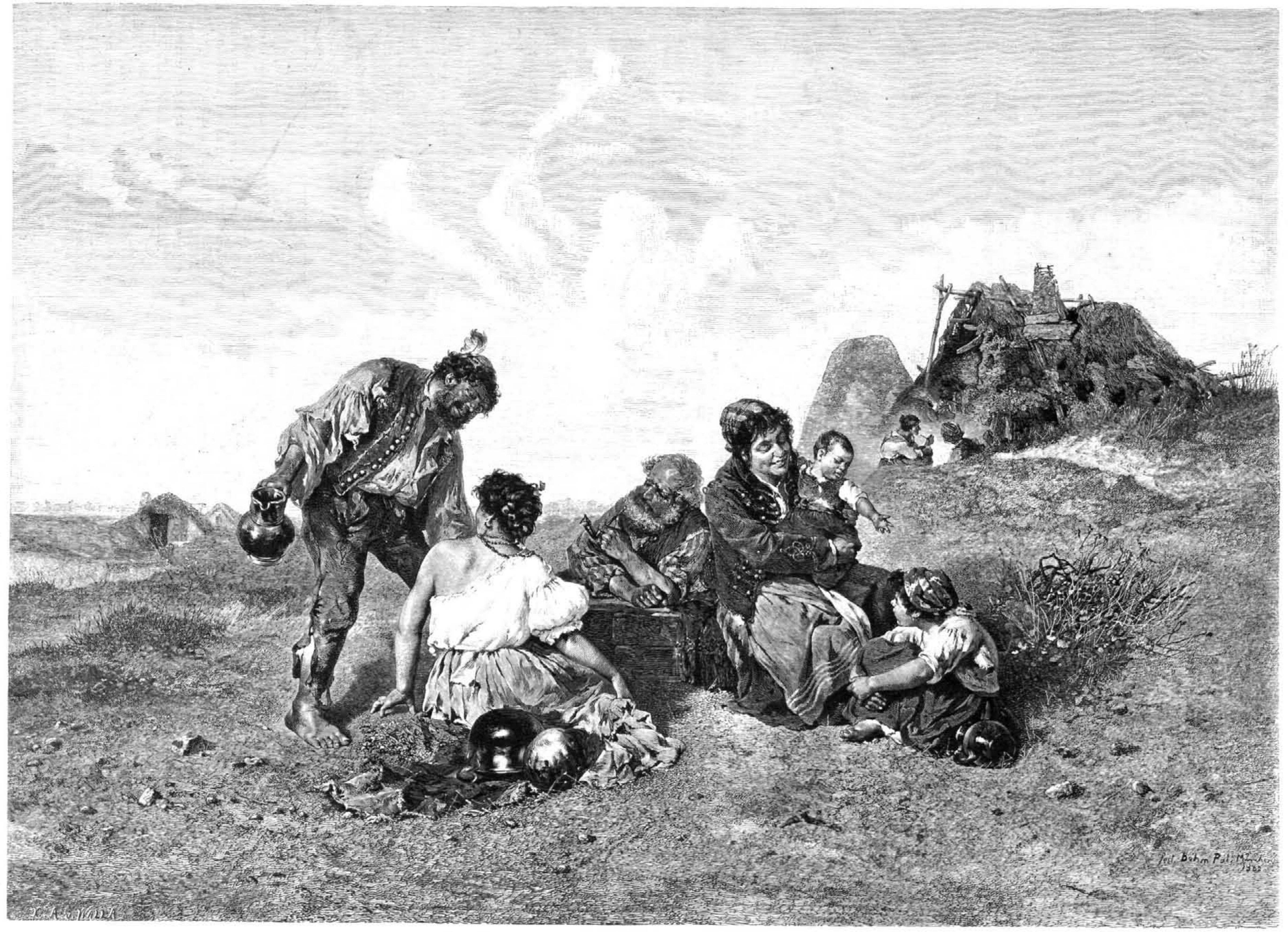
Dichos, CLOTILDE y JULIA

JULIA *(en la puerta de la derecha, con su hermana)*

Míralos! Si están ahí! *(Avanzando y deteniéndose).*—¡Ah! ¿y qué hacemos?

CLOTILDE

Lo convenido: tú, dar á Sanchez un sí que hará su



CAMPAMENTO DE GITANOS, cuadro por F. Bhom



UNA DISTRACCION DOLOROSA, estatua por Mariano Benlliure

felicidad y la tuya, y yo vengarme en toda regla del ogro sevillano. *(Adelantándose)*—Señores...

VARGAS

¡Clotilde! *(Con alegría.)*

SANCHEZ

(Y tiene valor para ponerse delante de mí!...)

VARGAS

Deseaba ver á Vds. para pedirles perdon por mi indisculpable grosería.—A V. en particular *(á Clotilde)* debo darle una explicacion de lo que pudo hacer que me olvidara de todo.

CLOTILDE

Oigamos la confesion, señor de Vargas. Póngase V. de rodillas y vaya rezando el «yo pecador.»

VARGAS

(hincando una rodilla en tierra.)

Yo, pecador, confieso á la señora D.ª Clotilde Villanueva, viuda de...

CLOTILDE

Bajito, bajito: no es menester que se enteren los otros fieles. *(Por Julia y Sanchez. Vargas se levanta, se sienta junto á Clotilde y siguen hablando con voz baja.)*

JULIA

¿Qué hace V. ahí tan cabizbajo, amigo Sanchez?

SANCHEZ

(¡Amigo!—La arrancaria el moño...! Pero no: tal vez lo lleve postizo: seria un crímen inútil.)

JULIA

Aunque V. no me lo pregunta, le diré que he hablado con mi hermana sobre la pretension de V.

SANCHEZ

Sí ¿eh? Tengo una idea de que... (Ahora, las calabazas!)

JULIA

Clotilde, apreciando las buenas cualidades de V...

SANCHEZ

(¡Ay!)

JULIA

Y haciendo justicia á su mérito...

SANCHEZ

(Ay! Ay! Ay!...)

JULIA

Me aconseja que me case con V.

SANCHEZ

¿Eh? *(Asombrado.)* (¿Oiria yo mal ántes?....)

JULIA

¿De qué nace ese asombro? Mi hermana le aprecia á V., yo sigo sin dificultad, porque tambien le aprecio, el consejo de mi hermana y en prueba de ello... ahí va mi mano.

SANCHEZ *(aturdido)*

¡Cómo! ¿Qué?.. ¿V. quiere casarse conmigo?

JULIA

¿Qué es más: querer casarse con un hombre ó casarse con él?

SANCHEZ

Yo no estoy ahora para filosofías; pero... (Vamos á ver, y ¿por qué este cambio repentino?—¡Ah! bruto de mí! Necesita casarse y me busca á mí para salir del apuro! Es decir que yo soy como quien dice, un marido de lance!)

JULIA

(La felicidad le ha aturdido.)—Vamos al balcon... (Así se refrescará.)

SANCHEZ

(¿Al balcon?.. ¿Y para qué va al balcon? Alguien hay en la calle... Sí, en la esquina veo... Es un mozo de café... Guapo, no lo niego, pero nunca imaginé que Julia pudiera rebajarse tanto!)

JULIA

Pero ¿no me dice V. nada?

SANCHEZ

¡Pérfida! Ya no aguanto más! ¡Todo lo sé! V. me ha llamado feo.

JULIA

¡Yo!.. *(Con sorpresa y disgusto.)*

SANCHEZ

¡Feo!.. Ya me quisiera V. para los dias de fiesta.

JULIA

¿Quién le ha dicho á V.?

SANCHEZ

Nadie, yo he oido la conversacion que tuvo V. con su hermana.

JULIA

¡Ah! Estaban Vds. dos aquí... (No me queda más que un recurso.)

SANCHEZ

Sí, señora, aquí estábamos los dos.

JULIA

Ja, ja, ja! *(Riendo á carcajadas.)*

SANCHEZ

¿Quiere V. decirme á qué viene esa risa?

JULIA

Pero ¿cree V. que nosotras no lo sabíamos?

SANCHEZ

¡Ya! Nos vieron Vds. y se hicieron las distraidas.

JULIA

Claro, hombre, claro! Yo dije de V. todo eso por hacerle pasar un mal rato.

SANCHEZ *(respirando)*

Pues lo consiguió V.—Tantas gracias.

JULIA

Y Clotilde habló bien de Vargas para tener luégo el gusto de burlarse de él.

SANCHEZ

¡Ya! (¡Si soy más bruto que mandado hacer!) Permítame V. que me arroje á sus piés y la pida perdon... y la bese la mano. *(Haciéndolo con entusiasmo.)*

JULIA

Basta! basta! (Pobrecillo! Es bueno y haré de él todo lo que se me ocurra.)

SANCHEZ

¡Amigos mios!.. Soy feliz!.. Julia me quiere... ¿Estaban ustedes hablando?—Vds. dispensen. Pero no puedo ménos de darle á V. un apreton de manos y á V. un abrazo. *(A Vargas y á Clotilde)* No... no, á V. el abrazo *(á Vargas)* y á V. el apreton... Aunque casi sería mejor que el abrazo fuera para V. *(Aturdido y hablando muy de prisa.)*

VARGAS

¿Es decir que vuelve V. al buen camino?

SANCHEZ

Sí! Reconozco mi necedad y la confieso. Llegué á dudar de este ángel... Creí que me habia llamado feo... ¡Ella! ¡A mí!.. Ya ve V.!.. Si soy un pollino: ¿verdad?

JULIA

No puedo negarlo.

SANCHEZ

¡Saladísima!—El empeñarse en ver las cosas por el lado peor trae estas consecuencias.

VARGAS

De hoy más tengamos fe y confianza. Yo sé que Clotilde gustaba de mí hace tiempo. Yo soy rico, mi figura no es para asustar á nadie; ¿no seria una ridiculez temer que Clotilde me negase su mano si yo se la pidiera? Hace una hora hubiera creido lo contrario: en este momento tengo la seguridad de que ha de hacerme feliz.

CLOTILDE

Indudablemente V. es un buen partido...

VARGAS

(A Sanchez) ¿Eh?..

CLOTILDE

Teniendo V. dinero...

VARGAS

(Idem) Digo!

CLOTILDE

Y buena figura...

VARGAS

Señora!.. No me haga V. ruborizar.

CLOTILDE

La mujer que no aceptase á V. por marido seria muy tonta.

VARGAS

No lo niego, pero...

CLOTILDE

Pero ¡ay, amigo mio! ¡Qué tonta soy yo!

VARGAS

¿Eh?.. *(Desconcertado.)*

CLOTILDE

Porque, con todas las buenas dotes que V. tiene, yo no soy capaz de casarme con V.

VARGAS

Santo Dios!

SANCHEZ

Amigo mio! *(Acudiendo á abrazarle y consolarle.)*

VARGAS

¡Vaya V. á abrazar á la farola de la Puerta del Sol! *(Deshaciéndose de los brazos de Sanchez, tomando el sombrero y yéndose.)*

SANCHEZ

¿Dónde va V.?

VARGAS

¡A tirarme por el viaducto!

SANCHEZ

¿Un suicidio?

VARGAS

¡Suélteme V.!

SANCHEZ

Clotilde! Ayúdeme V. á detener á este hombre. ¿Qué es lo que se ha propuesto V.?

CLOTILDE

Castigar su presuncion.

VARGAS

Encender un corazon muerto para todas las pasiones y burlarse miserablemente de mí!

CLOTILDE

Está V. en un error. V. necesitaba una leccion fuerte.

SANCHEZ

Pues cásese V. con él y hágale seguir toda la carrera del matrimonio que es en la que se aprende más.

VARGAS

Y su tio de V. que me la habia pintado como un ángel. Los ángeles perdonan.

CLOTILDE

Pero no olvidan... á ménos que se les haga olvidar.

VARGAS

¿Eso es una esperanza?

CLOTILDE

Esto es un indulto provisional.

VARGAS

Ah! señora! Con razon decia su tio que es V. un ángel!

JULIA

(Lástima que mi hermana no le haya dejado disponible...)

SANCHEZ *(á Vargas)*

¿Ve V. cómo las mujeres son unas benditas de Dios? Desengáñese V., amigo Vargas: ni tanto ni tan calvo!

Fin del Proverbio.

CÁRLOS COELLO.

EL BESO MORTUORIO

Leyenda histórica

ORIGINAL DE DON PUBLIO HURTADO

I

Vedlos.

En la meta de la colina, sentados sobre la abrupta roca, á orillas de la calzada, sus inmóviles siluetas se destacan, como opacas nubes, sobre el azulado fondo del horizonte.

Ni las selváticas dríadas han acudido á ofrecerles un puñado de bellotas, ni las hospitalarias epimélidas un cuerno de espumosa leche, ni siquiera los peludos sátiros han salido de sus grutas, á entretenerlos con sus danzas lascivas y á darles el *vale* de ordenanza.

¿Son, por ventura, prodigios esculturales del inimitable Policleto, ó místicos sectarios de Pitágoras, filosofando sobre las precedentes trasmigraciones y el destino de sus almas?

Un suspiro de Céfiro viene á sacarnos de la duda, al hacer oscilar los pliegues de sus haraposas vestimentas.

Son dos séres humanos que reparan las perdidas fuerzas para continuar su camino.

El, vestido con una túnica talar y manicata, tejida de pelos de camello y sujeta á la cintura por un cíngulo de cuero, inclina sobre el pecho la cabeza, orlada por luenga barba, que una senectud más ó ménos prematura, con su pincel de hielo casi ha teñido de blanco.

Ella, vestida tambien de oscuro, revelando en su correcto perfil una belleza gastada y marchita, apoya la cabeza, cubierta por averiada toca, sobre el hombro de su compañero.

El silencio que los rodea, es sólo interrumpido por una humilde fuente, que surgiendo al pié del peñasco en que descansan, bajo una hojosa parietaria, lagrimea acompasadamente su linfa cristalina, sobre las guijas de su inculto recipiente.

Llega un momento en que la incógnita viajera, aunque con trabajo, se incorpora, echa hácia atrás la toca que cubre su cabeza, y algunas hebras de cabellos grises, con que la brisa habia tejido en un instante improvisada celosía sobre su rostro, y dirige hácia su izquierda dos ojos garzos, que por su magnitud y la intensidad de su mirada, debieron, algun tiempo, ser abismos de violentas y vivísimas pasiones.

—¿Te sientes mal? le interrogó su compañero, saliendo de su abstraccion.

—No. Es que, ilusion ó realidad, á mis oidos han llegado ecos de voces é instrumentos. No léjos de aquí debe haber alguna fiesta.

—¡Ecos, ecos!...—repitió el interrogante tristemente.—Aunque de fiesta fueran, ¡cuánto distarán de los sublimes que elevan hasta el cielo los coros de Heman y Asaph en la solemnidad de los Tabernáculos!

—¡Ah!—suspiró ella;—pero al ménos nos indican que estamos cerca de poblado. El dia media, y pasar otra noche en el camino me da espanto. ¡Surgen tantos fantasmas por doquiera!.... Y luégo, la presente seria terrible. ¿Te acuerdas? Tal noche como esta te pidió mi hija su cabeza....

—¡Oh, calla!—interrumpió con horror el peregrino.—Yo no debí acceder á su ruego; pero fuí débil.

—A ser él censor más tolerante, hubiera sido yo enemiga más humana.

—¿Y no asocias tambien á tal recuerdo el de la desaparicion de Berenice?... En esa misma noche aconteció. ¡Qué seria de la inocente!

La interrogada no contestó y el silencio tornó á cobrar su imperio en torno de ambos.

II

Un nuevo personaje preséntase en escena.

Sube pausadamente la calzada, con ayuda de un nudoso cayado; su traje es parecido al del peregrino que conocemos, y medio siglo gravita aproximadamente sobre sus hombros.

A distancia de cuatro metros de los estacionados viajeros se detiene, fija en ellos la recelosa mirada de sus hundidos ojuelos, y despues de contemplarlos breves instantes, dice, avanzando tres pasos hácia ellos:

—La gracia de Elhoim sea con vosotros.

—¡Ah!—exclamó, un tanto reanimada, la mujer al escucharlo:—tú eres hebreo.

—De Gálgala, en la tribu de Neftalí,—respondió el interpelado.

—¡Otro proscrito!—murmuró el viandante que acababa de recordar las festividades mosaicas.

—¿Luego vosotros tambien?.... ¡Oh! ¡si me parece un sueño! Porque yo os conozco bien: vuestros nombres....

—¡Calla! no los pronuncies,—dijo precipitadamente el reconocido por el neftalita.—Esos eran, sí, en la época á que te refieres; mas en el dia solo soy Sadoc: Abigail mi compañera de infortunio.

—¿Y tú quién eres? ¿á dónde caminas tan solitario?—hizo preguntar á la hebrea la mujeril curiosidad.

—Yo... soy Asuero; el hijo de Abraham más desgraciado de cuantos han visto la luz del sol.

—¡Eso afirmas, cuando nos conoces!

—Eso afirmo, á pesar de todo. Vosotros siquiera os consolais mutuamente. Si os cansais, no os faltará un pedrusco, en medio de la vía, que os brinde reposo.—La caridad del prójimo no dejará de acudiros en vuestras privaciones; y mañana, cuando la voz del Justo de los justos os llame á su presencia, vuestros cuerpos descansarán bajo la cripta funeraria.... ¡todo lo cual está vedado á este infelice!

La curiosidad de Abigail subió de punto al oir estas palabras misteriosas, y

—Siéntate,—le dijo,—y refiérenos tus trabajos.

—¿Sentarme?... ¡Imposible! Yo no puedo hacer alto en mi viaje: os referiré á grandes rasgos mi destino, para que aprecieis si es comparable vuestro duelo con el mio.

—¿Os acordais de la ejecucion del Nazareno?.... ¡Oh, sí! ¡quién olvida aquella hora de desolacion y de tinieblas! Yo me hallaba en el zaguan de mi casa, sita extramuros de la puerta Judiciaria, cuando oí el rumor de un concurso numeroso. Me asomé, y ví salir por ella, cargado con una cruz, jadeante y escarnecido por el pueblo, al sorprendido de Getsemaní. Habia ofrecido derribar el Templo, habia predicado contra la Ley, é iba á expiar semejantes delitos. Abrumado por el madero ignominioso, hizo un momento de parada ante mi puerta, y fijó su vista en mí. Temeroso de que me fuesen á tomar por alguno de sus adeptos, y para demostrar que no lo era, le dije con acritud, indicándole el camino arriba:—«Anda, anda, blasfemo: parte de mi puerta. No quiero que un malvado descanse en ella.»—Entonces él, con voz reposada y dolorida, respondió:—«Dícesme que ande. ¡Sí! yo ando, pero descansaré. En cambio tú andarás y no reposarás, hasta la consumacion de los siglos. Llegará el dia de los dias, y cuando me veas sentado á la diestra del Padre, recordarás con mortal pesadumbre tu falta de caridad.»—Siguió el cortejo adelante, y yo presa de no sé qué emocion, entré en mi casa; mas mi hijo, niño de pocos meses, indicándome la puerta de salida con sus manitas, me gritó: —«Anda, anda.»—Sin saber adónde, partí como un autómata de mi casa, atravesé la Ciudad Santa, salí por la puerta de Benjamin, salvé el torrente Cedron, y andando, andando, me sorprendió la noche cerca de Bahurim. Entónces me senté sobre la piedra desde la que Semei maldijo al amante de Bethsabée, á ver si coordinando mis ideas, me explicaba aquel afan de caminar; mas no bien habia tomado asiento, oigo la voz imperativa de—«anda, anda»—cerca de mí. Vuélvome de todos lados. ¡Nadie en torno mio! pero como movido por un resorte, incorporéme y me puse de nuevo en marcha; y aquí me teneis que aún no he parado. Alguna vez, desesperado, he tratado de poner fin á mi existencia, y no lo he conseguido. Me he lanzado á cien abismos, y he dado en su fondo incólume; me he arrojado al fuego, y el voraz elemento me ha respetado: las ondas del mar, en vez de abrirse para tragarme, se han endurecido hasta servir á mi incansable planta de trasparente pavimento. ¡Es inútil! No me es dado luchar con mi destino.

—¿Crees, pues, que el Nazareno era el Mesías?

—Ni lo creo ni lo niego; pero toco lo que me pasa desde que sus labios fulminaron contra mí tan horrible anatema....

—Quizás por hambre....

—No la siento, ni necesito alimentarme. Mi sér se ha estacionado en la disposicion en que se hallaba en aquel momento inolvidable.

—Entonces no podrás socorrer á Abigail que desfallece de necesidad.

—No; pero si avanzais un poco, al trasponer esa loma, hallareis un gentío inmenso de seglares y sacerdotes, vecinos de Emérita, que celebran las fiestas ambarvalias ó de la consagracion de los campos. Quizás alguno os favorezca.

—¿Vienes de Emérita?

—Sí.

—En ella moran muchos hermanos nuestros, segun dicen.

—Y es cierto; pero la mayor parte han sido convertidos por Jacob á la religion del Crucificado.

—¡Cómo! ¿Jacob ha venido hasta este extremo del mundo?

—Si; pero ya no lo encontrareis en la ciudad. Habiéndose extendido la voz de que habia catequizado á la hija del Legado Imperial, Cayo Durmio Quadrato, éste lo mandó salir de la poblacion inmediatamente, y ayer mañana me dijeron que partió hácia el interior de la Lusitania.

—¿Y sabes tú?...—le preguntó Abigail.

—¡Oh! no me interrogues más. Ya oigo la voz implacable que me obliga á seguir mi ruta. ¡Que el cielo se acuerde de vuestras penas tanto como se olvida de las mias!

Y avanzó por la calzada.

III

Un extenso valle, en medio del cual se eleva un ara rústica; una muchedumbre abigarrada de labradores, que blandiendo rubios moragos en la diestra mano, cantan á coro; los *arvales*, sacerdotes de Céres, que avanzan en medio del gentío en forma procesional, con sus talares túnicas, sus ensortijadas barbas y sus coronas de espigas, tejidas con cintillas blancas, en la cabeza; una cerda preñada, tambien adornada con trenzas de miés, que entre las dos filas camina con paso tardo al sacrificio, y tras ella un muchachuelo vestido de arval, que conduce una bandeja de plata, sobre la que brilla el cuchillo occisal: tal fué lo que se mostró á los ojos de los hebreos, al tramontar la loma señalada por su compatriota.

Durante su descenso, el sacerdote victimario, una vez colocada la cerda boca arriba sobre el ara, tomó el cuchillo del sacrificio, y hundiéndolo en el pecho de la víctima, lo revolvió en la herida, de la cual brotó un chorro de sangre, que corrió por bajo del codillo derecho del animal.

Una exclamacion de general contento unióse á los penetrantes gruñidos de la víctima.

—El año próximo, podeis prometeros abundante cosecha,—dijo el arval á los labradores.

El monótono demétrulo, en accion de gracias, volvió á elevarse de mil bocas, miéntras el sacerdote, despojando á la cerda de sus simbólicos adornos, los colocaba bajo su exánime cuerpo y les daba fuego.

Una nube de humo, tornasolada por las puntiagudas llamas, la envolvió al instante, á cuya hoguera fueron los concurrentes arrojando, unos en pos de otros, los hacecitos de espigas que empuñaban.

Consumido el combustible, el tostado animal fué dividido y repartido en mil pedazos entre los labriegos, que los devoraron con patente fruicion.

Al pasar Sadoc y Abigail cerca del lugar del sacrificio, uno de los festejantes acercó á la boca de ésta un pedazo de tocino, diciéndole:

—Tomad vosotros, caminantes: participad de la alegría presente y celebrad la hartura venidera.

A haber sido despojo de otro animal, hubieran aceptado el convite los viajeros; mas de un semoviente tan inmundo, les estaba prohibido, por lo cual Sadoc, apartando con el brazo la mano audaz del campesino, le dió las gracias con sequedad.

—¡Cómo!—gritó el desairado:—¿desprecias la ofrenda? ¿Quieres enojar á Céres, para que torne en esterilidad la augurada abundancia?.... Tienes trazas de judío y tratarás de enriquecerte á costa de nuestra miseria. Pues, por las barbas de Sileno, si no de grado, por fuerza has de gustar mi dádiva.

Y la acercó al rostro de Sadoc que la rechazó con energía.

A las voces del invitante, acudieron otros compañeros; la indignacion contra los israelitas se hizo general: algunas piedras, que volaron en medio del tumulto, imprimieron sus cárdenas huellas enlos miembros de los viandantes. Sadoc, con centellante mirada y nervioso vigor, se preparaba á defenderse con el báculo de la agresiva multitud; y no lo hubiera pasado muy bien, si los arvales no hubiesen intervenido y convencido á los labriegos, de que la diosa de los campos no se daria por ofendida de personas extrañas á su patrocinio.

Libres así, aunque maltratados de la chusma campesina, los hebreos siguieron su itinerario, miéntras aquellos volvian á sus ceremonias.

IV

El amplio comedor se ha abierto. Cien flameros de bronce de Corinto, de las figuras más variadas y caprichosas, inundan en oleadas de luz la perfumada estancia. Sobre la cuadrilonga mesa de cedro y marfil, sin mantel que oculte sus primores, destácase, simétricamente repartido y entre pirámides de aromáticas frutas, el suntuoso servicio, matizado por los trasparentes vinos de Itálica y Sorrento, que rebosan en las urnas ánceas y en las ánforas etruscas.

Una nube de esclavos armenios y etiopes, cada uno con su *pullubrum* de plata y su toalla de hilo de Canusa, aguardan en el vestíbulo del cenáculo á los comensales, para lavarles las manos en agua de rosas.

La hora del banquete se aproxima, y los patricios emeritenses llegan al lugar del convite.

A las puertas del salon, son despojados por los siervos de sus togas y sus mantos, y pasan á él, luciendo elegantes túnicas *cenatorias, triclinarias* ó *convivales*.

Allí está el Flamen máximo, los tribunos legionarios, el Prefecto de la ronda, los respetables duumviros, los previsores ediles, los sutiles tabularios, todo el elemento oficial, en una palabra, de la floreciente Emérita. Y atendiendo á todos, con la mayor cortesanía, el Legado Imperial Cayo Durmio Quadrato, que á la par celebra el natalicio del *divo* Cayo Calígula y el suyo.

Recuéstanse todos sobre los purpúreos triclinios, y el banquete da comienzo.

¿A qué detenernos á describirlo?

Dos horas trascurren y llega la de los bríndis. Las cinceladas copas cretenses, chispeantes de espuma, se elevan sobre las cabezas. Las primeras libaciones salutatorias se ofrecen al hijo de Germánico: las sucesivas al anfitrion Durmio Quadrato.

Los licores, rielando á la vez que en los cálices, en los ojos y en los corazones de los congregados, excitan su locuacidad. Los esclavos se retiran, las puertas del comedor se cierran, y los respetos sociales desaparecen, para hablar de todo y en todos sentidos.

La predicacion reciente de Jacob, que unos ensalzan, otros combaten y algunos menosprecian, se pone sobre el tapete. El Flamen—¡cosa natural!—es el que más se ensaña contra ella y la impugna, llegando en un momento de exaltacion gentílica, á increpar con acritud al Legado, por no haber escarmentado ejemplarmente al detractor del omnipotente Júpiter y la voluptuosa Vénus, y haberse limitado á intimarle la salida de la ciudad.

—*Quirites*,—dijo el increpado, dirigiéndose á todos los circunstantes, por si habia alguno más que participase de la inquina del sacerdote:—puesto que estamos en familia, voy á permitirme advertiros, que un deber de gratitud me ha imposibilitado usar con él de más rigor.

—¿Por ventura—preguntó un tribuno,—te libró, mediante alguna bendicion, de algun capricho cruel del adusto Tiberio César?

—No, por mis Penates, pues jamás tuve que lamentarme de infidelidades amistosas por parte del solitario de Caprea. Mas calculad que siendo yo cuestor en la provincia de Samaria, y al volver con el dinero recaudado en los distritos, noté la falta de uno de los *saccus* en que conducia la suma recolectada. Vuelvo grupas con mis soldados auxiliares, y me encuentro á Jacob, que habiéndose cruzado conmigo en el camino, tornaba á todo el correr de su camello, separándose de sus criados, á buscarme y á restituirme el saco perdido. Quise gratificarlo, y negóse á aceptar premio alguno por su accion: todo lo que pude recabar de él, fué que me dijese su nombre y el del Zebedeo su padre.

—Pues no hizo más que cumplir con su deber,—advirtió en tono despreciativo el Flamen.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

LAS TRASMISIONES ELÉCTRICAS.—VERSE POR TELÉGRAFO

La electricidad, como agente de trasmision, ha hecho prodigios.

Utilizóse primero la cualidad que tiene la corriente eléctrica, por léjos que se envie, de despertar en el hierro propiedades magnéticas. Encontróse aquí un medio cómodo, seguro y rapidísimo de trasmitir señales convenidas, y así nacieron *los telégrafos eléctricos*.

Vibra una placa metálica al lado de un iman, y al acercarse ó alejarse de este en sus movimientos de va y ven produce cambios en su intensidad magnética. Si una corriente eléctrica pasa entónces rodeando al iman, las modificaciones magnéticas de éste provocan otras modificaciones correspondientes en la corriente eléctrica, y ésta es capaz de producirlas á su vez en otro iman á quien rodee léjos del primero. Y si el segundo iman tiene delante una delgada lámina metálica, ésta, obediente á las variaciones magnéticas del iman próximo, vibrará al mismo compás que vibró la primera lámina, causa de todo el funcionar del mecanismo descrito. Pero como los físicos han enseñado de un modo bien patente que el sonido no es más que el efecto que en el oido originan las vibraciones de los cuerpos producidas en ciertas condiciones, resulta que el sonido puede ser causa de las vibraciones de la primera placa, y á su vez las vibraciones de la segunda originarán un sonido en un todo semejante al que provocó el movimiento vibratorio primero. De este modo la electricidad sirve para la trasmision de toda clase de sonidos y de la palabra misma á través de obstáculos y distancias; de esta suerte nacieron los *teléfonos*.

No pararon en esto las maravillas realizadas con la electricidad. La invencion de las máquinas dinamo-eléctricas reversibles dió la clave para una aplicacion

que abre horizontes extensísimos á la industria y á la agricultura, en las cuales ocasionará una gran revolucion por los incalculables recursos que les proporciona.

En dichas máquinas se observa que la corriente eléctrica se produce gastando una cantidad de trabajo mecánico proporcional á la intensidad de la corriente; y viceversa esta corriente eléctrica puede trasformarse en trabajo mecánico reproduciendo el que la originó, salvo las pérdidas consiguientes que en toda maquinaria se observan. Teniendo, pues, una máquina dinamo-eléctrica en Barcelona, por ejemplo, y otra en un pueblo lejano, ó en una explotacion agrícola en las montañas del interior, y uniendo ambas máquinas por un hilo metálico, como dos estaciones del telégrafo, puede obtenerse el resultado siguiente:

Por medio de una máquina de vapor ú otro medio mecánico cualquiera, se hace funcionar la máquina dinamo-eléctrica de Barcelona y ésta origina una corriente eléctrica, que marcha por el hilo telegráfico á la segunda máquina situada en la explotacion agrícola del interior, cuya máquina trasforma en trabajo mecánico la corriente eléctrica. De modo que esta segunda máquina puede aplicarse inmediatamente á todos los usos á que una máquina de vapor instalada en la misma explotacion se aplicaria. De aquí se deduce que lo que se ha conseguido es enviar *fuerza* por telégrafo, como quien envia un aviso, un *despacho telegráfico*. Sorprendente resultado que, entrevisto teóricamente hace cuatro ó cinco años, se ha visto confirmado en la práctica por recientes experiencias hechas por M. Marcel Deprez en Munich y en Paris, y en las cuales se ha logrado remitir telegráficamente la fuerza á veinte, treinta y sesenta kilómetros de distancia.

Perfeccionado este utilísimo invento de modo que pueda ser fácilmente utilizado en grande y en pequeña escala, han de obtenerse resultados sorprendentes. Desde un centro hullero, donde, con carbon barato, puedan hacerse funcionar á poco coste motores de vapor que originen corrientes eléctricas, puede enviarse telegráficamente fuerza motriz á todos los puntos que lo soliciten, con tal que estén en comunicacion eléctrica con el centro productor. El carbon de piedra se consumirá en las bocas de las minas; los saltos de agua y las fuertes mareas no serán derroches de fuerza como lo han sido hasta ahora en la inmensa mayoría de los casos por no poderse utilizar al pié de las cataratas ó en las escarpadas costas la fuerza que el movimiento del agua representa

***

Pero como si aún no fuera bastante el que por medio de los *telégrafos* puedan comunicarse los hombres entre sí, á través de mares y montañas: por medio de los *teléfonos* hablarse, y con ayuda de las *máquinas reversibles*, remitirse eléctricamente la fuerza para sus industrias, aún viene en pos otra maravilla, otro resultado más sorprendente aún que los anteriores, cual es la *trasmision eléctrica de las imágenes*, es decir, que los hombres puedan *verse por telégrafo*, aunque los separen altas montañas ó mares extensísimos; aunque se hallen, en fin, en los más opuestos continentes.

Pero ¿cómo consigue semejante prodigio?—se preguntará.—Pues por un mecanismo análogo al del teléfono; que si la corriente eléctrica puede modificarse por la accion mecánica de los sonidos, aún más profundamente puede modificarse por la accion de los rayos de luz de variada intensidad y colores diversos.

La fotografía demuestra que hay sustancias sumamente sensibles á la accion de la luz; si pues se encuentran sustancias que al mismo tiempo que sensibles á la luz, sean conductoras de la electricidad y que respondan á las modificaciones de la corriente eléctrica como esta respondió á las de las sustancias receptoras de la accion de la luz, el problema estará resuelto.

Ahora bien, dichas sustancias existen y se han encontrado. Supóngase, pues, una instalacion formada de un espejo receptor, pilas eléctricas, hilos de comunicacion, y un espejo reproductor. Estas cuatro partes forman, en cierto modo, un ojo gigantesco. Los hilos de comunicacion constituyen un haz de muchísimas hebras las cuales al llegar á los espejos se separan y distribuyen por las superficies de los espejos receptor y reproductor como los filetes de un extremo del nervio óptico se distribuyen por la retina del ojo humano y los filetes del otro extremo se distribuyen en el cerebro.



MIGUEL ANGEL, estatua por O. Tabacchi

El espejo receptor está formado de una composicion hecha con el cuerpo simple llamado *selenio* y con *yoduro de plata;* esta composicion constituye una especie de plancha bruñida, en la cual vienen á clavarse por detrás los centenares de filetes metálicos del hilo de comunicacion; el espejo reproductor está construido y montado de un modo semejante pero la plancha sensible está hecha con selenio y cromo.

En esta forma, el espejo receptor representa, pues, la retina del ojo humano, donde van á pintarse las imágenes de los objetos exteriores, y sensible á la accion de la luz; el haz de hilos eléctricos corresponde al nervio óptico y el espejo reproductor viene á ser como el cerebro donde se recibe la impresion efectuada en la retina.

Así las cosas, el aparato se dispone cuando haya de funcionar, en la forma siguiente:

Se coloca el espejo receptor en el fondo de una cámara oscura fotográfica, como la retina lo está en el fondo del ojo, y de esta suerte los objetos colocados delante, que pueden ser una persona, un cuadro, un monumento, una campiña, etc., mandan sus rayos de luz, como en la fotografía, al espejo receptor. La accion de estos rayos, diferente segun su color é intensidad luminosa, determina una accion química momentánea en la sustancia que forma el espejo lo cual modifica la corriente eléctrica en cada uno de los filetes metálicos que con aquel comunica. La modificacion de la corriente eléctrica se trasmite al otro extremo del haz que, distribuyéndose igualmente por la superficie del segundo espejo, origina en este las modificaciones químicas correspondientes que reproducen con fidelidad todos los matices de la luz que hirió al primer espejo.

El inventor de este prodigioso instrumento al presentarlo en una ciudad de Pensilvania ante una reunion de sabios hizo que el espejo receptor fuera colocado en una habitacion muy distante de la que ocupaba la concurrencia y ante ésta quedó el espejo reproductor. Iluminados fuertemente con luz eléctrica los objetos colocados ante el receptor, los concurrentes maravillados los vieron fielmente reproducidos en el espejo que ante sí tenian. Entre otras cosas se presentó un billete de banco, leyéndose perfectamente en la imágen reproducida la fecha y los detalles más minuciosos.

La misma corriente eléctrica es la que suministra la luz con que se representan las imágenes en el espejo reproductor, dando, por la débil incandescencia de unos puntos y por tenues descargas en otros, un ligero resplandor á modo de fugaz fosforescencia que da el mágico resultado final.

Adaptando al espejo reproductor un aparato de proyecciones y reforzando la luz, puede darse la magnitud que se quiera á las imágenes trasmitidas, y de este modo puede presentarse á modo de cuadro disolvente y ante una gran concurrencia, un objeto colocado en una ciudad lejana.

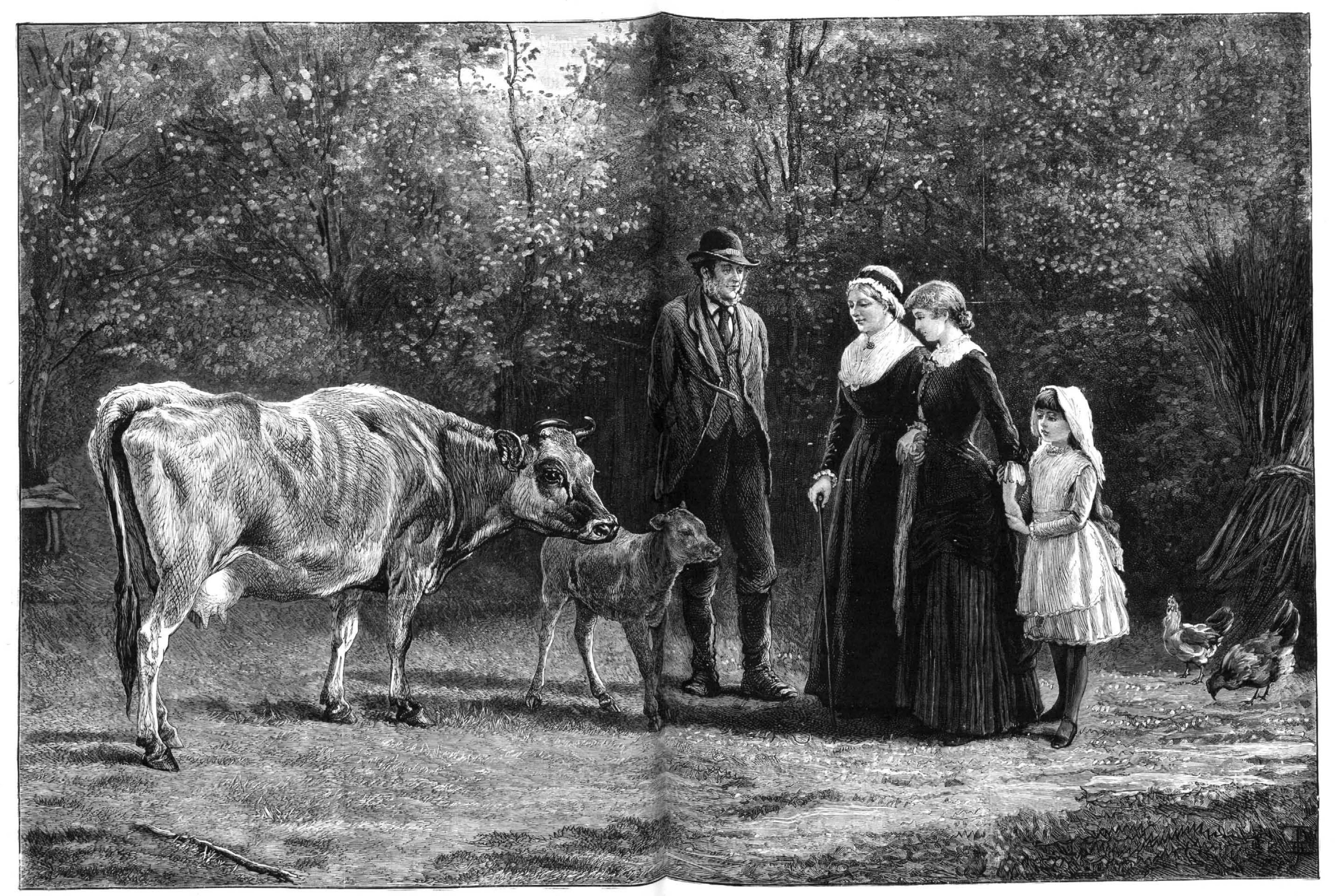
Cuando este adelanto se extienda y se monte el servicio internacional correspondiente, las maravillas que se obtengan no son para contadas.

El cuadro premiado en una Exposicion podrá ser visto á un tiempo desde todas las ciudades del mundo; la policía podrá trasmitir inmediatamente el retrato de un criminal á todas partes; los curiosos al mismo tiempo que lean la noticia de un gran hecho, podrán contemplar al que lo ha realizado. Dos personas colocadas en distintas naciones podrán verse al mismo tiempo que por el teléfono se hablan, y por último, dispuestas convenientemente las cosas se podrá asistir en un teatro de Madrid á una funcion de gran espectáculo que en otro de Paris se represente.

DOCTOR HISPANUS

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA DOBLE NODRIZA, CUADRO POR HEYWOOD HARDY

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 16 DE JULIO DE 1883 — NUM. 81



¡ABANDONADA! cuadro por L. Deschamps (presentado en la actual Exposicion de París)

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

¡Qué calor!—Ensueños de frescura.—El corazon en la mano.—Carta á Su Majestad el cólera.—Lo que es Madrid.—El correo de la Ilustracion artística.

¡Uf!... Estamos derretidos.

El otro dia sacaron de la tribuna pública del Congreso un hombre en estado de compota.

En la calle se agruparon alrededor de él varias personas.

—¿Es una masa de gelatina?—preguntó uno.

—No señor,—contestó un ujier del congreso,—es un aficionado al debate político.

La verdad es que no se pueden combinar ambas cosas so peligro de evaporarse.

Ambas cosas son:

El calor del debate; y el calor de la atmósfera.

Con una temperatura de *graduacion* extraordinaria y un sol que es verdaderamente lo que entre nosotros se llama «sol de justicia,» no hay manera posible de entrar en relacion con los sucesos del dia.

El revistero que desea estar á la altura de su mision, pide ideas á la cabeza, y el órgano del pensamiento le contesta demandándole baños y sorbetes.

Se establece una lucha singular rociada por regueros de sudor.

—¡Ea, corazon mio! no perdamos tiempo,—dice el revistero.—¡Vamos á trabajar! Recorramos las calles en busca de asuntos, oigamos el último eco de la semana.

—*Ecco il problema*,—contesta el interpelado con indolencia sibarítica.—¡Recorrer los sitios públicos bajo una lluvia de fuego! No en mis dias. Yo no soy bombero, ni salamandra, ni cosa por el estilo.... Déjame entregado á mi profunda siesta.... Déjame que sueñe. Cuando has empezado á hablarme estaba recorriendo mentalmente las encantadoras y frescas playas, de finísima arena, arrulladas por las olas y por las brisas marinas. Penetraba en los bosques cuya misteriosa sombra convida á la meditacion y al descanso; trepaba por los montes coronados de nieve y me entretenia en ver los círculos que trazan las piedrecitas arrojadas en las tersas aguas de los lagos...

—Pero, dedícame siquiera unos momentos...... ¡Mira! sé razonable; nos vestiremos de dril...., gastaremos quitasol.

—Quita.... quita, que esto es muy cursi.

—Te compraré un abanico y haré que los poetas escriban en la tela versos en honor tuyo.

—¿Y crees que tendré aire más fresco despues del *donaire* de los poetas?

—Pues ¿qué quieres?

—Nada.... marcharme por los cerros de Ubeda.

—¡No seas cerril!

—¡No seas pesado! ¡Vaya, abur!

Y ¡zas!.... tuve que coger el corazon al vuelo.

Escribo, pues, con el corazon en la mano.

***

Pero..... ¿sobre qué voy á escribir?

¡Ah! ya sé. Dirigiré una carta al cólera. Conviene agasajar un poco á los enemigos.

Empiezo:

A Su Majestad el cólera morbo asiático:

Funestísimo señor: Probablemente no habrá llegado á manos de V. el Censo de poblacion general de España que acaba de publicarse. Los editores suelen tener olvidos imperdonables. Mandan sus obras á quien no las necesita y excluyen de la atencion á los que más pueden aprovecharse de ellas. Sépalo V., por mi conducto: entre la península, islas adyacentes y posesiones del Norte de Africa, componemos un total de 16.634,345 habitantes.

Este censo, tremendísimo señor, es muy luminoso. Se ha dado á luz cuando ya Madrid poseia infinidad de lámparas eléctricas de gran potencia luminosa, establecidas miéntras que pensamos en las lámparas funerarias á que tal vez V. en sus rastreros designios nos obligue.

Sí; nos acordamos de V. ¡y mucho! El nombre de cólera se halla en todas las bocas; y si V. no viajara cautelosamente de incógnito, veria con cuánta abundancia de plumas de alcanfor y qué bien pertrechados de láudano le recibíamos, dado caso que nuestra mala estrella le guie hasta esta capital de España que, sea dicho entre paréntesis, no le necesita.

El lujo asiático entra en nuestras costumbres: cada agente de bolsa se cree un nabab, y hay hortera del comercio que cuando sale los domingos con su ropa nueva, su puro en la boca y su aire conquistador, tiene todo el aspecto de un rajah de la India. Pero todavía no nos hemos determinado á dar carta de naturaleza á las enfermedades asiáticas nacidas en el sagrado rio del Ganges entre cocodrilos. Somos muy aficionados á las flores, pero tenemos el raro capricho de preferir á la flor del Loto la lotería nacional que de vez en cuando toca á álguien—segun dicen,—aunque yo no lo creo.

En materias de rio nos reimos viendo al Manzanares que lame nuestros piés como perrillo faldero, y que arrastra partículas del Guadarrama, ese gigante que vela á cierta distancia de Madrid por la salubridad de los que lo habitan. Si ha oido V. decir lo contrario es que los maestros de geografía que V. haya tenido serán quizá algunos faquires muy versados en las cosas de Brahma, pero extremadamente zotes en cuestiones españolas. El Guadarrama no es un émulo de V.; mata de pulmonía algunas veces; es verdad: pero casi siempre hay que culpar más bien á la persona descuidada que sale de un baile ó de una orgía sin las precauciones debidas, que al monte que envia desde léjos sobre Madrid aires puros á guisa de sahumerios.

Ahora bien, mortífero señor; una vez que hemos sabido que usted, con toda su corte de calamidades, se hallaba en Egipto, nos hemos preguntado con ansiedad infinita:

—¿Se quedará ese impalpable destructor en el país de las momias ó vendrá desde las inmediaciones del canal de Suez á partirnos en canal á los europeos?

Si algo pudiera detener á usted en su terrible viaje, yo le comunicaria que por lo que toca á Madrid es la existencia tal cual azarosa.

¡Ni los concejales se entienden! La cuestion de las comisarías municipales da que hablar á todo el mundo, y es muy fácil que el presidente del Ayuntamiento Sr. Marqués de Urquijo tenga que hacer uso de la vara de mando que le regaló el Fomento de las Artes al recibir su investidura ¡De modo que se expone V. á no llegar á tiempo de dejarnos tiesos y *envarados!*

Crea V., por otra parte, que no han tomado forma aún el melon ni la sandía destinados á matarnos.

Tenemos mucha higiene. Las procedencias de Egipto las miramos con prevencion y á distancia. Una sola cosa nos agrada: *El milagro de Egipto* del Sr. Echegaray, el cual, por si V. no lo sabe, le diré que sabe matar á la gente, sobre las tablas del teatro, con un arte y una sublimidad extraordinarias.

Por ahí podria V. aprender algo; pero, desgraciadamente, ahora están cerrados nuestros principales teatros. El arte dormita; gran parte de Madrid se dispone á salir por esos mundos de Dios en busca de los placeres hidroterápicos, y dentro de poco sólo quedaremos en la capital los que tenemos muy poco que perder, y áun eso poco lo exponemos diariamente con entereza espartana entre las ruedas de los infinitos tranvías de esta villa y corte de Madrid ó en las luchas homéricas que se entablan á cada paso entre los conductores de esos vehículos y los de los coches Rippert que les hacen una desaforada competencia.

Todo lo encontrará V. cerrado: las academias, el Congreso, las discusiones del Ateneo, la Universidad, y muchos establecimientos que se cierran—sin duda á impulsos del calor—por liquidacion forzosa.

¿Qué queda pues?

Un ejército de periodistas que le hacen á V. una guerra formidable. Yo no sé cómo saldria V. de entre las puntas de sus plumas de acero. Ellos, que destruyen reputaciones mal adquiridas y derriban ministerios, no dejarian á V. en paz ni un solo momento.

Contarian con pelos y señales las malas tretas que V. pusiera en juego, y le acosarian de tal modo, que si no es V. un Job, por más que se halle bien avenido con los estercoleros, tendria V. que marcharse á toda prisa á su *gangosa* cuna renegando de la sanidad europea, de la vigilancia especial que aquí se ejerce, de la prensa, de la publicidad, de la civilizacion y hasta (el cielo me perdone) del *Te Deum* que oiria V. entonar, de paso, en todas las poblaciones.

Por todas estas razones, yo le aconsejo, funestísimo señor, que no emprenda el viaje.

Crea V. á un buen amigo... de léjos; y si en algo desea V. premiar los buenos servicios, envie la cruz del Elefante blanco, libre de miasmas, á su desinfeccionado conjurador que teme sus manos

El revistero.

***

—¡Corazoncito mio! Abro la mano para darte rienda suelta. ¡Dime! ¿Cómo enviamos esta carta?

—¡Yo creo que el calor te entorpece! La cosa no puede ser más fácil. Ponle un sobre.... ¡Así! ¡de luto! Y ahora.... á la *Ilustracion artística:*

—¿Crees que llegará?

—¡Vaya! *¡La Ilustracion artística* se lee en todas las partes del mundo!

PEDRO BOFILL

14 julio de 1883

NUESTROS GRABADOS

¡ABANDONADA!
cuadro por Luis Deschamps

¡Pobre mujer! Si ha cometido una falta, harto duramente la expia.

Soñó en el amor terreno, y de esa rosa, que conceptuó inagotable, apénas percibió el aroma; pero en el corazon sintió la dura espina.

Fué madre, y un amor santo sustituyendo á un amor grosero, redimió á la pecadora, cuyo suplicio no fué por esto ménos horrible.

Ser madre y ocultar á todo el mundo este título augusto; ¿cabe dolor más agudo ó vergüenza que más deprima á los propios ojos?

No importa; esa mujer ha jurado cumplir su deber y lo cumplirá á todo trance. Enhorabuena ó enhoramala que el seductor infame la abandone y arroje al fango al inocente fruto de sus efímeras pasiones: la madre lo envolverá en el último jiron de su ropa y de su honra, y á costa de su salud, de su sangre, de su salvacion eterna si es menester, el hijo amado tendrá un nido, una cuna humilde, cabe la cual velará el ángel del arrepentimiento.

Este cuadro, uno de los que más han llamado la atencion en la última exposicion de Paris, tiene mucho que ver y aún más que considerar. Es una obra de arte y una leccion de moral. Su autor Luis Deschamps es un artista aventajado y puede estar orgulloso de ella.

ROPAVEJERAS JUDIAS,
cuadro por Ernestina Friedrichsen

Si el ropavejero es uno de esos industriales que suelen dar gato por liebre al inexperto comprador, ninguno manifiesta tanta destreza en ello como el judío, por cuanto desde sus más tiernos años recibe lecciones para hacer pasar por un objeto recien construido y flamante el que data de la época del rey que rabió, ó para vender como preciosidad arqueológica un mueble ó una prenda cuyo constructor vive todavía. Las muchachas de nuestro grabado, vigiladas por una Ester ó una Rebeca de edad provecta, que divide su tiempo entre la lectura y la direccion del trabajo, arreglan y componen cuidadosamente una alfombra adquirida á bajo precio, pero que al salir de sus manos irá probablemente á adornar algun modesto salon, dejando ántes en manos de la israelita el pingüe beneficio que sólo los de su raza saben sacar por cualquier objeto. El asunto está tratado con soltura, las figuras bastante bien dibujadas, y el cuadro en su conjunto demuestra que Ernestina Friedrichsen posee dotes nada comunes de artista.

LA SEDUCCION, cuadro por L. Casanova

Desde que el rey de los dioses dió el execrable ejemplo de descender del Olimpo en forma de doblones de la época, para captarse la buena voluntad de la señorita Danae, son innumerables los que en el juego de lo que ellos llaman amor arrastran siempre de oros.

El cuadro que hoy reproducimos es una prueba de ello. Concebido con singular acierto y tan bien ejecutado como concebido, el mérito principal del autor es la repugnancia que inspira ese viejo verde que oculta sus deshonradas canas y hace brillar á los ojos de una jóven humilde las facetas de los diamantes y el tornasol de las perlas. Podrá la deslumbrada muchacha cerrar los ojos á la realidad, pero el espectador indiferente no los cerrará á la evidencia del hecho. Una víctima más de la liviandad y de la ambicion.

Es un drama que, de puro repetido, parece un sainete basado en la estafa de los tarugos.

Acto primero: *la seduccion.* La escena tiene lugar en una buhardilla.

Acto segundo: *el fausto.* La escena tiene lugar en una carretela que pasea por la Castellana.

Acto tercero: *el final de siempre.* La escena tiene lugar en la cátedra de diseccion de un santo hospital.

Y áun así, no se conoce escarmiento.

Alejandro de Macedonia lo habia dicho:

—No hay fortaleza inexpugnable si puede hacerse penetrar en ella una acémila cargada de oro.

UNA ADQUISICION COSTOSA,
cuadro por W. J. Martens

¿Necesitaremos extendernos mucho en la descripcion de este grabado? Basta un ligero exámen del mismo, juntamente con el título que al pié lleva, para que nuestros lectores comprendan que se trata de dos aficionados á las bellas artes, con sus puntas y ribetes de arqueólogos, uno de los cuales muestra al otro, con la fruicion del que posee un objeto raro, la linda estatua cuya adquisicion le ha costado un regular desembolso. Las dos figuras que, aparte de otros sencillos accesorios, constituyen el cuadro, sobresalen por su naturalidad, la expresion de sus fisonomías revelan la atencion con que á fuer de inteligentes examinan el objeto adquirido; y, en suma, si el asunto y el dibujo no son cosa extraordinaria, por lo ménos recrean agradablemente la vista.

VICTOR HUGO

Pocos hombres, en la moderna época, han sido inscritos durante su vida en el libro de los inmortales. Lo más comun es que la apoteósis empiece cuando la existencia termina; la gloria no se posa generalmente sino es encima de los sepulcros.

Dos hombres, sin embargo, han sido en poco tiempo excepcion de esa regla dolorosa; Rossini y Víctor Hugo. Ambos han subido al Capitolio por su propio pié: el último de ellos permanece en él aún, ciñendo la corona de laurel que le han ofrecido dos generaciones, y tambien aquella otra corona que en uno de sus dramas comparó y puso por encima de la corona de los reyes, la corona de las canas.

Víctor Hugo es más que un poeta, es más que una per-

sonalidad, es más que un genio; es una escuela, es una revolucion en literatura, como Rossini lo fué en música. Por esto ni en música ni en literatura ha igualado nadie sus triunfos, ni ha ejercido su influencia.

El autor de *Nuestra Señora de Paris*, de las *Orientales* y de *El Rey se divierte*, es el soberano del romanticismo que pudiéramos llamar de la raza latina. Antes que él habian roto las estrechas reglas de los eruditos Byron y Goethe, en obras inmortales, pero que jamás se popularizarán entre los pueblos del mediodía de Europa. España, Francia, Italia, nunca elegirán como modelo la poesía engendrada por el escepticismo, destinada á producir el vacío en el corazon y la horrible duda en la mente.

Víctor Hugo fué el iniciador de aquella escuela que, á pesar de andar cada dia un nuevo paso en la senda del progreso, no se desdeñaba de inspirarse en las ojivas de las góticas catedrales, en las arruinadas almenas de los feudales castillos y en los vacilantes claustros de los desiertos conventos. El gran maestro del romanticismo podrá no ser un ortodoxo, pero jamás ha sido ni querido ser un ateo. Aquel que no siente, aquel que no cree, podrá ser un gran filósofo, podrá ser un gran naturalista; pero de ningun modo será un gran poeta.

El autor de *Nuestra Señora* es la encarnacion de Calderon de la Barca, engendrando al Duque de Rivas y á José Zorrilla.

EL BESO MORTUORIO

(Conclusion)

—Pero al que yo le vivo agradecido.

—¿Y es cierto—preguntó con mal disimulado interés un edil, el más jóven de todos los reunidos,—que ha impresionado con sus homilías el corazon de la inocente Terencia?....

—¡Pcht! creo que no,—respondió el Legado, como quien trata de cortar una conversacion que no es de su agrado.

—Pues se asegura así por toda la ciudad,—insistió el terco sacerdote.

—No lo dudo; mas si os he de hablar con ingenuidad, os diré que hasta ignoro qué es lo que sobre tal particular piensa Terencia.

—O lo que es lo mismo,—continuó el jefe sacerdotal, —que consientes, con tu abandono, la perdicion de tu hija.

—Eso no, ¡voto al Erebo! pero..

—¿Tu hija dicen?—interrumpió el tribuno.—¿Con que tienes una hija y nada me habias dicho?.... Luego tú, el crapuloso amigo de Tiberio, el escéptico recalcitrante en materia de virtud y de pudor mujeriles, el que pactó conmigo, bajo juramento, en las nocturnas fiestas de Flora y al resplandor de las hogueras de la calle Patriciana, no doblar la cerviz al insoportable yugo de Himeneo, te convertiste á la odiada coyunda? ¿Has encontrado, por fin, una manzana sin gusano en el jardin de las Hespérides?....

—No, mi colega de juveniles desvaríos. Por más que he cambiado bastante de modo de pensar desde que saboreo las dulzuras del cariño filial, aún permanezco célibe.

—Entónces, ¿de qué procede tu paternidad?

—¡Ah! es una historia....

—¿Que contarás, sin duda, á tu antiguo camarada?....

—Como gustes.

Los concurrentes suspendieron sus diatribas y escucharon.

V

—¿Por qué lo he de ocultar? Mi juventud se deslizó por la corriente que la moda señalaba á los miembros de las familias patricias. Heredero de una de las más ilustres, mis dioses favoritos fueron el enibrante Baco y Vénus afrodita; y como jamás hice una ofrenda en los altares de la Prudencia ni del Buen consejo, la fortuna que heredé de los Terencios, se disipó como el humo. En las orgías que absorbian mis veladas, entablé amistosas relaciones con el hijastro del divino Octavio, quien al ceñir á su frente el laurel de oro, me nombró cuestor en Samaria, á fin de que reparase mi fortuna, que aunque jamás llegó á las de Lúculo ni Marco Antonio, montaba algunos millones de sestercios. ¿Quién podria enumerar mis eróticos devaneos? Uno solo os citaré, que bien pudiera hacer las glorias de cualquier amador: el que me inspiró Herodías, la bellísima esposa de Filipo, Tetrarca de la Traconita y la Batanea.—A pesar de mi experiencia en esa clase de achaques, aquella mujer me enloqueció. Su pasion era ardiente como los rayos de Júpiter, y acostumbrado al codicioso amor de las hijas del Tiber, me tenian admirado su delicadeza y desinterés. Una noche, al aparecer en su *cubículo*, la sorprendí llorando, por no tener, segun me manifestó, la suma necesaria para salvar un compromiso que pesaba sobre ella; y yo, que hubiera dado todas las rentas del Imperio por enjugar sus lágrimas, la pregunté cuánto necesitaba. La cantidad era respetable, pues no bajaba de cincuenta talentos (1), mas cerré los ojos, y apartándolos de las rentas del fisco, los ofrecí á sus piés. Entónces ofrecióme en garantía —¡admiraos!—una niña que criaba ocultamente, concebida y habida durante la permanencia de su esposo en Roma, á donde habia acudido á arreglar la division de la herencia de Herodes el Grande. ¿Quién era su padre?... Ocultómelo, y aunque rehusé semejante prenda, ella me la hizo aceptar, como la cosa más querida de su alma sobre la tierra, so pena de tener que entregarme, por devolucion, la suma que le habia proporcionado. Con la niña me dió á su nodriza, haciéndome especialísimo encargo de ocultar al mundo entero tal contrato, al ménos hasta que ella me devolviera los intereses recibidos. Y aquí teneis cómo de la manera más impensada, me hallé de la noche á la mañana con cuidados á que estaba bien ajeno. Hube de notar, á pesar mio, que desde aquella noche Herodías se mostraba conmigo ménos expresiva: jamás me hablaba de su hija, y al recordársela yo alguna vez, me imponia silencio sobre tal particular, hasta que saldáramos cuentas. De pronto encontré cerrado el postigo que me franqueaba el paso á su camarin: traté de investigar la causa de aquel mudo é inmotivado rompimiento, y abordando indirectamente la cuestion, convencíme de que habia sido engañado. Aquel amor que yo habia juzgado puro y sincero, no habia sido más que estudiada doblez: aquel rasgo de refinada delicadeza de darme en garantía del préstamo á un pedazo de sus entrañas, no implicaba otra cosa que una vergonzante y miserable venta. Temiendo las iras maritales, porque Filipo tornaba ya á su casa, habia logrado, por otra parte, con semejante juego, alejar de sí el peligro á que la presencia de la inocente criatura la exponia. Por entónces los satélites de Herodes Antipas, Tetrarca de la Galilea, bullian por todas partes, y como de mí no tenian porqué recatarse, me revelaron que buscaban á una hija natural de su señor. ¡Oh incesto! Mi depositada era el fruto del punible ayuntamiento de Herodías con su cuñado. ¿Y mis talentos, para qué servian en tanto?... Para pagar un veneno activo, que quitase del medio al ya receloso Filipo, y facilitase la nefanda union de Herodías con Antipas. ¡A buen seguro que si éste no se hubiese enriquecido tanto, á costa del pueblo que regia, ó hubiese sido un simple particular, no se hubiese unido á él tan fácilmente la impúdica princesa, que no abrigaba más afectos que el de la ambicion de mando y la avaricia de riquezas! Más de una vez me dieron intenciones de revelar el misterio al Tetrarca; pero dada la avaricia de éste, consideré que no habria de devolverme la cantidad prestada á su querida, y que me iba á ver, en cambio, privado de las caricias de aquella niña inocente y amorosa, que habia logrado despertar en mi alma un afecto tan nuevo como grato para mí. Trasladado de la cuestura de Samaria á la de Roma, busqué ocasion de hablar á solas con Herodías, y me ofreció que en Roma, para donde en breve partiria con su esposo, cambiaríamos *nuestros intereses*. La astucia y la diplomacia de aquella arpía, casi me convencieron de nuevo de que podia abrigar sentimientos contrarios á los que todo el mundo, y yo el primero, le habia atribuido. ¿Creeis que se presentó en Roma? ¡No por cierto! y por tanto yo, al rendir cuentas al Prefecto del Erario, tuve que abonarle los cincuenta talentos, que constituian todos mis ahorros, para no verme envuelto en un proceso. De este desfalco me indemnizaban con creces los halagos y la solicitud filial de mi jóven hebrea, que habia crecido tanto en belleza como en sentimientos nobles y delicados. ¡Creo que á haber sido hija mia, no la hubiese querido más que la queria! Viendo que mi edad maduraba, y que aquella hermosa niña parecia destinada por el cielo á endulzar mi soledad y mis achaques, la adopté *per æs et libram* ante los comicios, haciéndola pasar al efecto, para salvar su cualidad de extranjera, por hija de unos antiguos servidores de mi casa, que moraban en un pueblecito de la Campania.

VI

—Por el látigo de Belona que la historia es peregrina: solo falta que te dignes darme á conocer tu adoptada. Como recien llegado á esta ciudad, no he tenido ocasion....—dijo el tribuno.

—Voy á complacerte,—interrumpió el Legado, que poniéndose de pié desapareció tras las amplias colgaduras de un pórtico.

A poco estuvo de vuelta, trayendo de la mano á su hija, á la que seguia su nodriza Basemath, que convertida en aya luégo, no se separaba un instante de ella.

¡Cuánta juventud y cuánta hermosura!

Ni Fidias ni Zeuxis soñaron nunca tan ideal belleza.

El Pudor, enrojeciendo sus mejillas y entornando sus garzos ojos, contribuia á realzar tantos encantos.

Blanca *stola*, de lana de Apulia, ceñida al talle por deslumbrante *zona*, ó ancho cinturon recamado de perlas: ondulante *palla*, tambien blanca, guarnecida de franjas de púrpura y oro, y prendida á sus hombros por caprichosas *fíbulas*: sandalias de seda; brazaletes de oro en forma de serpientes; hilos de perlas en la garganta, y el deslumbrante *nimbus* ciñendo su frente y sujetando la abundosa cabellera, que dividida en apretadas trenzas le caian por la espalda, componian su vestido y su tocado.

Los comensales, poseidos de extática admiracion, se levantaron á una de sus asientos, á la presencia de la jóven.

—Tengo el honor de presentaros á mi carísima hija Terencia,—dijo Durmio Quadrato, no ya con satisfaccion, sino hasta con orgullo.

Apénas habia acabado de pronunciar estas palabras, de uno de los ángulos del salon se escaparon dos gritos comprimidos, pero intensos, profundos, dilacerantes.

Todos los caballeros tornaron la cabeza, y vieron un grupo de dos personas, acurrucadas en un rincon de la estancia.

Eran Sadoc y Abigail.

La presencia de aquellos séres extraños, harapósos é indiscretos, en aquel lugar y aquella ocasion, indignó á todos, y en especial al Legado, que ciego de cólera llamó á sus siervos.

—¡A ver!—les gritó:—¿quién ha permitido la entrada en este recinto á esos pordioseros?

—Señor,—se atrevió á contestar uno,—en tanta aglomeracion de gentes, se habrán deslizado á hurtadillas nuestras.

—Arrastradlos de aquí inmediatamente y entregadlos á los lictores, con órden mia de que no den paz á sus varas, hasta que hayan exhalado el último suspiro.

Los israelitas, por instinto de conservacion, se resistieron inútilmente. Sin embargo, hubo brega ántes de sujetar á Sadoc; y en medio del barullo que se produjo, se oyó medio ahogada, sin que nadie hiciese alto en ella, la voz de Abigail que exclamaba:

—¡Cayo! ¡Berenice!.... ¡salvadme!

No bien habian trasportado fuera del cenáculo á los audaces hebreos, un severo magistrado dijo al Legado:

—Adviértote, oh Durmio, que la ley Fufia prohibe aplicar ninguna pena en dias festivos, y hoy lo es.

Este recuerdo hizo al advertido dar contraórden á sus subordinados, á los que mandó que condujesen á los judíos á las catacumbas.

VII

La decoracion ha cambiado.

Al luciente y confortable cenáculo ha sustituido el lóbrego y mefítico antro, destinado á receptáculo de criminales. El ambiente que en él se respira es acre y malsano. Las paredes, llorando los crímenes de los que allí bajan, por si en sus corazones se ha secado el venero de las lágrimas, chorrean un agua turbia y salitrosa. El pavimento es un lodazal: la luz un contrabando.

Un ruido estertóreo, que á la vez participa del rugido de la fiera y del gemido humano, turba su habitual silencio.

Es Sadoc que colérico solloza.

Abigail ni da señales de vida.

—Para el mundo he sido siempre el prototipo de los séres sin entrañas,—murmuró el israelita, dando momentánea tregua á sus gemidos;—mas á haberte conocido á ti, te hubiera atribuido tan triste primacía. ¿Porqué habré vivido tan en sombras? ¿Porqué ha penetrado tan tarde mi mirada en el pavoroso fondo de tu conciencia?.... ¡Ah! ¡que Jehovah se apiade de tí, más que tú te apiadaste de las lágrimas de un padre y del destino de una hija!

No bien acababa de pronunciar estas palabras, abrióse la tortuosa puerta del calabozo, y aparecieron por ella Terencia y su aya, trayendo esta encendida en la mano una linterna de bronce.

—¡*Salve*, oh desdichados extranjeros!—dijo saludándolos la jóven.

Los encarcelados se incorporaron, y Sadoc, con voz trémula, le preguntó:

—¿Eres, por ventura, ¡oh casta jóven! el ángel tutelar de los afligidos, que vienes á consolarnos en nuestras postreras horas, ó la personificacion de la Providencia, que llegas á vengar las acciones reprobadas en el último trance de la vida?

—¡Oh!—articuló Abigail, ocultando el rostro entre las manos.

—No,—respondió cándidamente Terencia:—soy solamente un sér que procura hacer llevaderas, en cuanto puede, las penas de sus semejantes. Un compatriota vuestro me ha enseñado á *amar al prójimo como á un hermano*, y vosotros, que sois prójimos mios, no rechazareis el parentesco.

—¡Dios de Israel!—balbuceó el hebreo estremeciéndose.

—En su virtud llego á participaros que estais libres.

—¿Libres?...—repitieron con ansiedad los prisioneros.

—Libres, sí. Mis súplicas han alcanzado de mi amado padre, que es bueno como pocos, que olvidando vuestro atrevimiento, os devuelva la libertad, que yo vengo á proporcionaros por mi propia mano. Y como presumo que vuestros recursos serán escasos, os traigo estos cinco denarios, para que os ayudeis en vuestro viaje: tomad.

Y les alargó la mano, en cuyo hueco relucian las argentinas monedas.

—Permíteme ¡oh genio benéfico! que te haga una pregunta. Has dicho que tu padre nos ha devuelto la libertad. ¿Eres en realidad hija del Legado?—le preguntó Sadoc con angustia.

—Lo soy. ¿Qué te extraña?

—Dispénsame, pero efecto de mi indiscrecion, le he escuchado una historia, que me ha hecho llorar, acerca de tu filiacion. Tú no eres hija suya, más que por virtud de una ficcion legal.

—¿Y qué más da?... ¡No cambiaria yo esa ficcion por la realidad más halagüeña!

—Es que tus padres fueron de régia estirpe.

—Pero me vendieron como una esclava.

—¡Tu padre lo ignoró toda su vida!

—Mas empañó mi frente con el pecado, al engendrarme.

—¿Los odias, pues?—preguntó el judío, trémulo, delirante.

—No, yo no los odio. Jacob me decia que Jesus Nazareno, cuya doctrina tengo grabada en el corazon, aconsejaba *que perdonásemos á nuestros deudores*, y yo los perdono de buena voluntad. ¡Bastante castigo tendrán los desdichados, con las acusaciones de su conciencia en

(1) Un millon de reales próximamente.



ROPAVEJERAS JUDÍAS, cuadro por Ernestina Friedrichsen



SEDUCCION, cuadro por L. Casanova

esta vida, y las penas que el Salvador les tenga reservadas en la otra!

—¿Y los conocerias de buena gana?

—Tampoco. Seria para mí un trance amargo y bochornoso. Vivan ellos olvidados de su hija, que ésta es feliz al lado de la persona que cifra en ella toda su alegría.

—Tienes razon, hermosa niña,—concluyó con visible desaliento el israelita.—¡Quien tal hizo, que tal pague!

—Tomad, pues, la limosna y partid de aquí,—dijo Terencia á Abigail, que contraida toda, ni hablaba, ni lloraba, ni parecia más que una estatua.

Ambos cayeron de rodillas para recibir la dádiva, y tomando cada cual una mano á la jóven, estamparon al par un beso en ellas, yerto el de Abigail, como debe ser el beso de la muerte, y ardiente el de Sadoc, como la lava de un volcan.

Un detalle fijó la atencion de la bella patricia, al extender su descarnada mano la mendiga para recoger la limosna. Era un lunar de bastante magnitud que dejó ver en la parte inferior del carpo.

Terencia entónces alzó la mirada al rostro de la socorrida; mas la luz mortecina de la linterna, y los enmarañados cabellos que caian sobre él, la impidieron apreciar, como hubiera deseado, sus facciones.

VIII

El pueblo se apiña en la plaza pública de Ródio, villa sita entre Pombal y Condeixa, en el vecino reino de Portugal, de la que hoy no quedan más que diseminados cimientos.

Los ojos del concurso, agrandados por la curiosidad, se fijan en un forastero que con extraordinaria elocuencia le ha explicado, durante dos dias, una doctrina enteramente nueva, y que en el instante en que lo sorprendemos, da sus últimas pinceladas verbales al cuadro de la muerte de Juan el Bautista, otorgado á una desenvuelta niña, en premio de una danza más ó ménos impúdica y excitante.

Su figura severa y majestuosa descuella sobre la muchedumbre, como el cedro sobre los juncos que crecen á su sombra. En su acento hay algo de divino que electriza, y en su frase, correcta y elegante, tanta lógica como ardimiento.

Aquel orador no es otro que Jacob, el pescador del lago Tiberiade, llamado Santiago andando el tiempo, quien dispone á su antojo del corazon del concurso.

Al terminar su oracion aquel dia, dirige maquinalmente su penetrante mirada hácia una de las salidas del pueblo, que distinguia perfectamente desde su improvisado púlpito, y retratándose en su semblante repentina admiracion, llévase las manos á la cabeza.

—¡Dios mio!—exclama.—¿No es ilusion de mis sentidos?.... ¡No! ¡ellos son!.... Herodes y Herodías; el protervo juez del santo Juan y su vengativa acusadora. ¡Vedlos allí, hermanos mios! Ellos son, ellos son los que allí vienen.

Volviéronse los oyentes hácia el lugar señalado por el Apóstol, y al divisar á los hebreos, ardiendo en saña contra ellos, por la muerte que mandaron dar al Bautista, cuya historia habia herido vivamente su imaginacion, la emprendieron á pedradas contra los proscritos.

Porque creemos inútil apuntar, que bajo los pseudónimos de Sadoc y Abigail, se ocultaban los desheredados tetrarcas de Galilea.

IX

A los dos dias, una litera, escoltada por un manípulo de *spatarios*, se detenia junto á la aldea.

El *manipular*, ó jefe de la escolta, entró en el pueblecito y tornó en breve, acompañado de un aldeano.

Aquél primero y éste despues, hablaron cortas palabras con álguien que en la cerrada litera caminaba.

Oyóse un gemido en su interior, y abriéndose la portezuela, bajaron dos mujeres.

Eran Terencia y su aya.

Aquella, comprimiendo mal sus sollozos, derramaba raudales de lágrimas.

Asaltada de una sospecha tenaz, sugerida por el lunar que habia sorprendido en la encarcelada, igual á otro que ella tenia en idéntico sitio, habia preguntado á Basemath, qué podia haber de comun entre ella y la mendiga, y de pregunta en pregunta, consiguió arrancarle la revelacion, de que aquellos dos séres errantes, miserables y escarnecidos, eran sus progenitores.

Llevada entónces de un impulso natural del corazon, á pesar de su manifestada indiferencia, salió en su busca, con permiso del Legado, á ver si los encontraba, y conseguia hacer ménos amargo el ocaso de su vida.

Hallólos, sí, pero ya tarde.

Puestos en marcha, no habian andado cien pasos, cuando una bandada de buitres, con pesado aleteo, se remontó por los espacios.

Aquellos avechuchos satisfacian su voracidad en los insepultos cuerpos de los príncipes.

—Ahí están,—dijo el aldeano á Terencia.

Esta avanzó hasta los destrozados restos de sus padres, junto á los cuales se arrodilló, y deshecha en lágrimas, pidió á Dios misericordia para tan grandes pecadores.

Algunos legionarios, miéntras ella oraba, de órden suya cavaban una fosa.

Abierta esta, Terencia se despojó de su flotante velo, y ayudada de Basemath, envolvió en él, con piedad cristiana, aquellos huesos descarnados y hediondos; depositó en ellos un beso, beso mortuorio, pero que sintetizaba toda una vida de cariño, no expresado hasta entónces por primera y última vez, y los colocó en la huesa, que pronto se cubrió de tierra y allanó el rústico rastrillo.

Si los genios protectores de las tumbas guardan relacion con las memorias que sus moradores dejaron sobre la tierra, ¡qué negros y sombríos deben ser los que giren por las noches en torno del sepulcro de los padres de Terencia!

Cáceres.

PUBLIO HURTADO

LA FERIA DE SEVILLA

Me ha tocado tantas veces ver y describir *La Feria de Sevilla*, que no sé si encontraré forma para decir algo nuevo á mis lectores.

La he reseñado en verso y en prosa, en libros y en periódicos, en estilo llano y ampuloso, en octosílabos y en alejandrinos; he tenido la inmerecida honra de alcanzar la copa de plata ofrecida á este tema por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, ántes de pertenecer á este ilustrado Cuerpo,—honra para mí más inmerecida todavía,—y el placer de ver bailar en las casillas del Prado de San Sebastian á las damas de la *highlife* y á las flamencas de pura sangre.

Ello ha de ser tambien esta vez, y deben perdonarme mis lectores. Prometo firmemente la enmienda y no volveré á pecar hasta que otro de mis editores se empeñe.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA no quiere dejar pasar sin memoria este acontecimiento que es, como si dijéramos, el terroncillo de azúcar de Andalucía, y bueno es que se sepa que en los serenos y templados dias de abril, el mundo entero tiene los ojos ó el pensamiento en las márgenes del Betis.

Desde el inglés al ruso, desde el marroquí al norteamericano, se apresuran á preparar sus arreos de turistas y á visitar la tercera capital de España. En ella *hierven* en esa época los curiosos de todos los países; por eso dije yo una de tantas veces, en romance:

«Rios que afluyen al mar
parecen las líneas férreas
que en rápidas avenidas
olas de viajeros dejan;
van y vienen los vehículos,
crujen látigos y ruedas,
y calles, plazas y hoteles
la antigua Babel recuerdan.
Un pandemonium fantástico,
una miscelánea inmensa
forman los extraños grupos
que se acosan y se estrechan;
el oxígeno se acaba,
la atmósfera se condensa
y el suelo desaparece
bajo plantas extranjeras.
Aquí un inglés cachazudo,
de patilla rubia y luenga,
da el diestro brazo á su esposa
y el siniestro á su maleta;
allí, una famosa austriaca,
larga como una promesa,
manda un convoy de tres párvulos,
dos falderos y una negra.
En este lado, de capas,
vara clásica y chaqueta,
adelantan tres alcaldes
que recatan las monteras.
Más léjos, sobre la cúspide
de una enorme diligencia
un mundo de saltimbanquis
trae los bártulos á cuestas.
De una y otra parte acuden
banqueros, hombres de letras,
cómicos, entretenidas,
gitanos, canastilleras,
celebridades artísticas,
donceles y damas bellas;
que la Feria de Sevilla
goza de fama europea
y no ha visto maravilla
el que no ha visto la Feria!»

Y así es la verdad, que maravilla ver reunidos en un solo punto, tan distintos tipos, razas y personalidades.

Las antiguas ferias de que nos hablan los historiadores arábigos, aquellas en que el Asia ostentaba sus ricas telas, sus piedras preciosas y sus perfumes; Ocaz, con sus juegos y sus certámenes, donde reinaba la paz y la alegría de tal manera, que acababan los odios de las tribus enemigas, que se reunian los poetas é improvisadores para disputarse el honor de que sus versos se bordaran en los paños que se habian de suspender de la Kaaba; las ferias itálicas, dedicadas á Feronia, diosa de las flores, ferias que llevaban al santuario de la buena diosa á los amantes y á las amadas, á los opulentos patricios y á las libres matronas de la Ciudad de Rómulo, no tuvieron jamás los encantos de la Feria Andaluza por excelencia, de la Feria de Sevilla, cuya nombradía ha logrado salvar las montañas y los mares.

Sevilla tiene para los turistas inexplicables encantos. Su Torre del Oro, su Giralda, su Catedral, su Alcázar mudejar, sus barrios clásicos y sus recuerdos orientales; la fama de sus jardines y de sus mujeres, ponderadas en cantos y relatos más ó ménos fieles é hiperbólicos, han contribuido poderosamente á dar cita en su recinto, durante la feria de abril, á un mundo de forasteros.

Esto, que de puro sabido va pasando ya á proverbio, pica el amor propio de los sevillanos y les hace extremar su condicion de espléndidos y aparatosos, hasta un punto que parece cuento.

De la misma manera que suelen gastarse sumas enormes en mantos, palios y doseles para sus imágenes favoritas, durante la Semana Santa, gástanlas en preparar sus trenes y galas de Feria y realzan su natural gracia y donosura las hermosas, abandonando por tres dias las modas extranjeras para arrojarse en brazos de las de la tierra de *María Santísima*.

En Feria, podeis ver á la sevillana de la *hig-life* en el apogeo de su gloria mundanal, usando el *airoso* traje de medio paso adornado de boleros ó de enrejados, la chaquetilla con hombreras y la mantilla blanca ó el picarescо sombrero de queso. Sus piés diminutos, calzados de un modo admirable, causan la desesperacion de los yankees y de las inglesas puras que suelen tenerlos semejantes á los de Carlo-Magno; el aire especial con que llevan el abanico ó mueven la cabeza prolongada á veces por la alta peineta de concha, hace suspirar á las hijas de los broclavares que tanto se precian de la agilidad y de la gracia.

Si la clase elevada rinde tributo á los dias clásicos en Sevilla, la de más baja estofa no le va en zaga, en punto á lujo y salero. La hija de Triana ó de San Bernardo, envuelta en manton de Manila bordado, luciendo su amplia y limpia falda de percal, que cruje á fuerza de estar almidonada, llevando al cuello su pañolillo de seda de colores, se pasea del brazo de su *barbian*, por el Real de la feria, ó se reclina en el break, enseñando la media blanca como el ampo de la nieve cuando pisa el estribo á la puerta de la Plaza de Toros.

En la buñolería, *la flamenca castiza*, con los brazos desnudos y el traje recogido de un modo que solo puede describir el pincel ó el lápiz, vaga de acá para allá delante de su tienda de campaña adornada de cintas, faraláes y banderolas, y se abalanza al transeunte con gracia suma diciéndole:

—¡Saleroso, buñuelos calientes!

El barrio de San Sebastian, donde se celebra la Feria, es un llano pintoresco desde el cual se divisan la esbelta Giralda, los pináculos de las azoteas de la Catedral, los jardines del alcázar de D. Pedro, el ciclópeo edificio destinado á fábrica de tabacos, rodeado de fosos como un castillo de la Edad media y el nunca bien ponderado barrio de San Bernardo, cuna de tantas notabilidades en el arte de Pepe-Hillo y Costillares.

En este llano, embellecido por calles de árboles, se colocan en filas armónicas preciosas casillas, con techos de tijera, formadas de lienzo y tablas y separadas unas de otras sólo por una pared trasparente; estos nidos amueblados y decorados con exquisito gusto, son la residencia de las familias, que trasladan allí su mesa y su estrado durante setenta y dos horas todos los años.

Por las noches, cuando el gas se enciende, brillan las flores sobre las mesas de mármol, las lunas de los espejos reflejan los rostros graciosos de las jóvenes, que charlan con sus novios á la puerta de la casilla ó forman grupos pictóricos y escultóricos en los ángulos de la improvisada gruta de amores; cada nido de lona guarda en su seno un mundo de armonías, parece que hay en todos ellos colonias de aves diversas que cantan al mismo tiempo.

El piano, la guitarra, las castañuelas, á veces el pandero y los platillos, resuenan acá y allá; mézclanse los cantos *finos* con los *flamencos*, y en dos tiendas, que sólo se hallan lienzo por enmedio, ríndese culto á la vez—con gran contentamiento de los ingleses, que se quedan á la puerta convertidos en estatuas,—al aleman Wagner, que ha muerto demasiado pronto, y al flamenco Silverio, que todavía hace gorgoritos y quiebra primas, en su Café Cantante de la calle del Rosario en Sevilla.

El espectáculo que se ofrece á los ojos del curioso en una de estas noches en las casillas del Prado, es tan profundamente poético que solo puede borronearse en renglоncitos cortos:

Bandadas de golondrinas
que anidan en la floresta
las jóvenes andaluzas
son las noches de la feria.
Bajo azules pabellones
cantan y revolotean;
sus párpados sonrosados
se entornan, mas no se cierran.
Libros de caballerías
son los bailes para ellas,
las noches de claro en claro
suelen pasar dando vueltas.
Por eso un nuevo Gauthier
anotará en su cartera:
«Las españolas no duermen
áun cuando sueñan despiertas.»
De ver es, cuando agrupadas
bajo el techo de tijera
de esos elegantes nidos
llenos de luces y esencias,
mueven, al són del piano,
los brazos y las caderas
en la danza que á Lord Byron
trastornaba la cabeza.
De ver es, cuando la falda
provocativa y ligera
descubre sus piés menudos
como ramos de violetas;
y cuando al compás del crótalo
y la guitarra parlera,
como girándolas pasan
casi sin tocar la tierra.

Vano intento es comparar,—decia yo, tambien en romance,—las veladas griegas animadas por el pámpano, y alumbradas por las teas que sirvieron á Céres para buscar á la andariega Proserpina, con estas veladas andaluzas en las que palpita el espíritu oriental en grato consorcio con el del Occidente.

Los corrillos de jóvenes traen á la memoria, no ya las reuniones de los griegos en Chipre durante las Adonias, sino las noches gratas que pasaba el árabe en la huerta de Ruzafa, rodeado de cantarines y escanciadoras, improvisando versos, apurando copas de oloroso vino, y dejando asomar la aurora que los sorprendia soñando bajo los naranjales.

La animacion de las casillas del Prado se exterioriza durante el dia. Por la calle central, cruzan los lujosos vehículos de todo género: la canastilla y la diabla, el familiar y el break, el landeau y la carretela. Alguna que otra vez, y ya con el carácter de anacronismo, deslízase la antigua calesa de alto copete con su fondo claveteado y su trasera adornada de flores pintarrajadas: los corceles de todas las razas, de media sangre y de *sangre entera*, ora cubiertos con el elegante galápago, ora soportando la pesada silla vaquera, pasean de una á otra parte; dando á la perspectiva movilidad y pictóricos detalles, las jóvenes andaluzas que cabalgan con mejor apostura que la reina Católica y hacen caracolear sus corceles, dóciles á tan dulces dueños.

Unese á este espectáculo, el abigarrado conjunto de los circos, teatros mecánicos, galerías de figuras de cera, tiendas de juguetes, aguaduchos, exposiciones de focas y serpientes boas, fenómenos vivos y muertos y desvergonzados polichinelas. Los tambores, los trombones, las cornetas, las gaitas, los címbalos, los bombos y platillos resonando á la vez en la opuesta parte, forman un concertado desconcierto difícil de explicar; los caballos de madera que giran, las figuras de movimiento que gesticulan y voltean, los clowns que saltan, los bailarines, que muestran sus mallas color de rosa sobre los aéreos andamios, acaban de dar carácter al gran cuadro, en cuyas lontananzas se ven pulular los ganados destinados á la venta; principal objeto de estas solemnidades en España.

Aquí vendria de molde recordar que la mayor parte de los paseantes emigran del mercado al sonar la hora de la corrida, y marchan aceleradamente hácia nuestro Circo taurino; pero como esto me llevaria de la mano á la descripcion completa de nuestra fiesta nacional, cosa por demás larga y penosa, prefiero recurrir á mis versos para dar una leve idea de la corrida, en sus asomos.

La colosal gradería
de espectadores se cubre
y la creciente algazara
llega á perderse en las nubes.
Como suelen las espigas,
si hay viento que las impulse,
mover sus rubias cabezas
que el sol abrasa y destruye,
en círculos ordenados
se mueve la muchedumbre
esperando entusiasmada
que el són del clarin retumbe.
Trajes de brocado y seda
la airosa cuadrilla luce
y vistosos capotillos
rojos, gualdrados y azules.
Suena la aguda señal,
el circo en bravos prorumpe
y da comienzo la lidia
segun antigua costumbre.

Aquí puede colocar el lector benévolo una de esas revistas tauromáquicas que andan impresas por los periódicos de la *facultad* y que vendrá en este sitio como de perlas. Las corridas de toros se parecen todas, con tal de que los espadas sean de cartel y los bichos de buena casta: *Sentimientos*, *Camama* y otros críticos pueden llenar este vacío que de propósito les dejo. Si el lector prefiere, por el contrario, traer á la memoria los detalles de alguna de estas fiestas que pudo ver en nuestro Circo, en una templada tarde de abril en la que doraba el sol la Giraldilla que domina la Plaza, brillaban los ojos de las espectadoras tras sus abanicos y bajo sus blancas mantillas, y voceaban los aficionados al ver á Lagartijo y á Frascuelo buscando los rubios á los cornúpetos, allá se las haya. Yo lavo mis manos como Pilatos y cumplo mi cometido reanudando en este punto el romance:

Cuando el sol desde el ocaso
lanza sus postreras luces
y el giraldillo acaricia
con sus doradas vislumbres,
las hermosas rebozadas
en sus tocas y en sus tules
y los mancebos montando
sus corceles andaluces,
pagado el justo tributo
á Costillares y á Cúchares,
dejan en tropel el Circo
y de nuevo se confunden
con las animadas olas
que en el mar del Prado afluyen.
Allí es fuerza que la zambra
hasta el dia se reanude,
que la guitarra se queje
y que las cañas circulen,
que á la luz de las bujías
entre espejos y perfumes
por alfombradas pendientes
las jóvenes se aventuren.
Eterno hervir vividor
ni cesa ni se interrumpe,
cada tabla es un triclinio
y cada mujer un númen.
Cerca del alegre rancho
donde resuena el adufe
la caseta aristocrática
cercada de flores surge,
junto al guardapié flamenco
la falda francesa cruje;
y turba una petenera
la serenata de Schubert.
Por romancesco derecho
que no habrá quien le dispute
Sevilla en un mismo foco
sus tradiciones reune.
De este gigantesco lienzo
son mis mezquinos apuntes,
¡dadme paleta y pinceles
que las plumas son inútiles!

Sevilla 1883

BENITO MAS Y PRAT

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Por tercera vez desde 1823 se ha levantado la tierra al pié de un cerro cerca de Rímini en Italia. Esta vez ha avanzado la pendiente por la nueva prolongacion 80 metros en una extension de 280, en cuya superficie todo está revuelto y trastornado; de la magnífica vegetacion que la cubria cuando formaba parte del valle, sólo han quedado derechos algunos olmos y castaños, pero morirán, porque sus robustas y dilatadas raices han de estar forzosamente tronchadas. Estos levantamientos singulares no se han podido explicar todavía, siendo lo más curioso que se han verificado siempre instantáneamente, cual si fuese por efecto de la dinamita.

***

Dice el *Globo* de Lóndres que lord Derby no sancionará la anexion de Nueva Guinea; pero que ha consentido en autorizar el establecimiento de dos ó tres estaciones inglesas á lo largo de la costa; lo que, en otros términos, equivale á decir que entre las tres alternativas que se le ofrecian, el ministerio ha escogido la que por el momento salva hasta cierto punto las apariencias, por más que sea para lo futuro abundante semillero de complicaciones y disgustos.

***

El rio Irauddy tiene, en su curso por la Cochinchina, una de las mejores cascadas del mundo. La anchura de esta cascada no baja de 750 metros y su altura de 500. En la cúspide de la misma hay una rica pagoda que parece surgir de un lago hirviente y que vendrá á tener unos 50 metros de elevacion. El estruendo que semejante caudal de agua produce al despeñarse, se oye á más de una legua de distancia, y cuantos á la catarata se acercan quedan ensordecidos como si oyeran un estampido incesante de formidables truenos: cuando al dar la vuelta á un recodo del rio se halla uno delante de tan majestuosa cascada, se sienten los oidos tan atronados como cuando se oyen continuas descargas de muchas baterías de cañones durante una batalla.

NOTICIAS VARIAS

Segun dice el *Daily News*, se han contratado 20,000 chinos para trabajar en los cafetales del Brasil, mediante un jornal que no llega á dos pesetas, sin la manutencion. El pasaje entre China y Rio Janeiro cuesta 50 pesetas. El gobierno brasileño se propone contratar con estas condiciones de 400 á 500,000 chinos.

***

ANUNCIOS.—Con justo motivo se dice que los americanos son anunciadores por excelencia. Uno de los últimos números del *New York Herald* contenia *ciento treinta y dos columnas*, largas y de letra muy menuda, llenas de nuevos anuncios.

REJAS ESPAÑOLAS

No tema el lector, al ver este epígrafe, que las siguientes líneas aludan á esos diálogos entre los amantes, característicos de nuestro país y en los cuales «pelan la pava,» como se dice. Tienen otro objeto, á saber, no el uso que de las rejas se hace por aquellos, sino las rejas mismas, cosa no ménos propia y peculiar de España.

Este punto requiere alguna explicacion. Las rejas, como medio de aislar y custodiar cosas ó personas, es evidente que no son privativas de nuestro país: casi en todas partes hay, por ejemplo, conventos y cárceles; y estos lugares se hallan frecuentísimamente provistos de aquel medio de defensa, que la permite bien segura, sin cerrar por ello paso al aire, á la luz, á la vista y á la comunicacion entre el interior y el exterior: aquí, pues, no está nuestra originalidad. Pero, debido á condiciones, preocupaciones y hábitos que, de ser exactos, nos favorecerian poco, ó bien á otras causas más complejas, que los arqueólogos deben poner en claro, es lo cierto que en ningun otro país ha tomado este elemento el desarrollo que en España, hasta alcanzar en ocasiones la importancia de verdaderas creaciones artísticas. Esto se refiere tan sólo á las rejas de hierro y aun de otros metales; ya que las de madera, ora en forma de verja, ora de celosía, valla, etc., es por el contrario en los pueblos orientales, v. g. entre los árabes y los japoneses, donde han recibido mayor perfeccionamiento.

Como era natural en tiempos en que las iglesias constituian los principales monumentos y condensaban las más selectas obras de la fantasía, en ellas es donde se ofrecen, ante todo, los primores de un arte contra el cual en vano intentan competir los continuos progresos del de la fundicion en nuestros dias.

Así como la costumbre, adoptada en nuestras catedrales hácia el siglo XV, de traer el coro desde el ábside al cuerpo de la iglesia, frente al presbiterio (tal vez por el inmenso número de capitulares—en el coro de Toledo hay unas 140 sillas), ha dado á aquel departamento y á su mobiliario unas proporciones y un lujo característicos de nuestro país, así tambien esa misma costumbre es probablemente, si no la causa única del desarrollo de la rejería en nuestros templos, al ménos de las que más han influido. Se comprende que, al dividir en dos el lugar destinado al clero (volviendo en parte á la antigua disposicion de las basílicas cristianas), separando al coro del celebrante, dejando á este, con los ministros que le acompañan y sirven, en el altar mayor y llevando á los demás al otro lado del crucero, para darles cómoda colocacion, se tomase el partido de situarlo en dos cuerpos, disposicion que permite á todos los clérigos presenciar los divinos oficios: de aquí que el muro de cerramiento, que dividía al coro del resto de la iglesia, en vez de ser un mero pretil ó plúteo, como el que puede verse, por ejemplo, todavía en las basílicas de San Clemente ó de Santa María *in cosmedin*, de Roma, tuvo que elevarse, naciendo de esta necesidad el ámplio desarrollo de este departamento.

Pues cosa análoga habrá tal vez acontecido con las rejas. Las capillas todas comenzaron á cerrarse de este modo; cerróse tambien en igual forma la Mayor, á veces hasta por tres de sus frentes, dejando ver de este modo el altar desde más puntos y conservando sólo el muro de piedra en el frente, tras del retablo; á su imitacion, se levantó la reja del coro, considerado como una especie de capilla; y entre éste y aquél, partes, por decirlo así, de un mismo todo—el presbiterio, en su antiguo sentido—fué menester conservar expedita la comunicacion, problema difícil en las fiestas solemnes, puesto que los fieles apénas disponian de más espacio que el crucero para asistir á las ceremonias. Por esto se estableceria entre ambos lugares un paso, defendido por una balaustrada de los embates de la muchedumbre, más ó ménos piadosa.

Así, la Capilla principal y el coro quedaron reunidos y aislados del resto de la iglesia generalmente por tres rejas, la última de las cuales, destinada sólo á contener la multitud, ha solido conservarse siempre baja, para no entorpecer la vista del altar mayor, sin alcanzar el desarrollo é importancia de las otras, verdaderas rejas de capilla. No deja de haber, sin embargo, excepciones de esta regla: sirva de muestra el crucero de la catedral de Búrgos.

Son en nuestros templos las rejas de interés singularísimo. A pesar de la perfeccion con que el hierro y en general los metales se han labrado en otros paises, por ejemplo en Alemania, ninguno hay que pueda competir con nosotros en esta materia. En Italia, donde el arte de la ferretería puede presentar nombres como el de Cellini, tal vez no hay más reja al modo de las españolas, aunque de mucho menor importancia, que la del pequeño oratorio del palacio del Podestà en Siena. Los cerramientos de sus capillas, ó son simples pretiles, aunque tan soberbios como el de la Catedral de Florencia, ó verdaderas construcciones arquitectónicas, como el maravilloso de San Márcos, cuyo sistema recuerdan nuestros trascoros y más aún el hermoso cancel del lado Sur, ó sea de la Epístola, en el presbiterio de Toledo.

No deja de dar cierta fuerza á la hipótesis ántes sentada la circunstancia de que las rejas de algun interés que poseemos no son anteriores á los comienzos de nuestra arquitectura ojival, en la transicion de la románica, esto es, á los primeros años del siglo XIII. A este tiempo corresponden la de la capilla del Sagrario de Palencia; la del altar lateral del Sur de San Vicente de Avila y la de la ventanita central de la cripta del mismo templo; la del ábside de la Catedral vieja de Salamanca y la del de San Isidoro, de Leon; la de la iglesia del Mercado en esta última ciudad; la del claustro de Pamplona, que tal vez aventaja á todas y preludia ya la forma siguiente, etc. Todas ellas constan de cintas arrolladas y combinadas con barras prismáticas, muy aplastadas, casi siempre, para formar un motivo de decoracion convencional de hojas y flores, completamente análogo á los de las antiguas filigranas bizantinas y árabes y que se repite indefinidamente; las más veces este motivo figura una especie de flor de lis.

Sucédenles las de la época puramente gótica, las cuales procuran ya formar una decoracion arquitectónica, compuesta, por lo comun, de un zócalo, el cuerpo de la reja y el coronamiento, reducido á grupos de hojas ó flores, recortadas y áun repujadas, colocadas en las claves de una arquería calada, ó sobre una sencilla cornisa. El zócalo falta con frecuencia en este tiempo todavía; v. g. en las rejas del claustro de la Catedral de Barcelona. Los barrotes verticales que constituyen el cuerpo, son, ora cilíndricos, ora prismáticos, ora de forma de balaustre; ya rectos, ya retorcidos; en ocasiones, solos, y combinados en otras con piezas curvas que se interponen entre ellos. Estos hierros terminan muchas veces en la parte inferior figurando basas de planta poligonal y están enlazados por

traviesas horizontales que los sostienen y que van poco á poco convirtiéndose en fajas adornadas. En el centro, se abre la puerta de una ó dos hojas, fortalecida á los lados por pilares más gruesos al modo de contrafuertes y que suelen rematar en pináculos; sobre esta puerta se acostumbra poner los escudos. Los cerrojos, fallebas y llaves tienen tambien mucho interés. En ocasiones, la reja se combina con una construccion de piedra, verdadera fachada que le sirve de marco, como puede verse en el ya citado presbiterio de Toledo. La mejor quizá de España es la del de Pamplona: la del coro tal vez era análoga, hasta que le sobrepusieron la crestería que hoy tiene, del Renacimiento. Entre las más puras de este tipo deben incluirse la del atrio del N. (puerta del Reloj) de nuestra iglesia primada y áun algunas otras, más modestas, de las que cierran sus capillas.

Pero donde se despliegan una suntuosidad y riqueza que maravilla hasta el asombro, es en las grandes rejas de los siglos XV y XVI. Pertenecen, como desde luégo se comprende, al estilo plateresco, dominando en unas el ojival y el del Renacimiento en otras. Los nombres de los maestros Morey (el más antiguo de que se hace mérito—1389), Pablo, Juan Francés, Andino, Bartolomé, Villalpando, Vergara, Céspedes y otros incluidos en la interesante noticia del Sr. Riaño (1), van unidos á obras verdaderamente monumentales, como las grandiosas rejas de Toledo, Sevilla, Granada, Salamanca, Búrgos, Pamplona, Zaragoza, Alcalá de Henares, Palencia, Cuenca y otras muchas; pues en rigor puede asegurarse que por milagro se encontrará iglesia ó capilla de este tiempo, por modesta que sea, que no presente una reja bastante importante para que valga la pena de visitarla. Recuérdese, por ejemplo, la del convento de San Juan de la Penitencia, en Toledo.

Estas rejas del XV y XVI tienen muy otra complicacion que las anteriores. Al trabajo de forja y martillo, se juntan ahora el repujado y áun el cincelado; bustos, flameros, medallones, bichas, cariátides, estatuas de cuerpo entero y hasta grandes composiciones con muchas figuras, por lo comun en relieve, se combinan con las grecas, flores y hojas; espléndidos coronamientos las terminan; y el oro, la plata y los colores contribuyen á producir el más pintoresco conjunto que puede imaginarse. Las rejas del presbiterio y el coro de la catedral de Toledo, obra, respectivamente, de Villalpando y de Céspedes; las de Sevilla, debidas á Muñoz y á Salamanca; las de las famosas capillas: del Condestable, en Búrgos (Andino), Real de Granada (el maestro Bartolomé), Dorada, ó de Palenzuela, en Salamanca (?); las de la Magistral de Alcalá (Juan Francés); de la Catedral de Palencia (Andino y Rodriguez), todas de la primera mitad del XVI, son los más importantes ejemplares de esta época. No debe olvidarse la de San Juan de los Reyes, en Toledo, hoy colocada en el oratorio del palacio de Vista-Alegre, propiedad del Marqués de Salamanca. En Madrid, pueden verse dos de esta clase, aunque de escaso valor: una, la de la iglesia de Santo Domingo, ahora en el Museo Arqueológico; otra, más pobre aún, en la iglesia de San Pedro.—Entre todas descuella quizá, no sólo por su riqueza, en que rivaliza con las de Toledo, sino por la maestría de su composicion y la elegancia de sus formas, la reja de la capilla Real de Granada, coronada sobre la crestería, como la mayor parte de las de este tiempo, por un Crucifijo, con la Vírgen y San Juan á sus lados; parece haberse hecho entre los años 1520 á 1530.

Si de estas verjas venimos á otras, de menores proporciones, como son las que rodean á algunos sepulcros, los dos cerramientos más interesantes quizá en este género son el del enterramiento del Arzobispo Anaya en la capilla fundada por él en el claustro de la Catedral vieja de Salamanca, y la que Vergara puso alrededor del del Cardenal Cisneros en Alcalá (hoy en el crucero de la Magistral). La primera es plateresca, aunque dominando en ella el elemento gótico, y nada puede dar idea de su extraordinaria riqueza; hojas y flores menudamente picadas; ángeles, centauros y otras figuras, que acusan ya el Renacimiento, se complican, tal vez con exageracion, hasta dificultar la vista del hermoso sepulcro flamenco del fundador que dentro de ella se guarda, por fortuna y gracias probablemente á la reja, en excelente estado de conservacion. La otra, mucho más baja y sobria, es la perfecta antítesis de la de Salamanca (en cuya capilla de Talavera hay, por cierto, una semejante á esta de Alcalá, pero mucho más modesta). En rigor, puede decirse que no es obra de rejería, propiamente dicha, sino de bronce fundido y admirablemente cincelado en el más puro y correcto estilo del Renacimiento italiano, hasta constituir quizá uno de los mejores ejemplares de su clase en Europa, superando en mucho al sepulcro que custodia, atribuido, con ó sin fundamento (más bien *sin*), á Domenico Florentino, esto es, nada ménos que al autor del importantísimo enterramiento del príncipe D. Juan en Santo Tomás de Avila.

En cuanto á rejas de ventanas en casas particulares, apremia el tiempo y quizá serán asunto de otro ligero estudio, análogo al presente. Pero es imposible dejar de recordar en medio del gran número de obras de esta clase, que todavía poseemos, las bellísimas de la Casa de las Conchas, en Salamanca, obra plateresca del XV, si es que no enteramente gótica, y en otro género, enteramente diverso, de puro Renacimiento, las de la Casa de Pilatos, en Sevilla. En Madrid y sus alrededores pueden verse algunas de este último tipo, aunque de poca importancia: v. g. las del Palacio del Pardo, del tiempo de Cárlos V. Aun estas rejas de casas particulares son raras en el extranjero: en Bolonia y en un palacio de la vía San Mammolo, hay un balcon que recuerda por cierto el de San Márcos de Leon, aunque debe ser anterior á este: el palacio, al ménos, le antecede más de un siglo.

Despues de este tiempo, el arte de los rejeros decae rápidamente: las verjas del Escorial, de Búrgos y de Avila bastan á dar de ello testimonio.

Para concluir, conviene observar que las verjas de las iglesias del Norte y Centro de España, suelen ser más bajas que las de los templos de Andalucía, las cuales tienen, por lo comun, un cuerpo más de altura y coronamientos más esbeltos y proporcionados. Cualquiera que, por ejemplo, compare las rejas del presbiterio de las Catedrales de Toledo y de Sevilla, advertirá al punto la superior elegancia de la segunda y cierta pesadez en la primera. ¿Será debida esta diferencia, que se nota asimismo entre los escultores castellanos y los andaluces (v. g. Berruguete y Montañés), al diverso carácter del pueblo y medio á que unas y otras obras corresponden? ¿Representan un diverso modo de sentir y componer, un distinto ideal, que pudiera decirse? Si esta observacion es exacta, y no una preocupacion sin fundamento, que otros más entendidos decidan é investiguen las causas del fenómeno. *Ai posteri l'ardua sentenza.*

F. GINER DE LOS RIOS

(1) *The industrial arts in Spain*, 1879; p. 67.

UNA ADQUISICION COSTOSA, cuadro por W. J. Martens

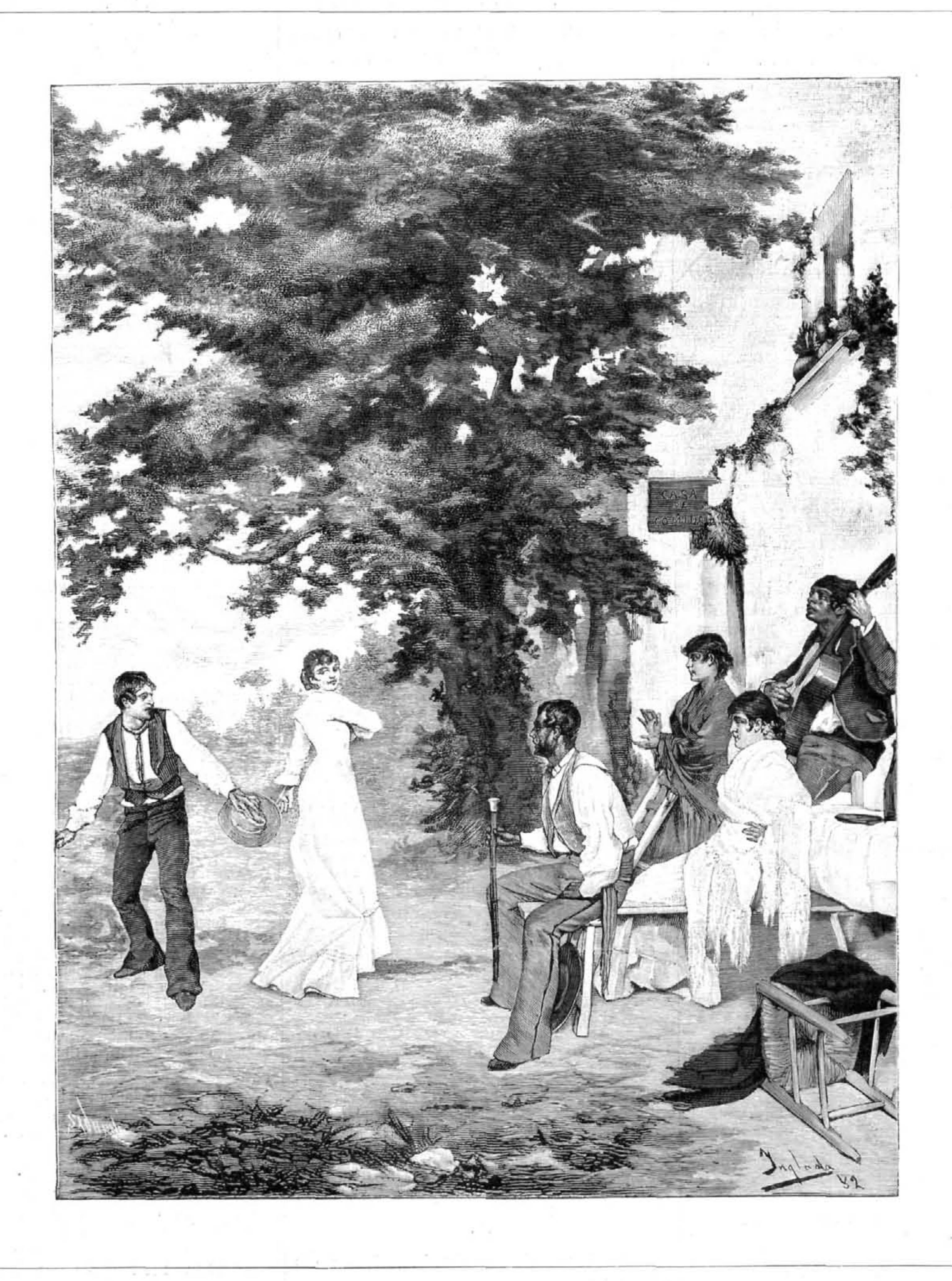
IMP. DE MONTANER Y SIMON

VICTOR HUGO



ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 23 DE JULIO DE 1883 — NUM. 82



UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA, cuadro por Inglada

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Un término á la peregrinacion de Zorrilla.—*El trovador que vaga errante.*—La lectura de poesías y el sostenimiento de la vida.—Tristes competencias.—Grandiosidad del poeta.—La ambrosía y los garbanzos.—El humo de la gloria.—Historia retrospectiva.—Lecturas en el Ateneo.—Estancia en Barcelona.—El proyecto de los granadinos.—Los cañamones del poeta.

¡Loado sea Dios! Ya podrá tener término esa peregrinacion artística que el insigne poeta D. José Zorrilla está realizando al través de las provincias españolas.

Era cosa que dolia á los amantes de las glorias de España ver que ese hijo predilecto de las musas, al cabo de su larga vida no habia sacado de su familiaridad con el Olimpo más que una corona de laurel siempre verde é inmortal, un báculo por el estilo del de Homero y una lira ó un laud ó un arpa con que acompañar sus poéticas composiciones.

Nunca se habrá podido afirmar, con más exactitud, que un vate vaticinó su porvenir lejano.

Zorrilla dijo de sí mismo hace tiempo:

Yo soy el trovador que vaga errante.....

Y en efecto, le hemos visto vagar de pueblo en pueblo, de una á otra ciudad, llenando de armonías los espacios, enalteciendo las ruinas, despertando ecos dormidos en el corazon de los que habian educado su juventud con la penetrante savia del cantar de nuestras gloriosas tradiciones, emocionando á las muchedumbres y elevando el nivel moral á excelsas y sublimes alturas.

***

Ciertamente; todo esto era muy bueno; y todos habríamos visto con grata satisfaccion las correrías del poeta, si no hubiese venido á amargar nuestro placer la idea de que el trovador buscaba en esas excursiones el mantenimiento de su vida.

Si Zorrilla hubiese tenido rentas todos habríamos dicho:

—Qué feliz idea la de ese opulento poeta que recorre el mundo, no por el egoista placer de recrearse él solo, sino inflamando de viva voz, con la recitacion de sus mejores poesías, al público reunido en una sala de espectáculo.

Pero sabíamos que estaba pobre, y pensábamos:

—¡Cuán triste es la vida de ese poeta, que ha poseido incalculables tesoros de luz, de color, de esplendidez, y que se ve obligado, para vivir, á llevar esa errante y azarosa existencia, de ciudad en ciudad, á trueque de que un histrion cualquiera lo considere compañero suyo, y de que tal ó cual titiritero de esos que se hunden sables en el esófago y se engullen estopas encendidas diga, celoso de su competencia:

—¡No se gana un cuarto! Todo el mundo desprecia nuestro difícil arte, por ir á escuchar á un coplero llamado Zorrilla!

¡Esto partia el alma!

***

Terminó, pues, merced á un elocuente discurso del Sr. Castelar y á la buena voluntad de todo el Congreso, la situacion aflictiva del poeta Zorrilla.

Yo no quiero meterme á investigar el itinerario que á tal situacion le habia conducido. El hecho es que está pobre. Cantó y descuidó sin duda sus intereses. Pero no se puede negar que es el poeta en que se ha amamantado nuestro siglo. No es la impresion de nuestro tiempo con sus luchas y sus vacilaciones, sus dudas y sus desencantos; pero es el poeta que asiste desde su altura á la transformacion de la sociedad y entona himnos á las glorias pasadas, recoge las tradiciones, señala con su dedo los puntos brillantes de la historia, anima las tumbas, reconstruye los mármoles de las ruinas, y canta... canta el amor, la naturaleza, la religion, el arte, todo en fin lo que en nuestra juventud hemos sentido.

Pero el poeta que cantó *El reloj*, se olvidaba de que habia de comer de tiempo en tiempo. Montado en su Pegaso creyó que el coche ó el wagon de ferro-carril no le eran necesarios; y el néctar y la ambrosía de los dioses que tenia tan á pasto, le impidieron recordar que en el mercado no darian por todos esos manjares mitológicos ni media libra de garbanzos.

Hiciéronse numerosas ediciones de sus libros; sus dramas se representaron con éxito en todas partes y su *Don Juan Tenorio* ha llegado á ser tan necesario como las campanas y los blandones funerarios en la noche del dia de Difuntos.

Todo esto no alimenta á Zorrilla mas que con humo...

¡El humo de la gloria!

Y con esta gloriosa aureola ha estado á punto de quedar en la situacion que él mismo predijo al concluir una de sus composiciones de este modo:

Que no importa vivir como un mendigo,
Por morir como Píndaro y Homero!

***

El poeta no ha tenido que mendigar la pension de treinta mil reales que á guisa de recompensa nacional le ha concedido por votacion unánime el Congreso.

Castelar ha tendido por él la mano; ha recordado en elocuentes períodos los méritos del poeta, su gloria artística, lo que en casos análogos se ha hecho en otros pueblos y los diputados no han tenido ni un movimiento de oposicion á tal proyecto.

¡Cuán cierto es que el arte une más que nada en el mundo!

¡Ni cómo podia ser otra cosa!

Madrid debia esta satisfaccion al gran poeta.

Este fué el pedestal primero de su gloria. Despues se fué á América. Y cuando volvió tenia el carácter de un resucitado.

Las Córtes han pensionado á un poeta que ha permanecido largos años en *el otro mundo*.

Cuando llegó, la curiosidad fué general. Fué aclamado por todos los poetas. El público acudia ansioso á oirle recitar en el teatro. Alarcon, el primoroso novelista,—como buen hijo de un pueblo inmediato á Granada,—escribió una entusiasta y original carta, dando la bienvenida al poeta. Manuel del Palacio publicó en el *Gil Blas* de entónces donosas y chispeantes imitaciones—ó más bien, parodias,—del nuevo género poético de Zorrilla..... y todo el mundo á porfía trataba de conocer al poeta romántico que habia salido de España con largas melenas y volvia casi con tonsura.

Aquel entusiasmo se apagó un poco.—En Madrid se necesita cada dia un nuevo atractivo. La gran capital devora sus juguetes con voracidad monstruosa.

Años despues Zorrilla emprendió sus lecturas públicas en el Ateneo. Ese *Cid* que los lectores de la *Ilustracion artística* han visto con tanto lujo impreso, fué aplaudido, en gran parte, y aclamado en el Ateneo madrileño.

¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué fervor! ¡qué entusiasmo! ¡qué delirio!

Yo escribí entónces en el *Globo* largos artículos haciéndome eco de aquellas lecturas.

Una vez—era de noche;—en el salon de retratos me pareció que la fisonomía pintada de Zorrilla movia los ojos, y que sus labios se entreabrian para dar salida á esta frase:

¡Muchas gracias, señor periodista.., muchas gracias!

¡Pero D. José Zorrilla en persona no me dió las gracias nunca!

¿Qué me importaba á mí?

Mi objeto no era otro que contribuir á aclimatar esa fiesta de las lecturas públicas que tanto habla en favor de la cultura de los países donde se practican.

Despues Zorrilla pasó una gran temporada en Barcelona, donde segun él mismo afirmaba halló una hospitalidad franca y cordialísima.

Y no sé ya dónde fué á parar al salir de Barcelona.

Sin duda comenzó esa peregrinacion por las ciudades de España, en cuyo curso le ha interrumpido el Sr. Castelar con sus elocuentes acentos.

¿Qué hará Zorrilla ahora? ¿Seguirá en sus excursiones? ¿Las interrumpirá?

Hé aquí una cosa con que no habian contado algunos pueblos de importancia que contando con los dedos habian sacado la cuenta de que al fin y al cabo les tocaria el turno de ver á D. José Zorrilla.

Un habitante de una poblacion por cuyas calles no ha vagado todavía el *trovador errante* me decia:

—Comprendo y aplaudo la pension; pero no debian satisfacerle la primera mensualidad hasta que no hubiese terminado el ciclo de sus correrías. ¡Igualdad ante la ley! ¡Todas las poblaciones deben ser iguales ante la poesía!

***

No hace mucho que la prensa de Granada tuvo un arranque que la ennoblece y ensalza sobremanera.

Inició el pensamiento de coronar á D. José Zorrilla, con gran solemnidad, en uno de los salones de la Alhambra.

El cantor de Granada merece este agasajo de los granadinos.

¿En qué estado se halla la cuestion? No lo sé. Pero se me antoja que está paralizada.

Seria sin embargo un espectáculo soberbio.

Toda la prensa de Granada, los escritores, las autoridades, las personas delegadas de Madrid y provincias, discursos, músicas, aclamaciones, el gozo en todos los semblantes, los recuerdos árabes de la sala de la Alhambra, la emocion, el delirio, el sol y la naturaleza de Andalucía.. ¡Qué cuadro tan magnífico para un pintor de inspiracion y talento!

***

En una de sus últimas poesías Zorrilla ha hecho su genealogía del siguiente modo:

Mi madre fué una alondra,
Mi padre un ruiseñor.

Y sin duda recordaba esto un diputado que despues del discurso del señor Castelar salió al salon de Conferencias diciendo:

—¡Ea!... Ya le hemos votado al poeta su racion anual de mijo y de cañamones!

PEDRO BOFILL

Madrid 20 de julio 1883.

NUESTROS GRABADOS

UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA, cuadro por Inglada

Encima del portal de ese casucho hay un poste en que se lee: *casa de comida.*

Si supiera V. qué mal se come en esa casa.....

Pero, en cambio, qué bien se baila.....

Este es el secreto de su éxito.

No hay inglés cuyo *spleen* resista las viradas de una *bailaora* de la tierra de María Santísima.

Pues ¡y el gracejo de las *jaleaoras!*.... ¡Y la *vis* del acatarrado *cantaor!*....

De suerte, dirán Vds., que el autor de estas líneas es aficionado á lo flamenco....

Distingo: cada cosa en su lugar. Bien está un santo en un altar y bien está una Vénus en un Museo.

Allí, en la tierra de Andalucía, en aquella deliciosa vega granadina que hizo olvidar á los árabes su país natal y entrever un pedazo del paraíso de Mahoma; ó asimismo cabe la corriente del Guadalquivir, en los barrios bajos de aquella ciudad que el rey santo tomó á los moros, pero que despues de siglos continúa siendo tan morisca como ántes; cuadra al forastero oir los acordes de la guitarra, que parece el eco del gemido del árabe errante á merced de su corcel; ó presenciar una de esas danzas que traen á la memoria las voluptuosas ondulaciones del cuerpo de una bayadera, plegándose, irguiéndose y replegándose como una serpiente sobre los marmóreos mosaicos del Alcázar.

Pero de esto á trasladar esos cantos y esos bailes á los salones de la aristocracia; de esto á elevar un café *flamenco* á la categoría de teatro; de esto á adoptar los trajes, las costumbres y el *argot* de la gente del bronce, en competencia con las modas, la urbanidad y el habla propias de las personas de buena educacion, hay la misma distancia que de un torneo de la Edad Media á una corrida de toros de los tiempos presentes.

En el órden moral, como en el órden físico, el uso y el abuso son dos paralelas de imposible encuentro. El vino cuyo uso moderado repara las fuerzas de un enfermo, produce la embriaguez que es el más feo de todos los vicios y la más funesta de todas las enfermedades.

Enhorabuena, pues, nos plazcan las costumbres populares, pero miéntras á costumbres de cierta parte del pueblo se reduzcan. Sacarlas de su escena natural equivale á vestir á una gitana de gran duquesa ó á un sietemesino de bravo de Venecia.

Colocad la deliciosa escena de nuestro cuadro debajo de los artesonados de un palacio, y tendremos un verdadero adefesio.

LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder

El asunto de este cuadro es un feliz argumento en accion contra la multitud de los pretendidos filósofos que esgrimen sus armas en detrimento del matrimonio. Oid á esos *colegiales desengañados* ó á esos solterones por desengañar, á quienes todo se les va poniendo en ridículo la más trascendental y útil de las instituciones cristianas, y resultará que el mundo vendria á ser un paraíso anticipado sin la *odiosa cadena* que une indisolublemente el cuerpo y el alma de dos mortales.

¡Pobres gentes! Son incapaces de comprender las inefables delicias que entraña la fusion de dos pensamientos en un solo pensamiento de felicidad recíproca; son incapaces de gustar la satisfaccion que resulta de labrar la dicha de la persona á nosotros unida con el más íntimo afecto; son incapaces de presentir la fruicion inexplicable con que la fiel esposa y el fiel marido adivinan las inminentes delicias de la paternidad legítima.

Por supuesto que la *luna de miel* no es miel ni es luna, sino acíbar y tinieblas, siempre que se trata de uno de esos matrimonios de conveniencia, por desgracia harto generalizados, en que se suman los capitales y no los afectos de los contrayentes. Pero esta union reprobada no es ni puede ser la institucion de Jesucristo, que elevó la dignidad de la mujer á la altura de la del marido, haciendo á entrambos copartícipes de un mismo hogar, sin tener en cuenta quién ha pagado el mobiliario, ni quién sufraga el gasto de todos los dias.

En nuestro grabado todo respira armonía y tranquilidad. La mujer emplea su talento en ser agradable á su marido; este concentra todo su sér en la contemplacion de su esposa. El conjunto tiene los atractivos de un paraíso doméstico sin serpiente.

¿Se introducirá el reptil por alguna rendija? Hemos de creer que no. Aun á trueque de pasar por muy inocentes, lo cual nos importa poco teniendo la conviccion de que estamos en lo cierto, somos de los que sostienen que el matrimonio es la fortaleza más inexpugnable en que la humanidad puede albergar su dicha.

PLACERES DE ESTÍO, por F. Friedrichsen

Decididamente hace calor.

Cuando arde sobre nuestra cabeza el sol de julio, cuadros como este son una tentacion, un verdadero suplicio de Tántalo.

Es como si á un gastrónomo hambriento le enseñaran por un ventanillo el *buffet* de un *restaurant* de primer órden.

Pedimos perdon á aquellos de nuestros lectores que están imposibilitados de aspirar las frescas brisas de los Pirineos ó de los Alpes, por escribirles esa especie de ¡trágala!

Y lo es, con efecto, la escena que reproducimos. Difícilmente se puede dar un cuadro más seductor, animado por personajes más simpáticos.

En el centro de un bosque exuberante, á la sombra de copudos árboles que luchan ventajosamente contra los rayos de un sol canicular, es de ver un apacible lago, invitando á zambullir el cuerpo en sus límpidas aguas.

Ni este lago es ninguno de los tan celebrados de Suiza, ni nuestras ondinas pertenecen á la clase de aquellas *damas* que durante el verano abandonan las aceras del *boulevart* italiano por las playas de Trouville.

Nuestro lago es un lago casero. El placer que se dan esas jóvenes campesinas está al alcance de la mayoría de los mortales, sin necesidad de traspasar la frontera, ni hacer una *toilette* de baño tan esmerada y más comprometida que la de un baile.

Pero... ¡es tan agradable comer el *pan de la emigracion* durante los meses de verano!....

Donde dice pan, léase bizcocho, ó salmon, ó capon del Mans trufado. Es cuestion de maravedises....

El placer, como la felicidad que es el estado normal del placer, se busca siempre mucho más léjos de lo que es costumbre se encuentre. Nuestras bañistas son unas sibaritas de la hidroterapia que no han dado un céntimo de beneficio á los accionistas de ferro-carril alguno.

Y sin embargo, han descubierto un baño natural, que en manos de un empresario francés ó suizo produciria la fortuna de una comarca.

Verdad es que, en tal caso, las hermanitas de nuestro cuadro se bañarian con ménos tranquilidad y algunas más precauciones. Tan simpáticas son, que merece la pena de respetar su honesto placer de estío.

Suplicamos á nuestros lectores que no traten de averiguar dónde se encuentra ese delicioso baño....

DOS FILÓSOFOS, cuadro por G. Sus

Este grabado es copia de un dibujo del pintor Gustavo Süs, cuya especialidad era el mundo alado y sobre todo el de las avecillas en su primer período de existencia. Los dos polluelos de dicho grabado acaban de salir del cascaron y apénas saben hacer uso de sus patitas. ¿Esperan, en su inmovilidad, ese impulso de la vida individual é independiente, que tal vez presientan ya, ó meditan, no bien salidos á luz, en el debatido problema de la prioridad cronológica del huevo ó la gallina? Lo ignoramos; lo cierto es que para su tierna edad parecen demasiado pensativos, y que no se adivinan así como se quiera los pensamientos de un pollo!

ENSAYO DE UN GLOBO DIRIGIBLE

Hace pocas semanas se ha ensayado en Berlin un nuevo aparato aerostático provisto de paletas helizoidales y un timon, movidos á brazo por el aeronauta inventor doctor Wölfert. Tres veces subió y maniobró, mas aunque pareció mantenerse á ratos estacionario, y hasta que se dirigia algun tanto contra el viento, al fin siguió siempre la corriente del aire indicada por un pequeño globo-correo despedido por el navegante aéreo. Si la fuerza de este último era insuficiente, ó si eran demasiado pequeñas las hélices, ó bien si todo el sistema resultó ineficaz, no se sabe todavía, hasta que el autor se explique; pero sea como quiera, no hay que desesperar de que la navegacion aérea tenga algun dia solucion feliz; puesto que desde la última guerra franco-alemana, y desde la invencion de motores baratos movidos por gas ó por la electricidad, ha alcanzado este problema un impulso y una importancia que jamás ha tenido ántes.

SELVA VÍRGEN, dibujo por F. Lindner

A pesar de lo poblada que está la Europa, y de las continuas talas de montes y bosques que tanto han cambiado las condiciones climatológicas de algunos países, todavía hay regiones, particularmente en Alemania, donde la implacable hacha del leñador ha respetado las primitivas selvas. Una de las existentes, frondosa, densa, en la cual la naturaleza ostenta su prodigiosa exuberancia, ha inspirado al notable paisajista Lindner el dibujo cuya reproduccion publicamos, y por el cual puede formarse una idea de lo que seria la Tierra en las épocas primitivas en que el hombre aún no habia hecho desaparecer, obligado por sus crecientes necesidades, los innumerables vegetales que constituian una de sus mejores galas.

EL DUENDE ENAMORADO

Nos hallábamos en la villa de Arjona, en una casa vieja y desmantelada de nuestro amigo R.—Era una noche del mes de noviembre de 1873, fria y lluviosa, y estábamos junto al fuego sin saber en qué entretenernos. Zumbaba el viento, y nos mandaba por el cañon de la chimenea como un quejido lastimero.

—Estamos en el mes de las ánimas, dijo F. Alguna de ellas viene á pedirnos hospitalidad, y colándosenos por el tejado nos cuenta alguna triste historia en lenguaje que no entendemos.

—Lo dices en broma, observó R, y sin embargo no seria del todo imposible que alguna alma, del cielo ó del infierno, ó acaso del purgatorio, traida por el aire cuyo zumbido oimos, estuviera ahora en este escondrijo solicitando algo que para nosotros es misterio. No sabemos de qué facultades están dotadas en el otro mundo las almas de los justos y de los réprobos; hay quien supone, y paréceme que en esto nada hay que se oponga al dogma, que Dios permite á veces á las unas y á las otras visitar la tierra, vagar, digámoslo así, por los lugares que habitaron durante su existencia mortal, y áun mantener cierto comercio con los vivos....

—Explícate, porque me parece que vas á desbarrar, interrumpí yo, sonriendo ante la seriedad que iba tomando el semblante de R.

—Pues prosigo, continuó él formalmente, miéntras F y yo tomábamos en nuestras butacas una postura cómoda para escucharle, reservándonos el derecho de quedarnos dormidos cuando la exposicion de su doctrina empezase á cansarnos.—Iba diciendo, amigos mios, que el comercio de las almas de los difuntos con los vivos es cosa que ningun cristiano, medianamente instruido en los misterios de su fe, pone en duda. Respecto del trato que por nuestra desgracia podemos mantener con los réprobos, harto nos lo atestigua la Iglesia en el mero hecho de tener sus exorcistas. En cuanto á la comunicacion con los espíritus bienaventurados, claramente nos la revelan las vidas de muchos santos. Privilegio éste que Dios concede á algunos de sus siervos; perdicion aquél en que el mismo Dios precipita á muchos malvados, uno y otro comercio existen, y el que lo niegue, niega la historia y la experiencia cotidiana. Ahora, que las almas que en la otra vida se hallan purgando el reato de sus culpas despues de perdonadas en la tierra, obtengan tambien á veces el permiso de Dios para venir á nuestro mundo, no se demuestra tan claramente; pero presuncion es de no pocos hombres piadosos y doctos, conformes con la creencia general y vulgar, que á las ánimas del purgatorio otorga la clemencia divina en ciertas ocasiones licencia para venir á solicitar de los vivientes los sufragios que han menester para acabar de extinguir su pena y que se les abran las puertas del cielo.

—En lo que llevas dicho hasta ahora, podemos estar de acuerdo como buenos católicos; lo difícil será que nos pruebes que las ánimas, espíritus ó almas,—que todo es lo mismo,—ya del purgatorio, ya del infierno, vienen á nosotros, cuando Dios lo permite, gimiendo como el vapor que se escapa de la caldera, ó zumbando como el viento que penetra por las guardillas, ó bramando como el huracan, ó arrastrando cadenas, ó golpeando los techos y los tabiques; en suma, asustando á los vivos en la forma y manera que se supone lo hacen los duendes.

—El cuerpo material de que se informe el alma al aparecerse en la tierra, ora para castigo de los malos, ora para implorar sufragios de los buenos, será el que se quiera. Claro es que el miedo natural á los aparecidos desfigura y abulta la forma corpórea en que se nos presentan, ó la voz con que los oimos; pero que toman forma ó sonido, es indudable, porque como séres puramente espirituales no podrian comunicarse con nosotros. El vulgo cree en los duendes, y el no vulgo en los espíritus: lo mismo es lo uno que lo otro. La única diferencia está, á mi ver, en que los espíritus son evocados, y los duendes se nos cuelan espontáneamente como Pedro por su casa sin que nadie los llame. Pero unos y otros se nos manifiestan de una manera verdaderamente sensible, es decir, por medio de los sentidos, ya por el oído, ya por la vista. La famosa Pitonisa de Endor evocó ante Saul el ánima de Samuel, y éste se apareció á aquel rey como ominosa sombra. Las modernas pitonisas — verbigracia las hermanas Brown de los Estados Unidos—evocaban los espíritus de los difuntos haciéndoles manifestarse con golpes dados en las paredes y hablando con la misma voz que sus cuerpos tuvieron en vida. Nuestra Iglesia reprueba tales evocaciones y las tiene por arte diabólica. Si quereis leer lo que acerca de esto escribió no há muchos años en una de las más acreditadas revistas europeas,—en la *Civiltà Cattolica*,—un sabio teólogo, refiriendo una terrible sesion de *espiritismo* habida en casa de aquellas *mediums* ante un jóven francés instruido y piadoso, diputado por el celoso Obispo católico de Nueva York para que le enterase de lo que allí ocurria, os convenceriais de que no anda descaminada la divina maestra y directora de nuestras conciencias.

Mas no tratemos de ahondar en esto: dejemos que unos se rian del espiritismo y que otros lo proclamen como la teología del siglo XIX; siga cada cual su sentir, miéntras sea sin merma de la santa fe cristiana; y para que no os fastidie por más tiempo esta materia, tratada macarrónicamente por los que no somos doctores, voy á leeros una curiosa historia que con ella se relaciona, y que por ser narracion verídica escrita del propio puño de mi buen padre, que Dios tenga en su gloria, conservo entre mis papeles. Ella nos hará pasar entretenidos el resto de la noche miéntras el ánima en pena que gime en este ahumado escondrijo se entera tambien del suceso ocurrido.....

—Por si le conviene ilustrarlo con notas, interrumpió F con risa burlona.

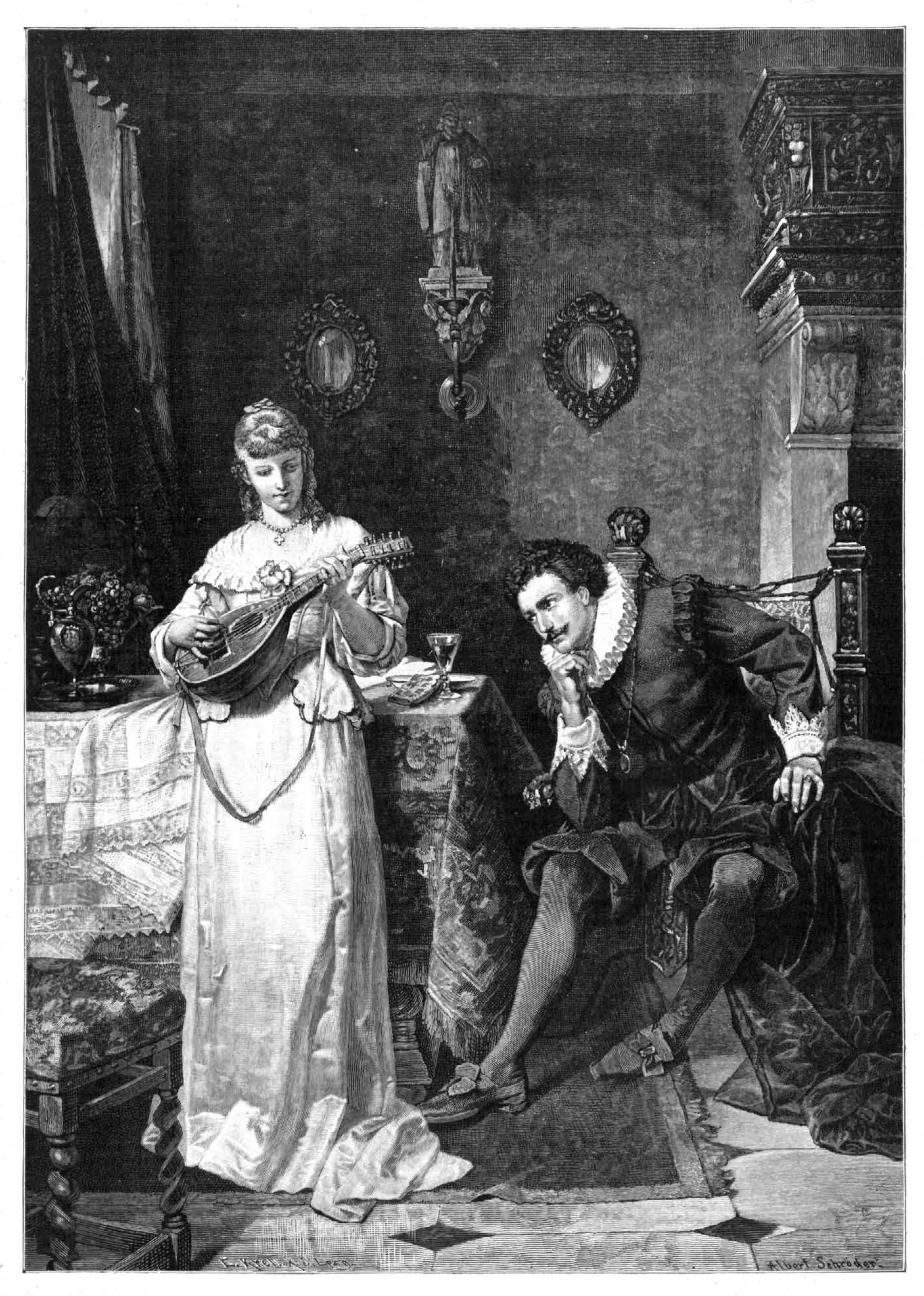
Llamó R á su criado: le pidió el habitual refresco: trájonos copas y una botella de manzanilla; y despues de brindar los tres en sufragio del alma enchufada en nuestra chimenea, tomó nuestro amigo un legajo que tenia guardado en un escritorio de nogal, vino con él majestuosamente á ocupar un velador en que ardia un quinqué de forma primitiva, desató los papeles, sacó de entre cincuenta ó ciento de varias formas y tintas, un cuaderno amarillento cosido con seda encarnada, ya descolorida, y comenzó con grave entonacion su lectura, que decia así:

«Vivia en Arjona, donde poseo la misma casa en que ella murió, una señora jóven, hermosa y honesta, sin padre ni madre, y abundada en bienes de fortuna, la cual tenia un hermano, D. Alonso de Angulo, de perversa índole, que envidioso de que sus padres, siendo él el mayorazgo, la hubieran dejado por heredera de sus bienes libres mejorándola en tercio y quinto, juró para sí no dejarla casar y matarla ántes de que pensara ella en hacer testamento, para heredarla. Un jóven llamado D. Luis Contreras, que seguia la carrera de la Iglesia, alma cándida y afectuosa, acertó á verla en una romería: prendóse de ella, cambió de vocacion, dió de mano á sus estudios, y comenzó á galantearla rondándole la casa. No le correspondió doña Lucinda,—que tal era el nombre de la rica doncella;—pero más por curiosidad que por otra cosa, se asomó alguna vez al balcon cuando D. Luis paseaba su calle; y una hermosa noche de luna, sorprendida en aquella accion por su hermano, montó éste en cólera afectando celo por el decoro de su sangre y arremetió al amante con el acero desenvainado: el acometido sacó su espada para defenderse: riñeron, llevando el agresor á su contrario á buena distancia de la casa de la hermana, y con tan mala suerte para el amartelado doncel, que recibiendo una estocada, cayó en tierra, atravesado el corazon, sin proferir un ay. El matador le dejó tendido en el arroyo y escurrió el bulto. Como el lance habia pasado sin testigos, nadie pudo declarar acerca de él: doña Lucinda tuvo buen cuidado de callarlo; su hermano D. Alonso, al dia siguiente, paseó la ciudad sin aparentar temor alguno y como muy ajeno á lo sucedido; el muerto fué enterrado; la justicia se cansó de practicar estériles averiguaciones, y la cosa quedó en tal estado.

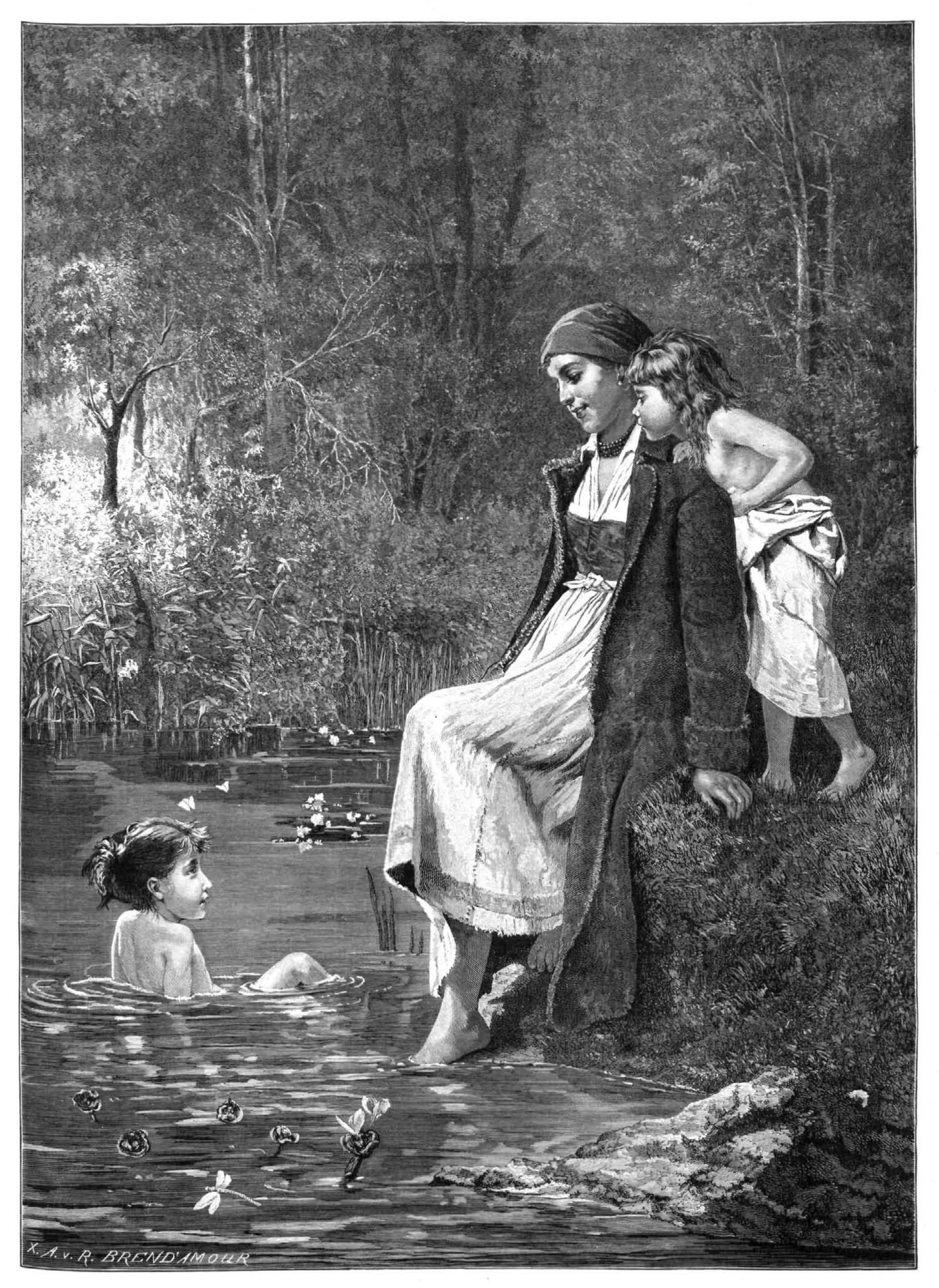
»Pero el ánima de D. Luis se apareció á Lucinda en forma corpórea, obteniendo de Dios permiso para expiar sus pecados junto á la mujer que habia sido causa de su prematura muerte.—Al dia siguiente de la catástrofe, al salir la luna, presentóse á ella en la sombra que proyectaban los arrayanes de su jardin, informando un cuerpo como densa neblina, con humanas facciones y proporciones. Lanzó un grito Lucinda, y llena de estupor retrocedió hácia el lado opuesto del jardin; pero medio aterrada y medio atraida por un irresistible iman, se detuvo en su carrera: llegóse á ella el aparecido, deslizándose por entre el ramaje suave y blandamente; al percibir la doncella el ambiente glacial que le envolvia, perdió el sentido y cayó en tierra; él la alzó en sus brazos, que la ceñian como si fueran de gasa ó pluma: depositóla tranquilamente en un banco de césped, y cuando volvió en sí, procuró tranquilizarla, descubriéndole quién era y el misterio de su aparicion, y cómo se hallaba en el purgatorio. Díjole mil ternezas, la reveló su estado en la otra vida, y que al conseguir de Dios licencia para purgar la pena de sus culpas en el lugar mismo que él habia elegido en el mundo para llegar á la suprema dicha del amor terreno, viéndose ya para siempre privado de lograrla, habia juntamente alcanzado el ser amparo y defensa de la que tanto habia amado. Prometióla que nunca la tocaria, como no fuese para salvarla de algun peligro, y le anunció que á todas horas se hallaria á su lado para frustrar las asechanzas que un hombre malvado,—no le dijo quién,—tramaria contra su vida, aunque ella no le viese sino muy pocas veces miéntras no se le aficionase y se acostumbrase á su trato.

»Lo que pasó por Lucinda no se explica humanamente. Ella, indiferente para D. Luis cuando tenia vida y forma física, le empezó á cobrar cariño viéndole en ánima y con aquel mero simulacro de cuerpo tangible. ¡Rarezas de las mujeres! Entregóse por fin llena de pasion al trato de aquel sér fantástico: todas las noches bajaba al jardin para recrearse con él en dulces coloquios, y casi sospecho que le pesó más de una vez, cuando estaba embebecida oyendo sus amores, no hallarse en algun peligro para que el duende la tomara en sus brazos. Con frecuencia ya, durante el dia, se le presentaba en los corredores, en las piezas deshabitadas, en los desvanes y en las mesetas de las escaleras, pues como aquella casa era muy grande, sobraban en ella parajes solitarios, ocultos á la escudriñadora curiosidad de los sirvientes.

»Llegó la Semana Santa y el cumplimiento de Iglesia, y doña Lucinda concibió escrúpulos de aquel comercio secreto, que, aunque casto é inocente, le parecia un tanto preternatural y ajeno de la vida cristiana de una huérfana bien nacida. Descubrió el caso á su confesor, y éste le prohibió severamente continuar en aquel trato peligroso para su alma. ¡Pero tenia su duende tanto atractivo! ¡la decia cosas tan halagüeñas!... Para cautivarla más, siempre sus discursos iban sazonados de santas aspiraciones al bien supremo é infinito, siempre al hablarla de su amor la arrebataba con elocuentes vuelos de mística embelesadora á la contemplacion de las inefables dulzuras que Dios otorga á sus elegidos en el paraíso. Los cuadros que ante ella ponia del esplendor, majestad y belleza de los tipos celestiales, de Dios Padre, de Jesucristo, de la Vírgen y de los coros de los ángeles y arcángeles, producian en ella un arrobamiento dichoso, durante el cual, mezclando afectos santos con materiales instintos, se contemplaba sublimada hasta el trono del Eterno en los amantes brazos de su querido espíritu, que la circundaba toda de perfumada neblina, como á la doncella griega de la fábula la nube del dios trasformado á quien acogia en su blando regazo. Estos goces, entre místicos y profanos, como originados del trato con un espíritu manchado de terrena escoria no aún perdida en el crisol del



LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder



PLACERES DE ESTIO, cuadro por F. Friedrichsen

purgatorio, la encadenaron de tal suerte, que dejó trascurrir años enteros sin volver á tomar consejo de su confesor: porque cada vez que, reconviniéndose á sí misma de su torpe debilidad, se proponia seguir las juiciosas amonestaciones de aquel y romper todo vínculo con el amado duende, éste, que no se separaba de ella un punto y leia en su semblante sus propósitos, daba tales suspiros, la dirigia tan sentidas y seductoras quejas, la asediaba tan dulcemente, que por fin la hacia desistir.

»Entre tanto, D. Alonso de Angulo, firmemente resuelto á poner por obra su designio fratricida, se habia presentado repetidas veces en la puerta de la vivienda de su hermana para consumarlo; pero siempre habia tenido que retroceder ante el alboroto que al aproximarse él movia el duende en la casa, sólo comparable con el ruido que hubieran podido hacer cien hombres de armas introducidos en ella.

»Ocurrió en esto que un famoso padre dominico, á quien apellidaban segundo apóstol de Andalucía, comparándole con el venerable maestro Juan de Avila por el extraordinario fruto que recogia en sus predicaciones, bajó á la provincia de Jaen á celebrar unas misiones, y en una de sus santas correrías llegó á la villa de Arjona. La fama de sus virtudes y de su maravillosa elocuencia llevó á oirle toda la gente granada de la poblacion, y á Lucinda con ella, que se presentó en la iglesia acompañada de su dueña; y tal efecto produjo su inspirada palabra en el corazon de la noble doncella, que iluminada y convertida repentinamente, se determinó á no volver á su casa sino para mudar en seguida de vida y de vivienda y olvidar del todo el dulce engaño en que habia estado malamente entretenida.

»¡Feliz y desdichada á un mismo tiempo!—Al dar las órdenes de abandonar aquella casa, le dirigió el duende palabras de amorosa pesadumbre, y reconvenciones capaces de quebrantar la más dura peña. Con voz entrecortada por amargos sollozos y suspiros, la rogó por todos los santos del cielo que no abandonase su antigua morada, porque si lo hacia, la iba á suceder un gran trabajo. Ella le desoyó con heróica fortaleza de ánimo: ejecutó su *propósito; y no bien puso el pié en su nueva casa*, el desatentado hermano, que no encontró en su umbral el tropiezo insuperable que en la antigua le habia detenido, espiando la oportunidad, penetró una noche en el aposento de Lucinda, descolgándose por una chimenea, en ocasion de hallarse enteramente sola; la dió de puñaladas, y evadiéndose por donde habia entrado, la dejó bañada en su sangre en medio de la estancia, sin que quedase allí huella de su persona.—El poder del duende no alcanzaba á defenderla fuera de su antigua morada.

»Cuando se divulgó por la villa el asesinato, D. Alonso hizo grandes demostraciones de tristeza; requirió á la justicia para que averiguase con todo empeño y celeridad quién habia sido el matador de su hermana, y ofreció recompensar con grandes sumas al que lo descubriese. Hiciéronse toda clase de diligencias, no se pudo dar con la pista del malhechor, disimulando Dios por entónces el abominable crímen, y reservándose el castigo para fulminarlo en su dia.

»Sucedia esto allá por los años 1702, cuando la majestad del rey D. Felipe V recuperaba los estados de Nápoles y del Milanesado con el esfuerzo de su brazo. D. Alonso de Angulo, heredado en los cuantiosos bienes de su infeliz hermana, fastidiado de la vida ociosa de su pueblo, se alistó para servir á su rey en la guerra de Italia, manteniendo á sus expensas una compañía de caballos; y ántes de partir, en la prevision de cualquier caso adverso de la instable fortuna, quiso otorgar testamento, y lo hizo en favor de un compañero de armas á quien debia la más desinteresada y leal amistad, y los más sanos consejos en su turbulenta vida. Este compañero suyo, llamado D. Diego de Zirate, era tio de mi abuelo. D. Alonso murió desastradamente á orillas del Pó, en el campo que lleva el nombre de *la victoria*, arrastrado por su caballo y despedazado por él en su furiosa carrera por entre las piedras y matorrales: su amigo D. Diego, llamado á recoger su herencia, volvió á Andalucía y murió santamente retirándose en sus postreros años á considerar los desengaños del mundo y hacer vida de ermitaño penitente en la sierra de Córdoba. Dejó todos sus bienes á los hospitales, y á mi abuelo unos olivares en Arjonilla y *Montoro, y en Arjona esta casa que yo habito...»*

—Es decir, añadió R dejando el papel sobre el velador, esta casa donde ahora nos encontramos. Esta fué la vivienda última de la desgraciada Lucinda.

—¡Calla! interrumpió F, ¿con que aquí fué donde ella murió asesinada?

—Y en esta propia estancia, respondió R muy tranquilo.

Inquieto F, dejó la butaca y se acercó á la ventana: el cielo se habia despejado y derramaba la luna una hermosa claridad: habia cesado el aire, la noche estaba serena, aunque fria: no se movia una rama.

—¿Cómo es, preguntó un poco alarmado, que estando ya la noche tan en calma, en esta maldita chimenea continúa soplando tan fuerte el viento, y mandándonos estos lúgubres gemidos?

—Vosotros que os reís de los duendes y de las ánimas aparecidas, me lo direis, respondió con sorna R.

Volvió éste á tomar el papel, iba á proseguir su lectura, pero bajó de repente de la chimenea una violenta ráfaga, acompañada de un lamento prolongado y desgarrador; volcóse la lámpara, quedó la pieza á oscuras, y á impulso de un viento glacial, vertiginoso como tromba y ronco como el huracan, dimos los tres en tierra, medio perdido el sentido por el golpe y el estupor.

Por aquella misma chimenea habia bajado el fratricida á asesinar á la malhadada Lucinda hacia ciento setenta años.—Las ánimas de los réprobos pueden tambien tener su infierno en los lugares donde cometieron en vida sus horrendos pecados.

PEDRO DE MADRAZO

EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA

Leyenda oriental

I

Poco ántes de que los ingleses hubieran puesto su planta invasora en la India Oriental, la Rhajah soberana de Mhosum fué desposeida de sus Estados por un hermano de su difunto marido el Rhajah. En casi todo el inmenso continente índico, las antiguas leyes, á falta de varon, admiten la sucesion femenina en el poder supremo; pero allí como en todas partes, impera el derecho de la fuerza y por tanto la Rhajah Bhadoora destronada, tuvo que refugiarse en el territorio del Rey de Benares, el cual puso á su disposicion un palacio situado en la orilla del rio Meiran.

En esta campestre morada vivia la infortunada viuda en compañía de su única hija, niña de trece años de edad, y de algunos pocos y fieles servidores que la habian seguido al destierro. Bhadoora, en su fuga, consiguió salvar sus magníficos brinquiños y joyeles de pedrería, y algunos potreros y pastores leales, atravesaron la frontera, trayéndose parte del ganado caballar y lanar perteneciente á su señora. Con estos restos de su fortuna, vivia, pues, la desolada princesa, pensando con inquietud en el porvenir de su hija, en sus perdidos dominios, y en los progresos que en su conquista hacian las armas extranjeras que ya se habian apoderado de una gran extension de litoral y de poblaciones importantes, tales como Surate y Calcuta.

Decíase que la Rhajah Bhadoora era dada al estudio de las ciencias sobrenaturales y veíasela con frecuencia mirar al cielo, contemplar las estrellas y trazar rombos y figuras en un fino pergamino de Muntazamul. Quizá distraia así la honda melancolía que la devoraba y que hacíala declinar rápidamente hácia el sepulcro.

Hilda, la hija de la Rhajah, era una niña encantadora; sus ojos parecian dos diamantes negros, su tez tenia el color mate de la rosa pajiza y nada habia comparable á la esbeltez de sus formas y á la gracia de su ademan. Llevaba grabada en cada uno de sus desnudos brazos, una hoja de serbal bravío, signo de su raza soberana, y en verdad que le justificaba, pues no podia hallarse niña más impetuosa ni más diestra en los ejercicios, casi varoniles, que constituian la educacion de las hembras de alta jerarquía, en el continente oriental. Hilda montaba á caballo como una amazona, soltaba un halcon como el más hábil cetrero, y lanzaba la flecha ó el dardo con una seguridad prodigiosa; porque aunque las armas de fuego eran ya conocidas en la India, estaban poco en uso, por causa de la repulsion hácia los inventos extranjeros.

La princesita tenia un carácter alegre y expansivo y gran necesidad de espacio y de movimiento. *Gustábala vagar por el campo, internarse en las* selvas ó bien nadar durante mucho tiempo en las límpidas aguas del Meiran.

En una de sus excursiones campestres vió á lo léjos una cabalgata que se aproximaba y se ocultó tras de un cañaveral, para verla pasar.

Era un lucido tropel de jinetes, de elefantes y de camellos africanos. Delante de todos cabalgaba un jóven de maravillosa gentileza; su rostro era hermoso y altivo, su amarilla túnica de Cachemira apénas ocultaba la varonil belleza de sus formas, y oprimia con sus nerviosas piernas los finos ijares de una yegua javanesa en cuyo azul paramento campeaban los dos lúpulos entrelazados que constituyen la divisa de la raza real de Benares.

A ella pertenecia el gallardo mancebo; era hijo y heredero del Rey; el príncipe Fel-Dor, que venia de cobrar los tributos á los ribereños del Meiran.

II

A poco tiempo despues del dia en que vió pasar la cabalgata, Hilda varió algun tanto de carácter y su madre la sorprendia algunas veces en actitud meditabunda. Los servidores del palacio achacaban este cambio al mismo sentimiento que á ellos les preocupaba, viendo á su señora envejecer rápidamente y hallarse cada vez más débil y abatida. Parecia evidente que la Rhajah hacia esfuerzos heróicos para sobreponerse á su melancolía, pero esta era más poderosa, y la vencia. La pobre madre y soberana destronada; por medio de un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió vivir algo mas de tres años, ó mejor dicho agonizar; porque en los últimos meses su existencia fué una especie de atonía en la que aquella organizacion quebrantada sólo conservaba las facultades intelectuales.

Hilda, comprendiendo que pronto iba á perderla, apénas se separaba de su madre y casi habia renunciado á sus habituales ejercicios y excursiones.

Por fin llegó el trance previsto. La Rhajah murió á la puerta de su palacio, sentada sobre un escabel de bambú, mirando hácia la parte de Occidente en donde estaban sus perdidos Estados, estrechando con una mano la de su hija y teniendo en la otra un rollo de pergamino.

Sus últimas palabras, pronunciadas con una voz que parecia el eco de la eternidad, fueron estas:

«Hija mia: ahí tienes estos dos pergaminos, pero no leas más que el que está abierto; en ellos te lego mi alma, mi voluntad y mi esperanza de tu porvenir.»

Y Bhadoora exhaló el último suspiro.

Renunciamos á expresar el dolor de la jóven y huérfana princesa; el pintor tiene el colorido, el escultor la actitud, el músico la melodía que puede trasformar en lamento; pero la pluma se siente impotente en la anunciacion de los grandes infortunios.

Uno de los pergaminos estaba, como ya sabemos, abierto, el otro cerrado y sellado con el sello real de la Rhajah.

El primero estaba escrito y decia así:

«Hija de mi alma, pedazo de mis entrañas, fruto de un amor el más grande y más desgraciado, perfume viviente que apénas me ha sido dado aspirar en la vida; ya no me verás nunca, pero yo sí. Yo poseo el secreto de la muerte; la parte material y visible se trasforma; pero el espíritu que vivió en nosotros es eterno é inextinguible como las siete lámparas que arden ante el ara de la diosa Dheera. Yo seguiré tus pasos en la tierra, mirándote como esos astros que miran al mortal, aunque se ocultan de él en las inmensidades del cielo. Te conozco, como que te he trasmitido mi sangre; nunca la bajeza ni el vicio pueden llegar hasta tí, siempre serás pura como las aguas del Rio Sagrado; pero además yo quiero que seas feliz.

»Con este objeto sólo te encargo dos cosas y te impongo dos mandatos: hélos aquí:

»*En primer lugar nunca*, en ningun trance de la vida te separarás de Oronti, porque Oronti es la mitad de tu sér y á él están unidos para siempre tus futuros destinos. Para colmar estos, es necesario que conserves en lugar seguro ese pergamino, que no debes abrir ni leer hasta que llegue el primer dia del siglo venidero y con él el primer dia de la luna de las flores. Entónces, á la hora sexta de la tarde, tú, sentada en la *piedra sagrada* de la orilla del Meiran y Oronti junto á tí, sobre la arena, romperás ese sello y oirás la voz de la eternidad.

»Hija mia: velo por tí. Si el alma de las madres se extinguiese, no existiria la maternidad.

»Bhadoora. Rhajah de Mhosum.»

Hilda leyó este escrito y cumplió estrictamente los mandatos de su madre..... pero ya es tiempo de que sepamos quién era Oronti, *mitad del sér* de la princesa.

III

Ocho meses ántes de morir, aunque ya se sentia muy débil, Bhadoora hizo un extraño viaje hácia la parte del Himalaya. Por los pocos servidores que la acompañaron se supo que habia visitado al sabio bonzo Clan-durs que habitaba una gruta de la colosal eminencia; pero sólo la Rhajah penetró en ella permaneciendo allí dos dias con sus noches. Cuando volvió á su palacio en donde habia quedado Hilda, dijo á esta entregándola un objeto:

«Toma, ahí tienes tu compañero por toda la vida.»

Aquel objeto, y le hemos dado este nombre á falta de otro mejor apropiado, era Oronti, el sér más maravilloso que ha existido en la India, el país de los prodigios. Oronti tenia la vida, la figura y los sentidos humanos, pero no nos atrevemos á asegurar que pertenecia á la humanidad; porque humanidad quiere decir carne y huesos y Oronti carecia de la una y de los otros. Su epidermis estaba formada de una especie de talco sonrosado, dúctil, en el que se sentia el calor de la vida; una abundosa cabellera de color oscuro coronaba su frente, cayendo por ambos lados de la cabeza, sus facciones eran de una belleza inaudita y estaban dotadas de movilidad y expresion, y únicamente sus ojos, sin niñas, demasiado grandes en relacion á su cuerpo, hallábanse siempre fijos, sin reflejar nunca los deseos ó las sensaciones; aquellos ojos que tenian el color el brillo, y la dureza del diamante deslumbraban, mas parecian muertos.

Oronti era enano y pigmeo, porque, ¡cosa incomprensible! su estatura agrandaba ó disminuia á su

voluntad; pero no traspasando jamás la medida de un metro escaso, ni reduciéndose á ménos de una pulgada; solamente su cabeza conservaba siempre las mismas dimensiones. Esta extraña figura estaba dotada de una agilidad portentosa y daba tales saltos que parecia tener alas invisibles. Su cuerpo despedia una fragancia en la que se mezclaba el punzante olor de la canela y el suave aroma del tamarindo.

Pero el principal encanto de Oronti consistia en su voz y en su palabra. Con aquella *voz de plata*, como dice Balzac de un timbre débil pero claro y armonioso, aquel extraño sér entonaba canciones en las que la melopea se unia á la palabra y los más ingeniosos relatos se destacaban de entre un torrente de trinos y de gorjeos.

Oronti era un ruiseñor que hablaba.

¡Y qué cosas decia tan tiernas y embelesadoras! ¡De qué modo tan inaudito explicaba los arcanos de la naturaleza! Segun él el aire tiene á su servicio geniecillos invisibles, encargado cada uno de ellos de una mision especial. Uno toma el pólen de la palmera macho y le lleva á largas distancias para fecundar á la palma hembra; otro, buzo de los mares y de los rios, desprende de los bajos, partículas de algas y lamas, los saca á la superficie de las aguas para que la accion del sol los trasforme en perlas y corales; ó bien en las corrientes dulces corta el tallo de la valisneria del fondo, para que suba á unirse amorosamente á la valisneria que flota en las linfas exteriores. Los genios gnomos salen del corazon de las piedras calcáreas, y exponiendo pedazos de ellas á la elaboracion del astro del dia, vuelven á encerrarlos convertidos en diamantes. Oronti pretendia conocer y explicar los diferentes gritos de los animales y especialmente el de los pájaros. Disfrutaba de extraños privilegios; cuando se arrojaba á la corriente del Meiran, los peces en vez de huir nadaban á su lado; cuando por medio de uno de sus prodigiosos saltos caia de improviso en la copa de un árbol, las aves no se espantaban, continuando meciéndose en los ramos ó arrullándose en los nidos; bien es verdad que á ningun animal hacia daño. Sólo tenia un enemigo: el hajc, esa terrible sierpecilla de la India, cuyo veneno es mucho más activo que el del ácido prúsico. El ágil enano buscaba y perseguia á los hajes, cogíalos con sus deditos y con singular destreza les quebrantaba la columna vertebral.

Oronti se alimentaba principalmente con la destilacion gomosa de la ceiba indiana, y parecia no tener necesidad de aire respirable; pues reducido á su más mínimo volúmen, acompañaba siempre en sus excursiones á la princesa, metido largos ratos en los bolsillos interiores de la túnica ó del vernuz de esta; pero cuando Hilda fatigada, sentábase á descansar y á veces se dormia en la ribera del rio ó bajo los verdes palios de una umbría, el enano vigilaba en torno de ella. En una ocasion la audaz cazadora se internó en la comarca del Asga, en donde abundan las fieras, y rendida de calor y de cansancio, durmióse profundamente.

Oronti jugueteaba á su lado. De repente oyó ruido, se adelantó hácia donde se producia, y vió venir un tigre rastreando entre los marjales. El enano retrocedió y sacó de la vaina un puñalito que la princesa llevaba pendiente de la cintura y salió al encuentro del enemigo. La fiera viendo aquella figurilla que se movia, detúvose asombrada, y en el momento en que se encogia para lanzarse, Oronti saltó rápidamente sobre su lomo, y haciéndola una incision en la parte izquierda del cuello, la dejó muerta instantáneamente.

Hilda estaba embelesada con todas estas maravillosas cualidades de su querido enano; holgaba, pues, el mandato de la Rhajah Bhadoora; aquella no se hubiera separado de él por nada en el mundo.

¿Qué niña poseyó nunca juguete más lindo, qué princesa tuvo jamás un enano tan gracioso y tan inteligente, como la princesa Hilda de Mhosum?

IV

Quince dias despues de la muerte de su madre, Hilda recibió un mensaje del príncipe Fel-Dor, en que la decia que tanto su glorioso padre el Rey de Benares, como él mismo, deploraban la inmensa desgracia que pesaba sobre ella; ofreciéndola hospitalidad en la *Ciudad Régia*, en donde su orfandad seria ménos desolada y se hallaria al abrigo de los *Estranguladores*. Constituian estos una secta misteriosa y terrible, que impulsada por el fanatismo religioso, sacrificaba en aras de no se sabe qué feroz divinidad, á cuantas víctimas caian en sus manos. Desde hacia poco tiempo, en todas partes se encontraban cadáveres estrangulados, y más de una morada campestre habia sido asaltada y destruida.

(Continuará.)

F. MORENO GODINO

DIVISIONES DEL DIA

Hay un modo de enseñar (que es el trascendentalmente científico) en el cual el Maestro se dirige sólo á la inteligencia. Hay otro modo de enseñar (que es nocional solamente) en que el Maestro no aspira más que á impresionar la imaginacion. El uno es á la vez cualitativo y cuantitativo. El otro cualitativo únicamente. El primero presenta todos los casos dentro de su ley. El segundo exhibe sólo algunos ejemplos de fácil percepcion intuitiva, y deja vislumbrar que todos los demás casos oscuros son de la misma clase que los fácilmente perceptibles. Toda enseñanza debe, pues, empezar por este segundo método; porque así *todos tendrán nociones; y las nociones se convertirán más* fácilmente, profundizando el estudio, en conocimientos enteramente científicos.

No hay nadie que, cerrando los ojos, no vea en su imaginacion un triángulo regular y un cuadrado. El pentágono, ó polígono de cinco lados, no se ve ya sino por los que tienen alguna educacion geométrica: el exágono vuelve á verse imaginativamente por todo el mundo, con tal de que préviamente se sepa qué es un polígono regular terminado por seis rectas. El heptágono no se ve ya bien imaginativamente ni áun por los geómetras; vuelve á verse el octógono; y nadie percibe ya el eneágono, ni el polígono regular de trece lados, ni el de 15 ni el de 31 ni el de un millar ó de muchos millares; y, sin embargo de ser absolutamente invisibles para la imaginacion los polígonos regulares de muchos lados, para la inteligencia es tan conspicua la idea de superficie *cerrada por tres*, como por cuatro, como por cientos ó por miles ó por millones de rectas.

Hoy que, merced á la iniciativa del Congreso de los Estados Unidos de la América del Norte, excita tanto interés el importante problema de la cuenta de EL TIEMPO COSMOPOLITA, se oye preguntar á muchas personas de posicion, y aun de carrera, sobre las bases del nuevo cómputo internacional; pero muy pronto se echa de ver que las dudas proceden, no sólo de deficiencia respecto del concepto científico de la palabra DIA, sino tambien, y esto es lo más lamentable, de carencia absoluta de conocimientos respecto de su nocion imaginativa.

Todo el mundo sabe hoy que la tierra tiene un movimiento de rotacion y otro de translacion alrededor del Sol. (Además nuestro globo posee otros movimientos; pero de ellos puede hacerse caso omiso cuando sólo se trate en general de las divisiones del dia.)

Sábese tambien que los pueblos civilizados cuentan actualmente tres clases de dia: el dia sidéreo, ó de las *estrellas; el dia natural del sol; y un dia solar medio ó ficticio.*

Pero pocos se dan cuenta de lo que son estos dias diferentes; y, sin embargo, es muy fácil imaginarlos POR ANALOGÍA de movimientos.

En efecto; colóquese en el centro de una habitacion una mesa y en ella una luz, y supóngase que esta luz representa al Sol. Imagínese luégo que una veleta distante (ó cualquier otro objeto lejano, y visible desde la habitacion á través de su ventana) representa á un lucero cualquiera de los que pueblan el espacio. Con esto ya tenemos simbolizados al Sol y á una estrella, y sólo nos falta simbolizar tambien al globo en que habitamos. Fácil tambien. Póngase á dar vueltas alrededor de la mesa una persona, girando al propio tiempo sobre sí misma, como si estuviese walsando; y considérese esta persona como representante de la Tierra. Cuando esté de cara á la luz, ó sea al simbolizado Sol, será de dia; cuando esté de espaldas á él, será de noche: cuando (girando siempre sobre sus piés) haya dado una vuelta alrededor de la mesa, *habrá transcurrido un año (siempre en estas hipótesis representativas)* y, generalizando estas simbolizaciones adecuadamente, ya podremos, por analogía, entender la diferencia que va de los dias sidéreos á los dias solares.

Colóquese, pues, la persona en la prolongacion de la línea que une al Sol con la estrella, ó sea de cara á la luz y á la veleta, lo que significa que para el observador son las doce del dia solar. Empiece entónces su doble movimiento: de translacion alrededor de la mesa, y de giro como de wals alrededor de sí propio; y cuando (trasladándose siempre) haya verificado una rotacion completa sobre sus piés, se hallará otra vez de cara enteramente á la veleta, pero no á la luz; pues, para ponerse del todo frente á la luz, tendrá que girar todavía un poco más. Es decir, que el dia de la estrella se ha verificado ántes que el dia del Sol; ó lo que es lo mismo, que el dia sidéreo es más corto que el solar. Y esto se le hará más y más evidente á la persona en cuestion, miéntras más y más adelante en su translacion alrededor de la mesa, girando siempre sobre sus piés, como si walsára: porque siempre en sus rotaciones se hallará de cara á *la veleta ántes que de cara á la luz; y tanto lo notará* cuando haya dado media vuelta alrededor de la mesa, esto es, cuando haya llegado á interponerse entre la veleta y la luz (ó sea entre la estrella y el Sol) que, entónces se hallará de cara á la estrella y de espaldas al Sol; es decir, que entónces serán para él las doce de la noche del dia solar y el principio del dia sidéreo; y, á fin de que suenen para él las doce del dia solar, ó sea para ponerse de cara á la luz, tendrá que hacer medio giro completo sobre sus piés, volviendo, por consiguiente, sus espaldas á la estrella.

Hé aquí ya lo suficiente para comprender POR ANALOGÍA que el año sidéreo tiene un dia más que el año solar.

Si fuera un círculo el camino recorrido en un año por la Tierra alrededor del Sol; es decir, si siempre distara igualmente nuestro globo del gran astro central, no habria irregularidades en la marcha de los dias; pero la órbita terrestre no es circular, sino elíptica; y por esto parece que el Sol durante el año camina con suma irregularidad. Contribuye tambien á esta irregularidad el hecho de girar la Tierra sobre sí misma alrededor de una línea inclinada respecto del plano de su órbita; (inclinacion de que principalmente depende la diferencia de las estaciones. Pero esto no es necesario para la inteligencia de lo que hay que decir respecto de las diferentes clases de dias.)

Llámase, pues, dia sidéreo el intervalo entre dos trán*sitos inmediatamente sucesivos de la misma estrella fija* por un meridiano cualquiera: espacio de tiempo que tiene de notable el que señala el TIEMPO ABSOLUTO de la rotacion de nuestro globo.

El dia solar natural es el espacio de tiempo que media entre dos tránsitos sucesivos del Sol por un mismo meridiano. Pero este espacio de tiempo no es de la misma duracion en todas las épocas del año, por la razon ántes indicada de la irregularidad aparente del movimiento solar (que en realidad lo es del de la Tierra).

Este dia natural del Sol es en una estacion 14 minutos y 32 segundos más corto de lo que debiera ser si el movimiento del Sol fuera uniforme; y en otra estacion 16 minutos y 17 segundos más largo; por lo cual la máxima diferencia anual asciende nada ménos que á 30 minutos y 45 segundos.

Ha sido, por lo tanto, convenientísimo inventar un dia artificial, de duracion uniforme en todas las épocas del año; y este es el dia solar medio ó civil, que aspiran á señalar los relojes ordinarios (los cuales, naturalmente, difieren mucho, por su marcha regular, de la muy irregular de los relojes de Sol).

El dia solar medio es, pues, el dia de un Sol ficticio que caminara uniformemente airededor del ecuador terrestre en el mismo tiempo que invierte el Sol verdadero en volver de un equinoccio á otro; ó sea en el espacio de un año.

Y, hechos los cálculos correspondientes, resulta que el dia sidéreo dura sólo 23 horas, 56 minutos y 4,09 segundos de un dia solar medio; y que este, por tanto, es mayor que el dia sidéreo casi 4 minutos: (3^m 55,9094.)

Como se sabe, el dia civil (que es el dia solar medio) en España, en Inglaterra, en Francia, en América.... empieza á media noche, cuando el Sol está en nuestro antimeridiano. Pero ese mismo dia en los observatorios astronómicos empieza siempre á las 12 del dia civil. Las horas *del dia civil se cuentan desde la 1 hasta las 12*, dos veces cada 24 horas; pero las del dia astronómico se computan desde la 1 hasta las 24 consecutivamente; por manera que, sólo desde medio dia hasta media noche coinciden las horas astronómicas con las civiles. Así las 11 del dia civil 1.° de enero de 1883 eran las 23 del dia astronómico 31 de diciembre de 1882.

Los italianos, los bohemios y los polacos tambien dividen el dia en 24 secciones, desde la una hasta las 24.

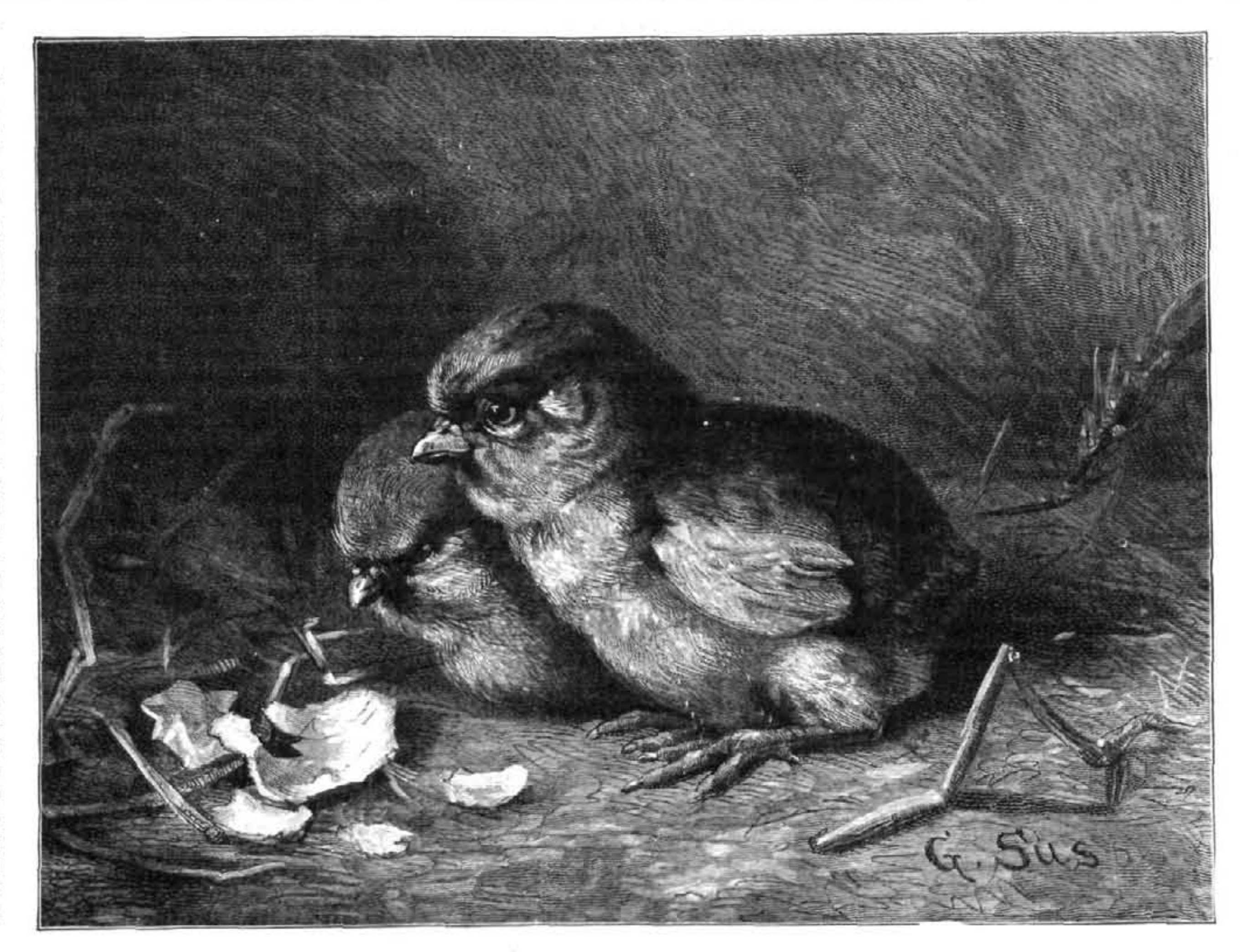
No hay sistema ninguno que haya variado tanto en las naciones antiguas y modernas como el del inicio y el de las divisiones del dia. El hombre ha tomado unas veces como inicio del dia la salida del Sol; otras la puesta; ó bien el medio dia; ó la media noche; ó el crepúsculo, ó una hora ántes de media noche.... y ha dividido la duracion de una rotacion terrestre en 2, en 12, en 24, en 144 partes desiguales; ó bien en 2, 4, 6, 8, 12, 24, 48, 60, 96 y 100 partes iguales; sin contar por supuesto las subdivisiones de estas partes en otras mínimas; ó sea en minutos; ó sus análogas iguales ó desiguales; y hé aquí porqué es la cronometría una ciencia de grandísima dificultad y *que supone erudicion vastísima; y el porqué es tan difí*cil señalar exactamente la fecha de un suceso antiguo importante, especialmente los astronómicos; como, por ejemplo, los interesantísimos eclipses observados en Babilonia.

EN GENERAL, los antiguos babilonios, persas, sirios, griegos, empezaban á contar el dia con la salida del Sol. Los indios, los atenienses y los galos empezaban tambien así su dia civil; pero su dia sagrado comenzaba al ponerse el Sol. Hoy cuentan igualmente los japoneses desde la salida del gran astro. Los árabes antiguos, y los modernos, han empezado siempre desde medio dia; como nuestros astrónomos actualmente. Los marinos, desde esa hora tambien principian á contar sus guardias. Los judíos, los turcos y algunos pueblos austriacos é italianos desde la puesta del Sol. Los mahometanos no árabes, de un crepúsculo á otro. Los egipcios empezaban su noche 6 horas ántes de nuestra media noche y su dia 6 horas ántes de nuestro medio dia. Tambien, como nosotros, comenzaban su dia á la media noche. Esto hacian tambien los astrónomos del Catay y de las Indias orientales. Los *chinos dan principio á su dia, cuando segun nuestro cóm*puto son las 11 de la noche.

Pues si tanta variedad hay respecto del inicio de una rotacion diurna de la tierra, mucho mayor es la multiplicidad de las divisiones de ese propio espacio de tiempo.

Al principio sólo se conocieron en el Occidente las vagas y variables distribuciones del dia en amanecer, mañana, tarde, anochecer y noche. Luégo se fraccionó solamente el espacio de la duracion de luz solar: mucho despues el de la duracion de la noche. Los pueblos babilonios, persas, sirios, griegos, y otros, sólo conocian divisiones para la madrugada, mañana, medio dia, tarde y prima noche. Los indios efectuaban 4 divisiones: tarde,

mañana, medio dia y noche, siendo las dos primeras mayores que las dos últimas. En Roma, durante mucho tiempo, sólo se anunciaba, á toque de trompeta, el paso del Sol por el meridiano. Pero, no bien se introdujo en Roma el primer reloj de Sol (293 antes de J. C.) aparato conocido hacia ya mucho tiempo de egipcios, indios, caldeos, babilonios y persas, se dividió el tiempo de luz solar en un número constante de horas, siempre en 12; de donde resultó que, el dia mayor del año, tenia cada hora 75 de nuestros minutos; y solo 45 el más corto, siendo sus horas únicamente dos veces al año (en los equinoccios) iguales á las nuestras. Lo mismo hacian los griegos. Este sistema de divisiones desiguales del dia rige aún en el Japon, donde se divide el tiempo de luz solar en 4 partes: una, desde la salida del Sol hasta medio dia; otra hasta la puesta; otra hasta media noche, y otra hasta el orto. Cada una de estas cuatro porciones desiguales se subdivide luégo en otras 3; de modo que los japoneses distribuyen el dia en 12 partes principales; las que, sólo en los equinoccios, son iguales á dos horas de las nuestras. Cada subdivision de estas se reparte además en otros 12 intervalos, de modo que el dia japonés se parcela en 144 espacios de tiempo siempre desiguales, excepto en dos solos dias cada año.



DOS FILÓSOFOS *cuadro por G. Sus*

Los chinos dividen civilmente el dia en 12 partes, equivalentes á dos de nuestras horas; y cada parte en 8, equivalentes á nuestros cuartos de hora: su dia civil, pues, consta de 96 intervalos iguales; pero su dia astronómico se distribuye en 10,000 minutos iguales, por períodos de á 100.

Los malabares dividen el dia en 6 partes, cada una subdivisible luégo en 60. Los antiguos tártaros, indios y persas partieron el dia en 8 porciones, de otras 60 cada una. Los astrónomos caldeos en 60, correspondientes á 12 espacios, como los de los chinos. En Egipto, hace más de 3000 años, se seccionaba por mitad el tiempo de la rotacion terrestre, y luégo se subdividia cada mitad en 12 horas. Y, como muchos egipcios empezaban su dia á media noche, resulta que nuestra cuenta usual del tiempo es la egipcia de hace por lo ménos 30 siglos.

Hoy los marinos dividen las 24 horas del dia solar medio en 6 partes iguales que llaman guardias: de 12 á 4 de la tarde 1.ª guardia; 2.ª, de las 4 á las 8 de la noche (esta se subdivide en dos espacios iguales, á fin de que no haga siempre la misma guardia de media noche la misma mitad de la tripulacion): guardia de prima, desde las 8 á las doce de la noche: guardia de media, de las 12 á las 4 de la madrugada: guardia de alba, de las 4 á las 8 de la mañana: y guardia de la mañana, de las 8 á medio dia.

Como se ve, no puede darse discrepancia mayor!!!

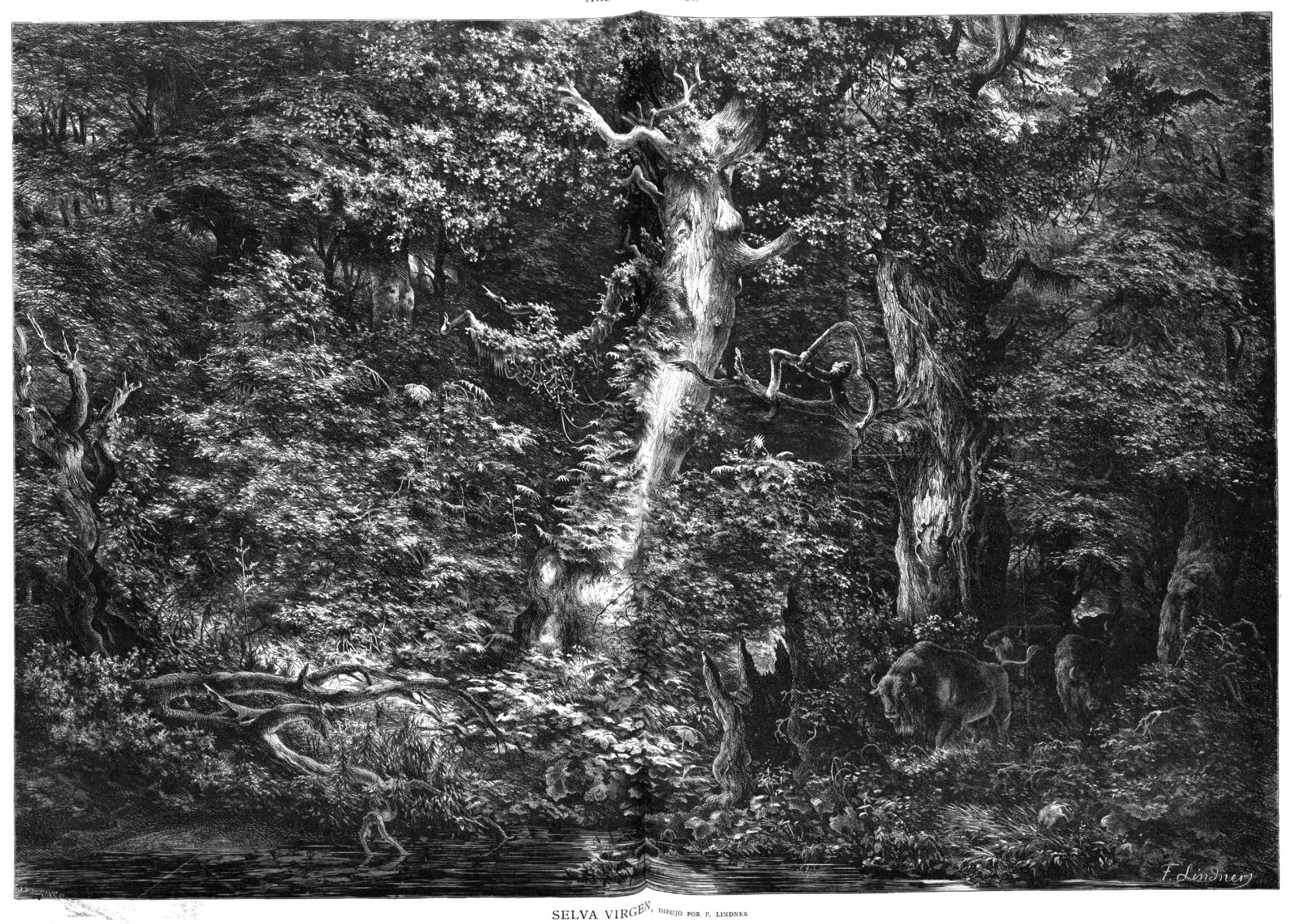
Para evitar, pues, la confusion que resulta de tan arbitrarias y caprichosas subdivisiones del tiempo, y para orillar, además, las objeciones y sérias dificultades que presenta el sistema de que cada *pueblo empiece á contar* el dia cuando el Sol pasa por su meridiano especial, se agita hoy en el mundo científico una interesantísima cuestion: la de la cuenta del tiempo cosmopolita; y la no ménos importante de un primer meridiano internacional.

El sistema egipcio (como dice muy atinadamente el célebre ingeniero *Sanford Fleming*) tendria acaso su razon de *ser cuando la humanidad* era muy jóven todavía, y la civilizacion estaba en esta parte del mundo reducida al estrecho Valle del Nilo; pero hoy esa division del dia en dos mitades es, no sólo sobremanera inconveniente, sino que tambien la cuenta del tiempo local es enteramente incompatible con nuestros adelantos científicos, y perjudicialísima en grado sumo para los modernos intereses de la civilizacion.

Afortunadamente, no se hará esperar mucho tiempo una solucion satisfactoria.

E. BENOT

ENSAYO EN BERLIN DE UN NUEVO GLOBO DIRIGIBLE



SELVA VIRGEN, DIBUJO POR F. LINDNER

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 30 DE JULIO DE 1883 — NÚM. 83



YAQUIMO É IMÓGENE, copia de un carton de Liezen-Mayer

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Amenazas al Sol.—Su existencia rutinaria.—Lo que ganaria si la alterase.—En todas partes lo mismo.—Mis disculpas.—La universalidad del periodismo.—Los palos del Retiro.—Variacion posible en la prensa.—El valor de los artículos tasados por garrotazos.—Algunas noticias sobre *Excelsior*.—Gastos de Arderius.

Una de las más gratas ocupaciones de los madrileños, en los tiempos que atravesamos, consiste en decir pestes del Sol y en amenazarle con los puños, como hacia el Ayax de Homero.

El astro luminoso se haria acreedor á los sufragios de todos los madrileños si velara por algun tiempo sus encantos, cubriéndose de nubes y replegándose en sí mismo.

Despues de todo, el rutilante Febo es hoy dia un anciano venerable que ha asistido á todas las catástrofes y tragedias del Universo; y que tiene, por consiguiente, ideas propias sobre las cuales puede meditar durante unos dias.

Con este eclipse temporal ganaria mucho el Sol en importancia.

Hoy no nos fijamos en su belleza. Sabemos que es un astro rutinario, que aparece y desaparece todos los dias con una exactitud pasmosa; que al medio dia se coloca en el zenit quizá sin otro objeto que marcar al reloj que posee en la Puerta de su nombre la hora en que las dos manecillas se han de confundir en la parte más alta de la esfera, y que por la tarde, siguiendo estrictamente lo prescrito por los confeccionadores de almanaques, el venerable Sol, padre del Universo, se oculta tras las montañas, y emprende la caminata al país de los antípodas para tener el placer de despertarlos á su debido tiempo, diciéndoles:

—¡Ea! caballeros y señoras; arriba que ya es hora. ¡A moverse!... ¡á trabajar!.... ¡á dar fe de existencia! Tened entendido que la vida no es sueño, aunque lo haya dicho mi buen amigo D. Pedro Calderon en los tiempos en que yo no me ponia jamás en los dominios españoles.

Decia pues que sabemos que el Sol hace todo esto; que es un astro fiel que no nos falta nunca, y que á consecuencia de esta misma bondad de carácter le hacemos poco caso privándole de los elogios que por su magnificencia se merece.

Pero si nos faltase durante mucho tiempo....¡Ah! ¡qué himnos no entonaríamos en elogio suyo cuando apareciese de nuevo!

Le haríamos una ovacion espléndida, inaudita, extraordinaria; nos prosternaríamos á la manera oriental ante su viva lumbre; difundiríamos por los aires cánticos de alborozo y alegría; le echaríamos cañonazos (no en ademan hostil, sino en son de salva), y pondríamos á contribucion la vena de nuestros mejores poetas para que lo ensalzaran con bellas imágenes y lo coronaran con tropos y metáforas.

Entónces recordaríamos que es el alma del Universo, que todo, merced á él, vive y se anima, que su penetrante mirada esclarece hasta las más hondas regiones del espacio, y que sin él tornarian á confundirse en la nada todos esos mundos que hoy componen nuestro sistema planetario, y donde ignoro si habrá periodistas y concejales que los apaleen, andamiajes y albañiles que se caigan de ellos y timadores que exploten á los incautos; pero donde habrá seguramente pasiones de todas clases, nobles y mezquinas, rastreras y elevadas, y lucha y sufrimiento y choques y conflictos....., ¡que esta es la vida, lo mismo aquí que en cualquier otro planeta!...

***

Me parece que el párrafo anterior no cumple con las ordenanzas de ventilacion y ligereza propias de la estacion calurosa en que nos hallamos.

Pero ¿quién es capaz de hacer referencia á los astros y planetas del universo, manejándolos como si fueran pelotas de goma?

¡Yo no tengo habilidad tan extremada!

Como aquel personaje de *El tanto por ciento* de Ayala, que desea *sobornar el tiempo*, yo intentaba sobornar el Sol con mis párrafos anteriores.

Creia que el rubicundo Apolo llegaria á decir:

—Pues.... es verdad lo que afirma ese revistero. El hombre salvaje me adoraba; y el hombre civilizado, entretenido con su luz eléctrica, no hace caso de mis prendas personales. Hagámonos desear, que el fruto prohibido siempre fué grato y sabroso al paladar del hombre!...

Y seguia yo imaginando que despues de esto el Sol se envolveria en las más impenetrables nubes, dejándonos disfrutar plácidamente de una agradable temperatura.

¡Y esto ya seria una noticia *fresca* que podria dar á ustedes!

***

Pero mi estratagema no surte efecto. El sol es un señor que no entiende indirectas ni admite recomendaciones.

Sigue pues el calor en el órden del dia.

Se abre la sesion.

Madrid se ocupa en comentar lo que ya se llama de un modo gráfico «los palos del Buen Retiro.»

Aquí todo el mundo es más ó ménos periodista. ¿Quién no ha puesto alguna vez un comunicado en los periódicos? Y áun fuera de esto, ¿quién no se ha encontrado en tal ó cual ocasion con alguno de *esos que escriben en los periódicos* y le ha dicho:

—¡Hombre! ¡A propósito! ¡Cuánto me alegro de verle! Voy á dar á V. una gran noticia, que le servirá para llenar unas líneas del periódico.

—¿Qué es ello?

—Diga V. que mi esposa ha dado á luz....

—¿Eléctrica?

—No; un niño.

Toda esa gente manifiesta cierto cariño hácia la prensa. ¡Claro!.. el periodista vela y trabaja, y persigue por esas calles de Dios las noticias á la hora, generalmente, en que el suscritor está roncando, y á fin de que sepa éste cuando se despierte al dia siguiente los robos, los incendios, las riñas, los crímenes, y las ocurrencias de todas clases que hubo durante la noche.

Tales circunstancias establecen lazos de cariño y simpatía entre los redactores y los suscritores de un periódico.

Hay lector que cree firmemente en su diario más que en el evangelio del dia.

Si le contradecís algo, le vereis sonreir con aire de superioridad y de certeza.

Entónces le vereis sacar de su bolsillo el periódico, y os dirá con la fe de un musulman:

—¡Cá!... no señor; dice aquí todo lo contrario.... ¡Y esta es la fija!

Hay tambien lectores eclécticos, y son los que pasan la vista durante el dia por varios periódicos.

Pero tampoco á estos se les puede menospreciar la institucion del periodismo.

Es cosa admitida, que la prensa es una fuerza; y así como para dar contra un yunque no busca el herrero un martillo de algodon en rama, tampoco buscó el concejal señor Párraga una caña de azúcar para el atropello del periodista señor Franco, redactor de *El Liberal*, y víctima inocente y casi indefensa de la agresion del miembro del Municipio.

Ya lo he dicho: la opinion pública se ha colocado del lado del periodista.

El buen sentido reconoce que si el escritor de periódicos se hallara bajo la constante amenaza de todo aquel que se juzgara ofendido no habria manera de tener periódicos bien escritos.

Los individuos que componen la prensa no serian por lo general hombres listos y entendidos, con facilidad para enjaretar un artículo de impresion sobre las mismas cajas de la imprenta, soltando las cuartillas una tras otra á medida que salen de entre sus dedos, y marchándose á dormir confiado en la buena fé del corrector y en su musa especial, pedestre, si se quiere, pero fiel, que nunca le hace decir cosas muy graves, y que es una verdadera inspiradora de la actualidad fresca y palpitante.

No; entónces, los periódicos serian redactados por mozos de cordel fuertes y robustos, que resistieran con furioso empuje las agresiones más ó ménos concejiles que se presentaran.

Los artículos se comentarian de este modo:

—¿Has leido el fondo?

—No; ¿es bueno?

—¡Ya lo creo! ¡Colosal! Es un artículo de cincuenta garrotazos, lo ménos.

***

En los teatros de Madrid se prepara un espectáculo nunca visto.

Esta es al ménos la opinion de los que se hallan en el secreto del famoso baile *Excelsior* que la compañía contratada por Arderius empezará á representar en el teatro de la Zarzuela el dia 1.° de setiembre próximo.

Cuéntanse de ese baile maravillas.

Desde luégo hay el gran antecedente del entusiasmo con que ha sido recibido en Milan y otras poblaciones italianas, y últimamente en Paris, donde se pone todas las noches con gran éxito en el Eden-Teatro.

Además Arderius es un empresario de gran olfato. Tiene el instinto de las obras que dan dinero.

Háblase de maravillosas decoraciones: la rada de Nueva York, el istmo de Suez, la perforacion del Mont-Cenis, etc., etc.

Es una lucha entre el oscurantismo y el progreso. En esa lucha encarnizada vence, como es natural, la civilizacion. De ahí el nombre del baile: *¡Excelsior!*

¡Más arriba siempre!

Arderius dice que para no perder dinero necesita que el teatro de la Zarzuela se le llene cien noches seguidas.

Cada representacion le traerá un gasto de mas de diez mil reales.

Hace algun tiempo que está ya gastando dinero. Tiene que pagar una parte del sueldo á los artistas italianos que han venido á ponerle la obra.

Hasta el estreno del baile gasta el empresario dos mil reales diarios.

Todo esto para deslumbrarnos, para enloquecernos con su espectáculo.

¿Y si no nos deslumbra?

El cebo es muy costoso y ofrece grandes peligros.....

Pero Arderius tiene una estrella que le conduce siempre á feliz puerto.

¡Veremos....! PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

YAQUIMO É IMÓGENE, copia de un carton de Liezen-Mayer

Representa este cuadro la escena 2.ª del acto 2.° de la tragedia titulada *Cymelina*, una de las más celebradas del gran dramaturgo inglés Shakespeare. Su argumento está tomado en parte de una novela de Bocaccio y en parte de una crónica de Holinshed.

La accion pasa en la Gran Bretaña y en Italia, con todas las faltas de unidad que caracterizan á los grandes genios dramáticos de los siglos XVI y XVII. Cymelina, rey de la Gran Bretaña en tiempo de César Augusto, destierra á su jóven protegido, conocido por Póstumo, á causa de haberse casado con Imógene, hija única del monarca, sin cuidarse de pedir permiso á su padre, que indudablemente se lo hubiese negado, por más que su inesperado yerno sea lo que se llama un mozo de todas prendas.

Al despedirse Póstumo de su esposa recibe de esta una sortija y en cambio la hace presente de un brazalete que Imógene jura conservar como testimonio de su fidelidad. En un dos por tres, ó sea de una escena á otra del primer acto, Póstumo se encuentra en Roma, y ponderando la virtud de su esposa ante algunos mozalbetes, que sin duda en aquellos tiempos los habia tan malas cabezas como en los tiempos nuestros, apuesta la consabida sortija contra la mitad de la fortuna de un libertino de mal género llamado Yaquimo á que éste no es capaz de corromper la virtud de Imógene.

Parte el seductor de Roma para la Gran Bretaña, recomendado por el mismo Póstumo, que con ello da una prueba de ser algo flaco de mollera, y áun cuando la hija de Cymelina es en lo fiel otra Penélope, Yaquimo encuentra medio de penetrar en el aposento á tiempo que aquella duerme, valiéndose de un artificio harto vulgar, y se apodera del brazalete, que ha de atestiguar la liviandad de Imógene.

Este es el momento de la tragedia que representa nuestro grabado. Sólo nos resta añadir que por esta vez el marido celoso obró con mejor suerte que su colega Otelo y que, despues de muchas peripecias, todo terminó á mayor gloria de Dios y felicidad de la constante Imógene.

EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Greil

El viejo guardian de la torre, veterano mutilado en defensa de la patria, acude diariamente al mismo sitio, acompañado de su gentil nietecita, que es á la vez su guía, su apoyo y su encanto. Las palomas se han familiarizado con el anciano y la niña y picotean las migajas que para ellas han sido economizadas en la frugal comida.

Y en este sitio mismo y en las mismas ideas sumergido, el veterano se pasa las horas muertas, recibiendo sobre su venerable frente el último rayo de sol y despidiéndose del dia que muere melancólicamente, tan melancólicamente como vive el pobre anciano.

La patria es harto ingrata. Cuando nuestro venerable anciano era un jóven que marchaba por el camino de la vida, lleno de fe en el porvenir y de esperanza en su amor al trabajo; cuando, fiado en su juventud y en su voluntad, formaba ideales para hacer la felicidad de sus padres y la de una jóven unida á su suerte por los más puros vínculos; la patria le arrancó á los lares de la familia, le convirtió en instrumento de cábalas políticas que no entendia, y el cañon del enemigo le privó de un miembro en sangrienta guerra promovida para ensanchar el territorio nacional.... ¡El territorio nacional!.... ¿Qué le importaba de él al pobre jóven que no concebia del mundo un más allá de las montañas que aprisionaban su aldea!

Ello, empero, oid al veterano. Ningun rencor guarda á la diplomacia que destruyó sus ilusiones; hoy, como ayer, cree deberse á la bandera que defendió en otro tiempo, y más orgulloso de su nacionalidad que su nacion debiera con justicia estarlo de él, hace suyas las glorias de su patria y se resigna á su suerte con la noble fiereza del que ha cumplido con exceso su deber.

¡Respetemos al humilde inválido!.... Embellezcamos su sitio predilecto; no permitamos que las palomas nos enseñen cuál es el sitio en que llora el bravo veterano....

CONFIDENCIAS, dibujo por E. Bradel

El asunto de este cuadro es más para sentido que para explicado. ¿Qué pensamiento embarga á esos dos personajes? ¿Cuáles confidencias se han hecho? ¿Quiénes son ellos mismos?... El artista no lo dice claramente; deja adivinarlo.

Un castillo señorial á lo léjos, al pié del castillo un lago, en la orilla del lago una barca, en primer término un frondoso bosque y en este bosque dos jóvenes absortos en vagas contemplaciones, surgidas probablemente de las confidencias que se han cruzado entre uno y otro....

El apuesto mancebo es probablemente el señor del castillo: el lago separa su propiedad de la propiedad del baron vecino. A tiempo que el jóven cruzaba el lago, una mujer hermosa se dirigia al bosque. La reunion de uno y otro no ha revestido carácter alguno de sorpresa: se esperaban.

La conversacion ha empezado como es costumbre entre buenos vecinos: el tiempo y la caza han hecho el gasto... Pero luégo....

Sin explicarse el cómo, hay horas en la vida durante las cuales el corazon necesita desahogarse, cual si temiese que, á falta de abrir una válvula, se produjera un estallido. En estas circunstancias decisivas de la vida, se toma inconscientemente el camino del cielo ó del infierno. El hombre deja de ser un ente dotado de reflexion, y obra cual á impulso de un fatalismo superior á él. El secreto de toda la vida se confía al primer advenedizo, siquiera ese secreto cueste la fortuna, la existencia, la honra del que lo revela. ¡Cuántos criminales han purgado su delito á causa de uno de esos impulsos irresistibles que, sin explicacion plausible, entregan una cabeza al verdugo!....

Las confidencias de nuestro cuadro pertenecen, por fortuna, á un órden de hechos ó de sentimientos mucho más simpáticos, y por nuestra parte se nos figura que á causa de ellas y á la vuelta de no mucho tiempo, los dos castillos vecinos han de tener un heredero comun.

EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz

¿Quién, viviendo á orillas del mar, no habrá acudido alguna vez á la playa para aspirar con deleite las frescas emanaciones de los vapores salinos y dilatar sus pulmones con las salutíferas brisas que rizan la superficie de las aguas? ¿Y quién, al llegar á la edad de los amores, no habrá disfrutado, alguna vez tambien, del doble placer de contemplar cómo espira el oleaje en la arena, teniendo á su lado á la mujer adorada y comunicándole sus impresiones y sus dichosos ensueños? A tal placer deben entregarse los dos jóvenes de nuestro grabado, muellemente reclinados en los médanos de arena que forman un dique á la invasion de las olas. Hijos de ancianos marinos, del mar y por el mar viven; séres ni bien terrestres ni bien anfibios, en él cifran sus esperanzas de ventura y de él esperan los medios para realizar sus castos deseos. El asunto del cuadro es casi un idilio, y el diestro pincel del artista ha sabido expresarlo con la sencilla poesía que requiere.

VISTAS DE COPENHAGUE

La capital del pequeño reino de Dinamarca es otra de las ciudades europeas que más prósperamente se han desarrollado en pocos años; baste decir que teniendo 182,000 habitantes en 1870, seis años despues ascendian estos á 233,000. Admirablemente situada en la costa oriental de la isla Seeland, en el extremo meridional del estrecho del Sund, principal paso del Cattegat al Báltico, se halla en condiciones por esta y otras ventajas de ser uno de los mejores puntos comerciales del Norte. Divídese en tres partes: la ciudad Vieja, la Nueva, y el barrio de Christianshavn construido en la contigua isla de Amager. La lámina que hoy repartimos dará idea de la suntuosidad ó belleza de algunos de sus monumentos, edificios ó sitios de esparcimiento, entre los cuales descuellan el parque de Oersted, llamado así del nombre del ilustre físico dinamarqués, el palacio de Amalienborg, edificio compuesto de cuatro palacios distintos, ó sean el del rey, el de su hermano, el de su hijo, y la escuela de marina; el palacio de Christiansborg, construccion colosal en la que trabajaron tres mil obreros por espacio de seis años; el museo de Thorwaldsen, legado hecho á la ciudad por el insigne escultor de este nombre; el soberbio palacio castillo de Frederiksborg, residencia predilecta de los anteriores monarcas daneses; la estatua ecuestre de Federico V; la del célebre almirante Niels (Nicolás) Inel, etc., etc. Esto, unido á las abundantes preciosidades científicas, históricas y naturales que en sus varios museos encierra, y al atento trato de sus habitantes, hacen de Copenhague una ciudad digna de ser visitada por el viajero, admirada por el artista y estudiada por el hombre de ciencia ó de letras.

EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA

(Conclusion)

No obstante su duelo, un rayo de alegría animó el rostro de Hilda, al oir al mensajero del Príncipe, al cual contestó que se apresuraria á ampararse bajo tan generosa proteccion; y con efecto, dos meses despues la princesa se hallaba instalada en un palacio de Benares, que el anciano Rey habíala señalado por morada. El Príncipe Fel-Dor la dió á entender delicadamente que podia contar con el tesoro Real; pero Hilda, que era muy altiva, rehusó la oferta.

Durante algun tiempo, vivió retraida, teniendo por único consuelo de sus penosos recuerdos, la inagotable gracia de Oronti y el cariño maternal de su vieja aya Najad. Alguna vez, asomada á su mirador de bambú, veia pasar al gallardo príncipe, que la saludaba con expresivo ademan, y en aquellos momentos latia violentamente su corazon.

Poco á poco fué saliendo de su aislamiento; porque era imposible sustraerse al influjo de aquella Corte, la más esplendorosa de la India. El soberano de Benares, lleno de años y de achaques, reinaba como un Rey constitucional; pero quien gobernaba omnímodamente, era su hijo, y como este era jóven y bello, excusado es decir que la ciudad de Benares y su territorio en diez leguas á la redonda, ardian continuamente en fiestas.

Un dia el Príncipe invitó á Hilda á una cacería de milontis, y aunque tenia noticias de ella, se admiró de la destreza de la linda cazadora. Desde entónces esta, tomó parte con más frecuencia en las fiestas cortesanas y ¿quién sabe si al notar las asiduas galanterías del régio mancebo, se forjó en su imaginacion risueños castillos en el aire? porque el príncipe se insinuó primero, como casi todos los príncipes y todos los hombres, mas hallando un valladar á sus pretensiones, en la altivez de Hilda, siguió despues tratándola con mayor respeto é igual asiduidad.

Una nube vino á oscurecer el claro cielo de su naciente esperanza, con el arribo á Benares de la sobrina y heredera del Rhajah de Cachemira. Hablábase de proyectos de union entre esta y el Príncipe Fel-Dor, que aunque desmentidos en la corte, llenaron de inquietud el corazon de Hilda.

La princesa Lah, de Cachemira, hizo su entrada en Benares con una pompa verdaderamente régia, en un camarin colgado de preciosas telas de su país natal; llevado á lomo por un poderoso elefante gualdrapeado de púrpura. Delante y á los costados del paquidermo marchaban diez y seis felies ó escuderos tañendo orabines y sistros indianos. Cuatro esclavos nubios seguian á la princesa sosteniendo un palanquin descubierto lleno de valiosos regalos destinados al Rey de Benares y á su hijo; y cerraban el cortejo, seis mancebos, negros tambien, cada uno conduciendo por el bridon un caballo persa, de corta alzada pero de estampa admirable.

Todos estos esplendores pasaron por frente á la morada de la pobre y desterrada Hilda, que no pudo sustraerse á un movimiento de envidioso despecho, sobre todo al ver á la princesa de Cachemira, cuyo busto asomaba por entre las descorridas cortinas de su camarin. Era Lah muy jóven y muy hermosa, con una belleza imponente de matrona. Su principal encanto dimanaba de la blancura de su tez, que hacíala parecer originaria de la raza europea, ó de las vertientes del Himalaya, en donde el reflejo de las nieves da á la epidermis un color deslumbrante. Hilda notó todo esto y vió además al bello príncipe Fel-Dor cabalgando al lado del elefante que conducia á su nueva huésped; y ni el gracioso saludo que aquel la hizo al pasar, pudo atenuar la dolorosa inquietud de la princesa de Mohsum.

Inútil es decir que desde que se conocieron, las dos jóvenes princesas se odiaron cordialmente. Tenian ambas un objetivo de amor y lucharon para alcanzarle, con todo el encarnizamiento femenil, y con una rivalidad sin tregua. Las fiestas se sucedian en Benares, y en ellas desplegaba Lah un fausto asombroso. Hilda altiva y enamorada quiso competir con la poderosa heredera de un Rhajahlato; pero lo que para esta eran gastos, aunque extraordinarios, soportables, arruinaba á aquella, la cual iba vendiendo rápidamente sus ganados de la ribera que habia heredado de su madre.

Fel-Dor era un príncipe coqueton y bien educado, que halagado por el amor de las dos lindas rivales, no demostraba marcada preferencia por ninguna de ellas. Quizá sus asomos de coquetería estaban basados en la incertidumbre; pues en verdad era difícil la eleccion entre dos jóvenes tan notablemente hermosas aunque con distinto género de belleza.

Hilda atraia, Lah deslumbraba.

Las dos tenian cualidades superiores; Hilda era incomparable como amazona; en contraposicion, Lah hacia maravillas como cazadora, asaeteando las aves al vuelo.

Fel-Dor se deslizaba, digámoslo así, entre el amor de ambas; por eso la princesa de Cachemira, que era algo mordaz, le llamaba el príncipe *djalesh* que equivale á decir: Príncipe anguila.

V

El dia del cumpleaños del Príncipe Feldor, se celebraron en Benares unos admirables festejos. Por la mañana, en el anfiteatro de la ciudad, en aquel circo, cuya construccion, por su maravillosa fábrica, se atribuye nada ménos que á Visnou, *dios conservador* y segunda persona de la Trinidad indiana, se verificaron dos luchas: la primera de una onza con dos onagros persas y la segunda de un leon con dos tigres. Al comienzo de la tarde hubo festin, en un palacio que el príncipe habia mandado labrar en la orilla del Ganges y terminado que fué el banquete, reunióse la corte en tres inmensos salones, á fin de esperar las fiestas nocturnas.

El vicio ó pasion del juego (como quiera llamarse) ese placer doloroso y fascinador, que ha invadido á Europa, ó mejor dicho, al mundo entero, puede asegurarse que es originario de la India y de la China, y aún dura en ambos países, no obstante los códigos de Bursurcumbur y Confucio y los frecuentes edictos de los soberanos y de los emperadores. En la corte de Benares se jugaba encarnizadamente y el juego era como el complemento del lujo y de la distincion, no sólo entre los hombres, sino que tambien entre el sexo femenino, cuya educacion y costumbres se diferenciaban poco de la de estos. En las cabezas caldeadas por el sol oriental se desarrollan todas las pasiones con actividad pasmosa, y la imaginacion busca anhelante las sorpresas del azar y el atractivo de las más increibles aberraciones.

En la tarde á que nos referimos, la flor de la nobleza de Benares, se agrupaba en torno del Príncipe Feldor y de las princesas de Mohsum y de Cachemira, que jugaban *al sol*, juego que se parece algo al entretenimiento, casi infantil, llamado *la rueda del barquillero*. *El sol* está basado en la antigua astronomía india; es un círculo ó disco, colgado verticalmente, en el que hay pintadas varias estrellas, una tortuga y un elefante; porque en el Génesis oriental se supone que la tierra está sostenida por un inconmensurable paquidermo, que á su vez se apoya en una tortuga más inconmensurable todavía.

Lo que aún no han podido explicar los vedas ni los astrónomos es sobre qué se basa y sostiene ésta.

En medio de la circunferencia del juego del sol, hay una manecilla giratoria como la de un reloj, que los jugadores impulsan por medio de una varita de sándalo; si queda aquella inmóvil, sobre ó junto á alguna estrella, se pierde; si se aproxima al elefante se gana la mitad de la puesta, y si cae sobre la tortuga se gana el total.

Tampoco se ha podido averiguar por qué en el juego del sol, el astro que le da nombre brilla por su ausencia.

El príncipe Fel-Dor perdió galantemente algunos centenares de lotos de oro, moneda llamada así por tener grabada en ella una hoja de esta planta; y cedió el puesto á la princesa de Cachemira, que se declaró sostenedora ó sea *banquera* del juego. Hilda, ciega de celos á consecuencia de algunas expresivas miradas dirigidas por el real anfitrion á su rival, comenzó á apostar contra ésta; pero agitada, nerviosa y contrariada por la suerte, perdia siempre, siempre se quedaba en las estrellas; miéntras que Lah hacia que la manecilla cayese casi todas las veces sobre el elefante ó sobre la tortuga.

Hilda experimentaba el vértigo del juego, apostaba grandes sumas y quién sabe cuánto hubiera perdido, sin la llegada de la noche que puso fin á aquella martirizadora distraccion.

Cuando acabaron de jugar, Hilda llamó aparte á Lah y la dijo:

—Princesa, te debo sesenta mil lotos....

—De oro,—interrumpió Lah.

—Sí, de oro. La cantidad es considerable y debes concederme un breve plazo para solventarla.

—Yo siempre pago en el acto lo que debo; no obstante, puedes tomarte el que quieras.

—Ocho dias.

—Sean,—dijo la princesa de Cachemira volviendo desdeñosamente la espalda.

Hilda palideció, devorando en silencio aquel insulto.

¡Pobre Hilda! ¡Qué noche tan horrible pasó en medio de aquella fiesta esplendorosa! ¿Qué le importaban á ella los millares de luces que iluminaban el palacio y la ribera del Ganges? ¿Qué atencion habia de prestar á la representacion de *La segunda encarnacion de Brahama*, uno de los más ingeniosos dramas de la literatura oriental?

Hilda llevaba el despecho, la ruina.... quizá la muerte en el corazon.

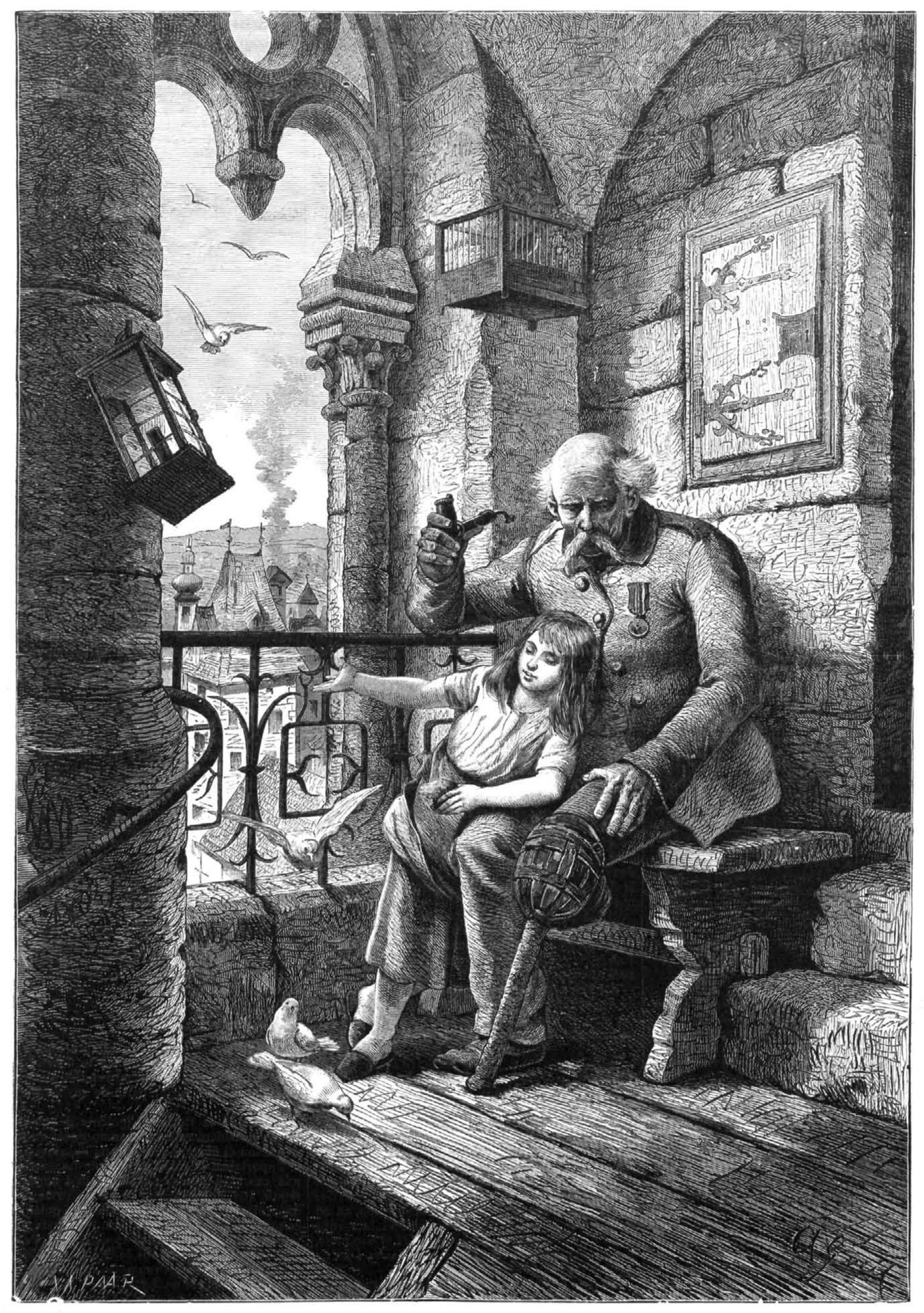
VI

Porque estaba arruinada. Durante aquella existencia fastuosa, é impulsada por la fiebre del amor y de la rivalidad, habia mal vendido sus ganados del Meiran y la mayor parte de sus arracadas de pedrería.

Cuando á la mañana siguiente á aquella fatal noche, consideró su estado, comprendió en toda su extension el abismo que se abria bajo sus piés. No le importaban la ruina ni la pobreza; pero debia una cantidad enorme, cantidad casi imposible de reunir áun despojándose de los restos de su fortuna, tenia una palabra empeñada y ¿á quién? á una competidora desdeñosa y altiva. Ante esta consideracion su orgullo de raza se exaltaba. ¿Pues qué, ella, la nieta de soberanos, la hija del *generoso*, pues así llamaban al Rhajah su padre, podia ser humillada por nada ni por nadie?

Esta idea se sobreponia á todas sus amarguras, hasta á su pasion por aquel príncipe frívolo é ingrato.

Mandó llamar al jefe de sus felies, que era á la vez intendente de su casa, le enteró de su situacion y entre ambos hicieron un rápido resúmen de los



EL SITIO PREDILECTO, dibujo por A. Greil



CONFIDENCIAS, dibujo por E. Brade

recursos disponibles; pero todos, tasados por alto, no alcanzaban ni con mucho á la cantidad necesaria. Avisó á joyeros y mercaderes, que la ofrecieron un precio exíguo por las pocas alhajas que la quedaban y pronto se convenció la desdichada princesa de que no habia esperanza para ella.

Con una palabra podia salvar la situacion, recurriendo al Rey de Benares ó á su hijo; pero preferia mil veces la muerte.

Recordó los dos pergaminos que su madre al morir habíala entregado y volvió á leer el que estaba abierto: «Te conozco, como que te he trasmitido mi sangre,»—decia el manuscrito de la Rhajah Bhadoora,—«nunca la bajeza ni el vicio pueden llegar hasta tí...»—La bajeza no, mas sí la deshonra, —murmuró Hilda estrujando el pergamino.

«Serás pura como las aguas del rio sagrado; pero además yo quiero que seas feliz.»

—¡Feliz! ¿yo feliz?—exclamó la princesa. Y luégo mirando al pergamino cerrado, repuso:—Tal vez mi felicidad esté aquí, veamos.

Pero cuando iba á romper el sello, se detuvo. Su madre la mandaba no abrirle hasta un dia que no habia llegado; y la voluntad de una madre moribunda debia ser respetada.

—Nadie leerá esto; acabará al mismo tiempo que yo,—dijo Hilda, guardando ambos pergaminos en el bolsillo de su vernuz.

Sin duda habia tomado una resolucion.

En las primeras horas de la tarde, la princesa mandó, con gran extrañeza de sus servidores, reunir en una retirada plazoleta del jardin del palacio, un gran monton de aloes, sándalos y otras maderas olorosas, formando al modo de una pira, y desde entónces pareció hallarse más tranquila y con el aspecto del que adopta una resolucion suprema. Habíala tomado en efecto; queria morir. Primeramente pensó en el baño, que es el suicidio oriental: pero su pudor la hizo preferir el fuego. «No,»—pensó,—«nadie profanará mi cuerpo con sus miradas; acaso mis cenizas volarán á las altas regiones en donde está mi madre...»

¿Qué hacia entre tanto Oronti, el maravilloso enano de la princesa? Oronti, ménos jugueton y más silencioso que de costumbre, presenció el inventario hecho por Hilda y su intendente, y la apreciacion con que los mercaderes habian avalorado los joyeles de ésta. Despues, saltó por una ventana y desapareció entre la espesura del jardin. La princesa á veces pensaba en su querido enano. «¡Pobre Oronti!»—se decia,—«no tengo valor para que muera conmigo.»

Esperaba la noche para poner en ejecucion su proyecto de muerte. Meciéndose en una hamaca, que á veces en su vaiven salia por un mirador al exterior del jardin, Hilda contemplaba tristemente el lejano horizonte cubierto de nubes cárdenas, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

¡Pobre Hilda! ¡Iba á morir en la flor de la juventud y de la belleza!

La sombra caia, el cielo tomaba el color intenso de la tarde.

De repente la princesa oyó ruido y ¿cuál fué su sorpresa viendo á Oronti que se aproximaba, tapado el ojo izquierdo con una venda y llevando un objeto en la mano?

—¿Qué es eso?—le preguntó, dejando la hamaca, —¿porqué traes esa venda?

—Una desdicha,—contestó el enano,—una torpeza que ha podido costarme la vida.

—¿Cómo?

—Quise saltar la valla del jardin, no tomé bien la distancia, caí sobre una de las lanzas de la verja y se me ha vaciado un ojo.

—¡Oh!—exclamó Hilda horrorizada.

—Aquí le tienes,—repuso Oronti, mostrando un objeto que parecia un pedazo de cristal.

—¡Pero desgraciado! debes sufrir mucho. Ven, veamos al Talud (médico) del Rey; su morada está próxima; quizá tu desgracia no sea irremediable.

—En cuanto á sufrir, nada. Respecto al Talud, ya he hecho yo esa diligencia; él me ha curado cauterizándome la cuenca del ojo; en lo que se refiere á remedio, no hay ninguno. Podria estar sin venda, pero no he querido presentarme feo delante de tí.

En este momento un siervo vino á decir á la princesa que un mercader en pedrería deseaba hablarla y poco despues presentóse un hombre de fisonomía inteligente y bondadosa, que saludándola abriendo los brazos, segun la usanza persa, la dijo:

—Princesa, he sabido que deseas vender tus joyas. Quizás pueda yo ofrecerte mayor precio, que los avaros y pobres traficantes de este país.

—Hélas ahí,—contestó Hilda señalando á un aparador en donde aún estaban las alhajas, examinadas ántes por los otros joyeros.

El lapidario las fué viendo una por una. Oronti se habia subido de un salto al aparador.

—Las perlas son magníficas,—dijo el mercader, —pero hay tantas que su valor ha bajado. Tengo entendido, princesa, que te han ofrecido quince mil lotos de oro por todos estos joyeles.

—Así es,—contestó Hilda.

—Yo puedo subir hasta diez mil rupias más, porque....

El joyero se interrumpió mirando á Oronti que sentado en el aparador jugueteaba haciendo saltar un objeto de una mano á otra.

—¿Qué es esto?—repuso el mercader, cuyo semblante expresó la mayor sorpresa.

—Un ojo que se me ha saltado,—dijo el enano con su dulce vocecita,—¿me le compras?

—¡Ya lo creo! como que es un brillante soberbio.

—¡Un brillante!—exclamó asombrada la princesa.

—Un brillante como sólo los posee el Sah de Persia, mi señor.

—¿Y en cuánto lo avaloras?

—En lo que vale en el mercado; porque mi tráfico está basado en la verdad; en ochenta mil lotos de oro.

Hilda palideció, y tomando á Oronti en sus brazos, le estrechó contra su corazon.

VII

Al dia siguiente, muy de mañana, la princesa Lah recibió una misiva que decia así:

«Princesa de Cachemira: adjuntos, y ántes del plazo fijado, te envio los sesenta mil lotos *de oro*, que te debo. Sólo esperaba esta ocasion para hacerte comprender que quien ultraja á la Princesa de Mohsum, debe matarla ó morir.

»Esta tarde, á la hora sexta, te aguardo con cuatro felies, mi arco y cinco saetas en mi aljaba, en la orilla del Ganges, junto á la fuente de los colibríes.

»*Hilda de Mohsum*.»

Los duelos femeninos, tan raros en Europa, eran frecuentes en la India, ántes de la dominacion inglesa; pues, ya lo hemos dicho, se diferenciaban poco las costumbres de ambos sexos.

A la hora fijada, las dos lindas contendientes estaban *en el terreno*. Se saludaron sin hablarse, dejando á sus escuderos que eligiesen sitio y que las colocaran convenientemente.

El jefe de los felies de Hilda, que sabia la prodigiosa destreza de Lah, hallábase consternado.

A una primera señal, las dos princesas armaron sus arcos, á una segunda, dos flechas cruzaron el aire, y ambas dieron en el blanco; la de Hilda quedóse clavada en el hombro derecho de su adversaria, la de esta fué derecha al corazon de la princesa de Mohsum, la cual, ¡cosa rara! vaciló al golpe; pero no cayó. La saeta, rasgando la túnica de Hilda, se habia despuntado. En el momento en que todos acudian al socorro de Lah, que estaba bañada en sangre, se oyó el galopar de caballos y presentóse el príncipe Fel-Dor, que, sin duda, sabedor del duelo, corria, aunque tarde, á impedirle. Hilda iba á aproximarse á Lah; pero al ver la mirada entre iracunda y desdeñosa que la dirigió el príncipe, se alejó de aquel sitio seguida de sus servidores.

¿Que habia pasado? ¿Por qué desconocido azar de la fortuna, la certera flecha de la princesa de Cachemira se habia despuntado sobre el corazon de Hilda? Apénas ésta se repuso de su emocion, no tardó en saberlo. Cuando loca de dolor, y herida en su amor y en su altivez por el comportamiento del hombre por quien habia expuesto su honra y su vida, se encaminaba rápidamente hácia Benares, sintiendo bullir una cosa en el bolsillo de su túnica, se llevó la mano y sacó de él á Oronti, al enano reducido á pigmeo; á Oronti, cubiertos ambos ojos con la venda que ántes sólo le tapaba uno, á Oronti que sonriendo la dijo:

«¡Uf! princesa, he llevado un buen golpe.»

«Visnou, el dios conservador, no ha querido conservarme la mitad de la vista que me quedaba. Ménos mal, puesto que ya sabemos que mis ojos valen algo.»

Y el ciego pigmeo presentaba á la princesa el brillante que tenia en la mano.

Hilda, muda de asombro, alzó la vista á las *altas regiones* en donde creia que moraba su madre.....

La princesa de Mohsum se apresuró á abandonar la Corte de Benares. No queria deber la hospitalidad al ingrato que la habia humillado con su despego: su orgullo la curó de su pasion.

Mandó un mensajero á su tio el Sultan de Bongao, en el archipiélago filipino, pidiéndole amparo, y trasladándose con la mayor premura al palacio de la ribera del Meiran, determinó dejar tambien esta morada tan luégo como pudiera llevarse los objetos que la pertenecian. Deseaba salir á toda costa del territorio de Benares.

Era una princesa soberanamente altiva la princesa de Mohsum.

Habia mandado fletar un buque en Calcuta. La víspera del dia en que debia emprender su viaje á esta ciudad, para embarcarse, y cuando al rayar el alba, estaba vistiéndose ayudada por su aya Najad, la anciana servidora la dijo:

«Hija mia, estamos en el primer año del siglo y en el primer dia de la luna de las flores.»

Al oir estas palabras, Hilda hizo un brusco movimiento; las rápidas y continuas emociones de los últimos dias, habíanla hecho olvidarse del tiempo fijado por su madre para abrir el misterioso manuscrito. Entónces recordó que aún no era la hora; pues en el pergamino abierto, la Rhajah Bhadoora, decia: «A la hora sexta de la tarde, tú, sentada en la *piedra sagrada* de la orilla del Meiran, y Oronti junto á tí sobre la arena, romperás ese sello y oirás la voz de la eternidad.»

La princesa, pues, tenia aún que esperar la mayor parte del dia. Conforme trascurria este, era mayor su impaciencia; su corazon hacíala presentir la realizacion de alguna cosa sobrenatural.

Vagó largo tiempo por el campo para entretener su impaciencia, siguiendo la marcha del sol; vióle ascender al zénit esplendoroso, y descender lentamente, como un broquel diamantino.

Oronti la acompañaba, cantando extrañas canciones, pero tenia que ser llevado por ella, pues el ciego pigmeo no podia como anteriormente hacer alarde de su portentosa agilidad.

VIII

Poco ántes de la hora fijada, Hilda volvió al jardin del palacio. Allí estaba la *piedra sagrada*, llamada así porque una tradicion indiana supone que fué el primer sitio de la tierra, en donde Brahma, el dios creador, fijó la planta en su encarnacion primera.

La princesa se sentó en la piedra que era un pedazo informe de granito rojo. Dejó á Oronti sobre la arena, cumpliendo el mandato de la Rhajah Bhadoora; y puso á su lado una clepsidra que llevaba consigo.

Aún faltaban algunos minutos para la hora sexta.

La tarde estaba deliciosa y el ambiente saturado de aromas. El sol poniente inundaba el jardin de efectos de luz maravillosos; los troncos de los alisos parecian de plata, y de oro las hojas. Los bengalis saltaban de rama en rama, los pájaros-moscas cruzaban el espacio con su eterna inquietud, cuando á largos intervalos, se oia el dulce canto de un ruiseñor, como si les embelesara aquella sin igual melodía.

La princesa de Mohsum, teniendo en la mano el sellado pergamino de su madre, miraba al reloj de arena, con impaciencia febril.

Por fin cayó el grano que marcaba la anhelada hora.

Hilda sintió un estremecimiento nervioso, y rompió el sello violentamente.

Desplegó el pergamino, en el que habia caractéres escritos; mas no pudo leer; círculos extraños, como los que la imaginacion ve en las pesadillas, giraban delante de sus ojos.

Al cabo, leyó:

«Hija de mis entrañas: ha sido necesario un encanto para fijar tu mente impetuosa y encauzar tu corazon, propenso á desbordarse.

»El encanto se ha cumplido.

»¿En dónde están el deber de tu gratitud, la base de tu dicha, la mano fuerte que te guie en la tierra, la conjuncion de tu alma en otra alma, y tu compañero por toda la vida?

»Mira en derredor de tí.

»*Bhadoora*.»

La princesa buscó á Oronti con sus miradas..... y se puso en pié, quedándose inmóvil de estupor, porque en vez del pigmeo, vió á su lado un gallardo mancebo de elevada estatura y anchos hombros y ¡prodigio singular! tenia las mismas facciones de Oronti, y como éste llevaba los ojos cubiertos con una venda.

—¡Hilda!—esclamó—¿Quieres ser mi alma gemela, mi compañera por toda la vida?

—¡Oh! ¡amado mio!—dijo la princesa con los ojos llenos de lágrimas de ternura—tú eres el elegido por mi madre y el prometido de mi corazon; tú me has salvado una vez de la deshonra y dos veces de la muerte. Quisiera vivir la eternidad para adorarte; yo seré la mano que te guie en la tierra; pues que mi madre no ha previsto que tú no puedes guiarme á mí.

—Bhadoora quiere decir *ciencia*, y la ciencia no se engaña jamás. Mira.

Oronti se arrancó la venda, y la arrojó al suelo. Hilda se quedó fascinada de amoroso asombro; dos

ojos negros, de ardientes y arreboladas pupilas, la envolvian en su flúido luminoso.....

Volvióse á oir el canto del ruiseñor; pero flébil y distante; parecia el eco de otro mundo misterioso y lejano.

Hilda y Oronti vivieron largos años en Bongao y nunca se ha visto un ejemplo de amor semejante. Bien así como los gemelos de Siam, parecia que estaban unidos por una membrana invisible; pues experimentaban las mismas sensaciones, y murieron casi al mismo tiempo. Fueron enterrados en un promontorio en la orilla del mar. Un terremoto cambió la faz del terreno, y en él se abrió el cráter de un pequeño volcan que continuamente humea; pero que en vez del olor sulfuroso de las materias ígneas, despide un aroma agradable como el del manatí verde. Diríase que las almas de aquellos amantes aún no han tenido tiempo de exhalar su pasion.

Hoy, la sultanía de Bongao no existe y nuestros bravos marinos que arriban al puerto del archipiélago de Tawi-Tavi, tienen ocasion de ver el penachito de humo que corona la eminencia volcánica, á la que los naturales del país, en su dialecto pintoresco, llaman *la cima olorosa.*

F. MORENO GODINO

UNA AVENTURA DE ESPRONCEDA

(Episodio histórico)

Era una hermosa noche de otoño del año 1831.

La Francia acababa de hacer una gran revolucion.

La dinastía de Cárlos X habia caido, naciendo de entre sus ruinas la de Luis Felipe, que no habia de tardar en caer á su vez.

Polignac y Guizot; los nombres de estos dos ministros siguen á Cárlos X y á Luis Felipe, como la sombra sigue al cuerpo.

A una hora avanzada de la noche del 15 de octubre, penetraban en el *Hotel Favart*, situado en la Plaza de los Italianos de esa gran metrópoli del progreso que se llama Paris, cuatro jóvenes amigos, que por la hora un tanto intempestiva á que se retiraban, por su conversacion alegre y ruidosa, por sus francas carcajadas y sus burlonas frases denunciaban á la legua que eran españoles.

Uno de estos jóvenes se apoyaba en una muleta, convaleciente todavía de una gravísima herida recibida en las barricadas durante las célebres jornadas revolucionarias de julio de 1830 en Paris, en las que los cuatro amigos habian tomado una parte activa; todo lo cual no le impedia bromear y reir con dos de los otros jóvenes, que eran sus hermanos, y con el tercero, que si no por la sangre, lo era en realidad por el gran cariño que ambos se profesaban.

El herido se llamaba Basilio; sus hermanos Alfonso y Luciano, y su amigo José. En este jóven habria podido notar cualquier observador una alegría más ruidosa que verdadera; una amarga ironía en sus palabras, una sombra de tristeza en su hermosa frente, un desden profundo en todas sus frases, y un dolor cruelísimo en su pecho, que no bastaba á mitigar la cariñosa amistad de aquellos leales amigos.

Los cuatro jóvenes que habitaban juntos en el Hotel podian ostentar con orgullo el lema que en sus escudos ostentan nuestras provincias vasco-navarras, el famoso *Laurac-bat*, que quiere decir en su severo y gráfico lenguaje *cuatro en una*. Fuera de su patria, de la que cruelmente les habia desterrado la tiranía de Fernando VII; entusiastas defensores de la libertad, de que no habian podido dotar á su querida patria, aunque para ello habian arriesgado valientemente su vida en los campos de Navarra, los cuatro jóvenes habian llegado á constituir una familia: la idea del uno era la de los otros; lo que el uno queria lo amaban todos; eran, en fin, cuatro hombres con un solo pensamiento, un solo brazo y un solo corazon.

Al atravesar por uno de los corredores del Hotel observaron nuestros jóvenes amigos un par de botas y un par de zapatos colocados á la puerta de uno de los cuartos, segun costumbre de las fondas, para que el criado los entre limpios al siguiente dia.

Este encuentro, sin importancia otras veces, les llamó en aquella noche la atencion de un modo extraordinario, sin poder explicarse la causa. Alguna razon habia, sin embargo, y esta era la pequeñez de los zapatos, que más que de mujer parecian de niña, y la cual les llevó á entablar el siguiente diálogo:

—Yo sostengo,—dijo Basilio,—que estos zapatos son de una italiana.

—Protesto,—exclamó José;—estos zapatos no pueden ser más que de una española, porque sólo las españolas tienen los piés pequeños como almendras, y redondos como las aceitunas de los olivares de Córdoba.

—¡Al fin poeta!

—¿Y porqué no han de ser de una francesa?—dijo Luciano;—¿en qué código habeis aprendido que una francesa no pueda tener el pié pequeño?

—En el mismo,—replicó José,—en que se consigna que un judío no puede ser generoso.

—¡Qué locura!—dijo Alfonso.

—Oye, Pepe.... ¿Si serán de una inglesa?

—*Vade retro.*

—Ya he dado con ello,—añadió Basilio;—estos zapatos son....

—¿De quién?—preguntaron todos.

—De una americana.

—Pudiera ser,—dijeron Luciano y Alfonso.

—¡Quizás!... una americana es un fresco capullo de esa delicada rosa que se llama España. En fin, vamos á saberlo.

—¿Qué intentas, Pepe?

—¿Qué vas á hacer, loco?

—*Santo Tomás, ver y creer.*

Y sin aguardar á más, bajó al comedor seguido de los tres hermanos, buscó al criado de guardia y comenzó á interrogarle.

A medida que el *garçon* hablaba, la frente de José se iba nublando, sus palabras eran más graves, y su emocion más profunda.

Segun el criado, aquellas botas y aquellos zapatos, que tanto habian llamado la atencion de los cuatro jóvenes, pertenecian á unos viajeros llegados aquella noche de Inglaterra; que por su acento y su idioma imaginaba debian ser españoles; que el caballero mostraba un carácter muy severo, y la jóven, que era lindísima, parecia sufrir mucho; y por último, que segun los registros del Hotel, él se llamaba D. Gregorio, y ella Teresa.

José no quiso oir más; cortó la conversacion diciendo al criado que ya sabian cuanto necesitaban, y en union de los tres hermanos, que no podian explicarse su agitacion, se encaminaron al cuarto que ocupaban en la fonda.

¿Qué hablaron? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que grave debió ser el asunto que trataron cuando toda la noche la emplearon en discutirlo, y que, apénas fué de dia, cuando los tres hermanos se pusieron en movimiento.

A cosa de las nueve salió de su cuarto, con visibles muestras de mal humor, el viajero que el criado habia indicado llamarse D. Gregorio. Alfonso le siguió, sin ser notado de él, por la Plaza de Italianos, hasta que ambos se perdieron de vista: Luciano bajó poco despues la escalera y se colocó á la puerta del Hotel, de la que no se separó un instante; y Basilio se puso de centinela á lo largo del corredor.

A los pocos instantes José penetraba en el cuarto de D. Gregorio, y caia en brazos de su adorada Teresa, á la que ya juzgaba perdida.

. . . .

Cuando algunas horas despues D. Gregorio volvió al Hotel se encontró sin Teresa.

Los tres hermanos, leales y cariñosos amigos, quedaron allí para sostener la retirada; recibieron el primer choque, y se mostraron dispuestos á todo género de sacrificios por su querido amigo.

En cuanto á Teresa y á José Espronceda, desaparecieron del Hotel. Y quizás de Paris. ¿Dónde fueron? ¡Quién lo sabe! ¿Sabia nunca Espronceda dónde iba? ¿No ha dicho él mismo en una de sus más bellas poesías

Allá va la nave
¿Quién sabe do va?

E. RODRIGUEZ SOLIS

Madrid y julio de 1883

CRONICA CIENTIFICA

TIEMPO COSMOPOLITA

Con más esperanzas que nunca de llegar á una solucion satisfactoria se agita hoy en el mundo científico el gran problema de la adopcion de un meridiano universal, punto de partida de las longitudes geográficas y del cómputo del tiempo.

El Gobierno de los Estados Unidos del Norte de América ha invitado á las demás naciones civilizadas para que se reunan en congreso internacional con este exclusivo objeto, y España ya ha contestado que considera prematura la reunion de ese Congreso ante la casi seguridad de que la cuestion ha de ser tratada extensamente en la próxima conferencia internacional geodésica que habrá de reunirse en Roma el mes de octubre del corriente año.

¡Qué progreso! ¡Con qué satisfaccion los pensadores ven ocupados á los Gobiernos en asuntos puramente científicos! ¡Qué diferencia de cuando sólo se celebraban congresos internacionales como los de la Santa Alianza, para ahogar las libertades de los pueblos!

Desde el siglo pasado los hombres de la ciencia vienen deseando que las longitudes geográficas se cuenten á partir de un solo MERIDIANO COMUN á todas las naciones. Sin embargo, los grandes inconvenientes de la multiplicidad de los meridianos de orígen eran sólo patentes á los astrónomos, geógrafos, navegantes é historiadores; y no habian trascendido á la generalidad de los hombres de negocios, ni introducido perturbacion en las transacciones de los gobiernos. Pero esos inconvenientes se han hecho de notoriedad universal, desde que han revolucionado las relaciones de tiempo y de distancia los dos maravillosos agentes gemelos de nuestro siglo: la ELECTRICIDAD, como medio de comunicacion telegráfica, y el VAPOR, como medio de locomocion marítima y terrestre.

El que viaja de Paris á Viena, ó á San Petersburgo, ve que la hora de los ferrocarriles está variando continuamente hasta llegar á una diferencia de dos horas. Supongamos que un viajero va de Lóndres á la India. Sale con el tiempo del Observatorio de Greenwich; pero, no bien abandona las costas de Inglaterra, observa que su reloj difiere del de todas las estaciones, arregladas al tiempo de Paris. En Bríndisi hay otro cambio. Durante la travesía del Mediterráneo, rige la hora de los buques. En Alejandría la de Egipto; en Suez otra vez la de los barcos, y así continúa cambiando cuotidianamente la cuenta del tiempo hasta tocar en la India. En Bombay el viajero se encuentra con dos horas: la local y la del ferrocarril, que es la de Madrás, donde, si no ha alterado su reloj desde que salió de Inglaterra, le encontrará atrasado unas cinco horas; y, á seguir su viaje hasta la China, el atraso ascenderia á 8 horas nada ménos.

En ninguna region del mundo civilizado se deja ver tanto como en el Canadá y los Estados Unidos del Norte Americano, el gravísimo mal de la actual cuenta del tiempo; y en ninguna parte, como allí, patentiza una desagrable experiencia á los viajeros la serie de inconvenientes (que ninguna clase de precauciones puede burlar) acerca de los errores en las horas de servicio. Un viajero que parte de Halifax (Nueva Escocia) para Chicago, encuentra que en el camino rigen 7 horas distintas; y, si quiere ahorrarse no serios disgustos, habrá de arreglar su reloj al tiempo de San Juan, Quebec, Montreal, Otawa, Toronto, Hamilton y Détroit. Si se extiende de Chicago hácia el Oeste hasta llegar á San Francisco de California, seguirá observando continua diferencia en los relojes; y, por último, hallará que ha perdido unas cinco horas y media desde su salida de Halifax: ó, lo que es lo mismo, el viajero se encontrará siempre desorientado y sin hora durante todo el tránsito, por excelente y exacto que fuere su reloj.

El Canadá, sin duda, presenta un caso excepcional; porque desde la costa oriental en el Atlántico hasta la occidental en el Pacífico, hay más de 75 grados de longitud, ó sea una diferencia de más de cinco horas. El ferrocarril de TERRANOVA á BRITISH COLUMBIA alcanzará una extension como de 7500 kilómetros, y los trastornos que ocasiona el actual sistema de regirse cada estacion por su hora local se han hecho ya intolerables en un país tan laborioso y emprendedor, donde el tiempo se aprovecha *(time is money)*, y no se hace, como en España.

Así, pues, del Canadá ha partido el último impulso para poner término á este estado de cosas, insostenible ya. El Instituto Canadiense (Toronto), á propuesta del eminente ingeniero SANFORD FLEMING, presentó al Gobernador General del Canadá una proposicion relativa á la determinacion de un PRIMER MERIDIANO COMUN Á TODAS LAS NACIONES Y DE UN SISTEMA UNIVERSAL PARA LA CUENTA DEL TIEMPO, con arreglo á las necesidades del progreso moderno. El Gobernador del Canadá pasó los documentos al Gobierno inglés, y este distribuyó, extraoficialmente, ejemplares de los mismos, por medio de sus agentes diplomáticos, en las diferentes naciones civilizadas. De resultas, nuevos trabajos aparecieron ilustrando las cuestion, y España ha tenido la fortuna de ver una extensa Memoria (la cual seguimos) redactada por el Comandante Teniente de Navío D. Juan Pastorin, en que se resumen magistralmente los trabajos de Sanford Fleming, y se da cuenta del estado actual del gran problema. Las Repúblicas de México y de los Estados Unidos patrocinaron la idea; y de aquí la invitacion hecha, por acuerdo del congreso de la gran República Norte-Americana, para que en una Asamblea especial se decida este asunto importantísimo.

No solamente resultan serios inconvenientes de contar cada pueblo sus horas partiendo del paso del sol por su respectivo meridiano inferior, sino que la dificultad se agrava por antecedentes meramente históricos, segun que la civilizacion ha caminado de Oriente á Occidente ó de Occidente á Oriente.

Créese por la generalidad que el domingo coexiste en toda la tierra, y que los cristianos de todas las longitudes geográficas lo celebran simultáneamente en todas partes; y los que no han estudiado este problema oyen con incredulidad, ó por lo ménos con suma admiracion, y áun extrañeza, que el domingo sobre la Tierra comprende 48 horas desde el primer momento de su principio en el primer meridiano que lo cuenta, hasta el último de su fin. (Lo que se dice del domingo puede asegurarse igualmente de cualquiera dia de la semana.)

Quien disponga de una esfera terrestre puede adquirir perfecta intuicion del hecho. Coloque la esfera ante sí, á la altura de sus ojos y al alcance de su brazo. Suponga que el sol es un objeto cualquiera muy distante, pero que se encuentre en la prolongacion de la visual que una sus ojos con el centro de la esfera. Imprima al globo un movimiento de rotacion de izquierda á derecha. Cuando el observador tenga frente á sus ojos, por ejemplo, el cabo de Buena Esperanza, será media noche para los habitantes de esta extremidad del Africa; y, supongamos, que en aquel momento empiezan á contar allí un domingo. Siga el globo su rotacion: el cabo de Hornos se presentará ante el observador 75 grados despues, ó sea 5 horas, cuando lleva otras tantas de domingo el Cabo de Buena Esperanza. A las 8 horas de haber empezado el domingo en el cabo de Hornos, ó á las trece de iniciado en el de Buena Esperanza, tendrá principio el domingo en Nueva Zelandia, un instante despues de media noche; cuando ya es la una del domingo en el extremo Sur de Africa, y las ocho de la ma-

ñana en el de América. Continue girando el globo; y, pasadas dos horas, verá el observador aparecer la parte oriental de Australia, cuyos moradores empiezan entónces á contar el domingo, cuando ya son las tres de la tarde en Buena Esperanza, y las diez de la mañana en Hornos. Dos horas más tarde empezarán á contar el domingo en la region occidental de Australia; dos despues en Ceilan; y aún tendrán que transcurrir otras dos para que principien en la isla de Madagascar á contar el domingo de que tratamos; siendo ya las nueve de la noche en el Cabo de Buena Esperanza, donde por hipótesis se empezó la cuenta; las cuatro de la tarde en Cabo de *Hornos; y las ocho* de la mañana en Nueva Zelandia. Tres horas despues de haber á media noche empezado el propio domingo en Madagascar, ó sea á las 24 horas del primer inicio del domingo SOBRE LA ESFERA Y EN EL CABO DE BUENA ESPERANZA, se presentará ante el observador otra vez este Cabo; y en aquel instante de su nueva media noche terminará su domingo, y empezará su lúnes para todo su territorio, siendo todavía domingo para todo el resto de la tierra; y, por consiguiente, quedándole aun á Cabo de Hornos cinco horas de domingo, trece á Nueva Zelandia, quince á la parte oriental de Australia, etc., etc.; regiones en que progresivamente irá terminando el domingo, miéntras se suceden las 24 horas de lúnes del Cabo de Buena Esperanza..... Luego en la tierra, como conjunto, (aunque no en ningun punto particularmente) se han contado de domingo 48 horas, ó sea el tiempo empleado por nuestro globo en efectuar dos rotaciones sobre su eje; coexistiendo siempre las 24 horas de lúnes con las 24 horas de domingo. En general, y mirando al globo como un todo, cualquier dia de la semana empieza para una localidad *en la mitad del que sea dia anterior* para otra localidad, y termina á la mitad del que sea dia siguiente para otra! Y aún hay más. La dificultad de nuestro presente sistema para la cuenta del tiempo, no se limita á la hora y al dia de un suceso, sino que afecta áun á la semana y al mes; y, en los casos extremos, hasta al año y hasta al siglo de un suceso. Un lugar registra media noche cuando otro registra medio dia, y en una tercera localidad amanece cuando en otra cuarta anochece; con lo cual hay elementos de confusion más que bastantes para el error de un dia entero, segun el actual sistema.

Pero lo más singular es que pueblos situados en un mismo meridiano (nótese esto bien) pueden discrepar, y discrepan, un dia en su modo de contar, segun que fueron colonizados por hombres venidos del Este ó por hombres venidos del Oeste; y, así, en el Oceano Pacífico islas contiguas cuentan, EN EL MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO, diferentes dias de semana, y áun de mes en su caso. En Alaska, península del Noroeste de la América del Norte, colonizada desde el Oeste, los dias de la semana tenian 24 horas de adelanto con respecto á los de su vecina British Columbia, colonizada desde el Este; ó, lo que es lo mismo, respecto á todos los demás pueblos de América. Al establecerse, hace poco, los norte americanos en la Península (despues de cedida por Rusia á los *Estados Unidos), echaron de ver los graves inconvenientes* de que su sábado fuese el domingo de los primitivos habitantes; por lo cual se hizo absolutamente indispensable, para uniformar la vida ordinaria, un adecuado arreglo; y, así, en 1871, se concedió dispensa por los dignatarios de la Iglesia griega, autorizando á los Alaskainos para convertir en domingo un lúnes de su antigua cuenta; de modo que los primitivos peninsulares celebraron un domingo de 48 horas nada ménos.

La recíproca ocurria en otra parte del globo. Las islas Filipinas fueron descubiertas en 1521 por el ilustre Magallanes en el memorable viaje de primera circumnavegacion del mundo; y como fueron descubiertas y colonizadas por españoles que venian desde el Este, esas islas han estado un dia atrasadas, durante tres siglos, en la cuenta del tiempo, con respecto á los habitantes de la India inglesa, y de los paises próximos del Asia, colonizados por hombres idos del Oeste. Y es que, como es sabido, los que navegan hácia el Oeste alargan su dia, y los que caminan hácia el Este lo acortan. En esto se funda la novela de Edgard Poe titulada LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS, y la de Julio Verne titulada LA VUELTA AL MUNDO EN 80 DIAS.

Hágase girar un globo terrestre de izquierda á derecha con movimiento regular, y cada 360 grados, ó sea cada 24 horas, se nos presentará una localidad determinada; el Cabo de Buena Esperanza, por ejemplo. Supongamos que un barco salga de allí hácia América; y es claro que, nos aparecerá en la siguiente rotacion del globo, primero el Cabo y despues el barco; y, miéntras más camino haga éste, más tarde se irá presentando á nuestros ojos, y siempre trás el Cabo. Por el contrario, admitamos que el buque vaya á China; y, miéntras más adelante, más pronto se nos presentará, y siempre ántes que volvamos á ver el Cabo. Así, los compañeros de Magallanes llegaron un miércoles 9 de julio á las islas de Cabo Verde, donde los habitantes contaban juéves 10. Unos y otros estaban *seguros de su cuenta*; y, sin embargo, los tripulantes de la nao en que se verificó la empresa más trascendental para el saber (segun dice felizmente el señor Salas) no podian darse cuenta de que, navegando en contra de la rotacion terrestre, habian andado tanto en tres años como la tierra anda en 24 horas, esto es, 360 grados.

Por ser, pues, de un meridiano á otro, en general, diferentes no tan sólo las horas del dia, sino tambien los sucesivos dias de la semana, y hasta los dias iniciales de mes, año y siglo, resulta hoy muy difícil determinar la hora precisa de un acontecimiento; porque, cuando se nos comunican la hora y el dia de un suceso cualquiera, tenemos que entender que esa hora es la exacta para el lugar de la ocurrencia, pero no para los demás puntos del globo situados en diferentes meridianos. En efecto, si se trasmite la noticia telegráficamente, puede recibirse en algun punto hasta en dia diferente; y hé aquí un caso donosísimo, ocurrido con ocasion de un despacho telegráfico fechado en Simla un miércoles á la 1 y 45 minutos de la madrugada; el cual, habiendo sido recibido en Lón*dres á las 11 y 47 minutos de la noche del mártes, hizo* decir á un telegrafista, con estrambótica confusion de los tiempos pasado y futuro:

«¿Porqué han enviado mañana este despacho?»

Para evitar todos estos males, tiene propuesto el famoso ingeniero SANFORD FLEMING, hoy apadrinado por el Gobierno del Canadá, y por las repúblicas de México y de los Estados Unidos de la América del Norte, que en TODA LA TIERRA se empiecen á contar los dias en el MISMO MOMENTO ABSOLUTO DEL TIEMPO; de tal modo, que siempre sea una misma la hora para todos los habitantes de nuestro planeta; y este modo de computar el tiempo de un modo universal y científico es lo que ha recibido el nombre (nuevo en la ciencia) de «CUENTA DEL TIEMPO COSMOPOLITA».

¿Y qué se necesita para conseguir tan grandioso resultado?

Casi nada.

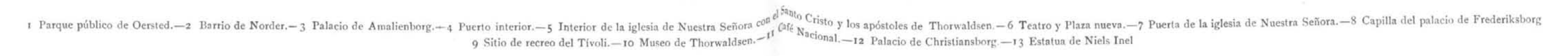
Meramente un convenio internacional, en cuya virtud todas las naciones del mundo civilizado empiecen á contar el tiempo, cuando se presente ante el sol un predeterminado y convenido meridiano de la tierra.

E. BENOT



EN LOS MÉDANOS, acuarela por M. Artz

IMP. DE MONTANER Y SIMON



VISTAS DE COPENHAGUE

1 Parque público de Oersted.—2 Barrio de Norder.—3 Palacio de Amalienborg.—4 Puerto interior.—5 Interior de la iglesia de Nuestra Señora con el Santo Cristo y los apóstoles de Thorwaldsen.—6 Teatro y Plaza nueva.—7 Puerta de la iglesia de Nuestra Señora.—8 Capilla del palacio de Frederiksborg
9 Sitio de recreo del Tívoli.—10 Museo de Thorwaldsen.—11 Café Nacional.—12 Palacio de Christiansborg.—13 Estatua de Niels Inel

